

A. R. CID

MUCHO MÁS

QUE

*Lady*



MUCHO MÁS

QUE

*Lady*

A. R. CID

Título: Mucho más que lady

© 2019 por A. R. Cid

Diseño de cubierta: A. R. Cid

Editor: José Antonio Lamas Iglesias

Todos los derechos reservados.

Si quieres leer mis libros están a buen precio y escribirlos ha llevado trabajo, valóralo... NO a la piratería.

# Agradecimientos

Ante todo, agradecer a mi amiga y gran ayuda Sonia Martínez Gimeno.

Además, nombraré a algunas personitas, ¿queréis saber qué frase han escogido para aparecer en los agradecimientos? Una idea alocada de la servidora...

Alicia Avendaño Cantos: No soy especial... ¡¡Solo soy edición limitada!! Lo imposible es posible. Never give up.

Tontería Las Justas: Decir TE QUIERO...es fácil...lo difícil es: Pneumonoultramicroscopicsilicovolcanoconiosis. (Está un poco loca, pero de esas que quieres achuchar todo el rato)

Isabel Gómez: Bravo. (Se refiere a este pequeño... Lo devorará seguro)

Ana María López Pérez: Decir libro es decir que aventura nueva voy a vivir. (Soñar...)

Ana De La Cruz Peña: ¿Qué nos traerá Ana ahora? Seguro que es algo mágico, en lo que sumergirnos, y olvidar nuestro día a día. (¡Esa soy yo! Espero estar a la altura de esas maravillosas expectativas)

Saioa Martínez Aybar: ¿Qué será, otra mezcla de pasión y aventura mientras encuentras tu camino?... Con qué nos sorprenderá. (¿Visteis lo bien que me tratan? Conseguir lectoras tan increíbles es un honor)

María Li Chen: A veces la vida se pone un poco difícil, una torcedura no está demás.

Remedios Pérez Martínez: Tus libros, me hacen soñar, con otra vida. (¿Hay palabras más hermosas que le puedan decir a un escritor? ¡La adoro!)

Itziar Martínez López: ¡¡¡Me ilusiona cada historia que leo tuya!!! (A estas alturas me tenéis envidia...)

**¡A leer! Espero que disfrutéis mucho...**

# Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

*Capítulo 27*

*Capítulo 28*

*Capítulo 29*

*Capítulo 30*

*Capítulo 31*

*Capítulo 32*

# Capítulo 1



Estaba cansada de ser una dama, de comportarme como la mujer perfecta que ansía marido. Quería saborear la libertad con la punta de los dedos, pero por las palabras de mi padre sabía que si lo intentaba mi vida se convertiría en un peligro constante.

Agotada mentalmente, después de devorar aquellas novelas que padre no sabía que tenía, feliz por soñar durante unas horas con un hombre capaz de hacerme volar y sentir placer, me entretuve más de la cuenta en el jardín.

Las hojas caían de los árboles perezosas, rozaban el suelo y se quedaban ahí, esperando a que el otoño comenzase y todas, las que un día fueron sus hermanas, las acompañasen. Padre me decía que en esa época me ponía melancólica, no soportaba verme así. Él creía que se debía al aniversario de la muerte de madre, aunque lo cierto era que no tenía ni idea de por qué esa época en concreto me hacía suspirar.

Me acerqué a las caballerizas y Saúl me miró con una sonrisa. No podía quejarme, pues siempre había sido tratada con cariño y respeto, pero no era ilusa. Le devolví el saludo mientras caminaba hasta mi purasangre, mi Tormenta de verano. Un nombre que le puse un día, tras llegar completamente empapada a casa y encontrarme a mi padre con un potrillo en la puerta. Sonreí al recordarlo y acaricié su lomo, él me reconoció y se dejó hacer, juntos estábamos bien.

Saúl me seguía, vigilaba mis movimientos desde las sombras y yo no hice comentario alguno. Todos parecían tener siempre un ojo sobre mí, como si temiesen que fuera a salir corriendo en cualquier momento, aunque, a pesar de desearlo, jamás lo haría.

Sabía que todos debemos hacer sacrificios, solo esperaba que el marido que padre eligiera para mí no me pegase, he visto el rostro de la vecina, sus ojos llenos de pena y sabía que no podría soportarlo. Amor, eso era lo que faltaba en mi vida. Quizás el cuidado, aquella dedicación obsesiva por mi persona, no era lo único que necesitaba.

Dejé mis reflexiones atrás, después de preparar mi montura yo misma y subirme sobre mi precioso caballo. Él podía sentir mi inquietud y se revolvió entre mis piernas. Tiré de las riendas con suavidad y juntos nos dirigimos al bosque. Quería internarme bajo aquellos inmensos árboles y perderme un par de horas, era el único momento del día que realmente me pertenecía y me permití volar.

De pronto cabalgamos, podía sentir su fuerza animal bajo mis pantorrillas, me dejé arrastrar por aquella furia, aquel descontrol y reí contra el viento, sin percatarme que una lágrima, silenciosa y solitaria, se deslizaba por mi mejilla ante mi inevitable destino. En una semana llegaría la carta, en ella habría un nombre escrito, padre me había prometido que había elegido

con cabeza, pero ¿cómo me trataría mi futuro esposo de puertas para dentro? Yo mejor que nadie sabía que la cara que mostramos al exterior no tiene nada que ver con cómo somos realmente, pero ya estaba todo pactado.

—Vamos pequeño. Llévame lejos —supliqué sin aliento, inclinándome y besando su cuello. Amaba a aquel animal y sabía que él también me quería. Padre me había criticado muchas veces por el cariño con el que lo trataba, temía que con los años se muriera y yo no pudiera superarlo. Volví a besar su cuello feliz de tenerlo a mi lado—. ¿Tú lo entiendes? —Él relinchó, tal cual lo habría hecho si su intención fuera contestarme, y yo me reí con ganas. Dejé que aquella ansiedad, aquel nudo que apretaba mis cuerdas vocales y me hacía gemir incapaz de hablar con nadie, se fuera deshaciendo, me permití soltar en forma de graznidos aquel pavor a convertirme en el juguete de alguien.

Recordé las palabras de padre, “Has de comprender que no puede ser cualquiera. Tienes responsabilidades y mucha gente dependerá de ti.” Cierto, pero no lo harían realmente. Yo jamás tomaría decisiones, ni sería poco más que una doncella que miraría a su marido en silencio. Sería él, un desconocido, quien rigiera sobre las familias que habitaban en nuestras tierras. Digo nuestras, aunque yo jamás llegaría a tenerlas.

Mientras me dejaba llevar posé la mano sobre mi plano vientre. Ojalá siempre salieran varones, no deseaba traer a una niña en este mundo.

Dejé de reír ante mi idea y temblé, el tiempo siempre había corrido en mi contra. Desde que madre murió lo sabía, era tan consciente de ello que fue como crecer de golpe. Madre había sido una niña y yo sería una niña más. ¿Qué edad tenía cuando me tuvo? ¿Dieciocho? ¿A quién le importaba?

Los terrenos de mi padre eran inmensos, se necesitaba un día entero para recorrerlos, pero aquel era mi lugar favorito. La luz se filtraba a través de las hojas creando rayos dorados que se reflejaban en la superficie del lago. No necesitaba tocar su agua para saber que sería capaz de cortarme el aliento, aunque eso no importaba. Aquel frío me haría sentir, alejaría de mi interior aquella calma enfermiza que se había adherido a mi piel desde que padre me había dado la noticia.

Me fui quitando la ropa y dejándola caer con lentitud. No pensaba, solo me dejaba llevar. En calzones y camiseta comencé a caminar hacia su interior, quería sumergirme en ellas y dejarme engullir. Estaba agotada, aterrada ante la idea de que, en pocos meses, debería yacer con un hombre y someterme a él.

Cuando el agua llegó a mi cintura mi cuerpo se estremeció. Se me había erizado el vello y deseaba entrar en calor. Me lancé de lleno y nadé con fuerza, luché contra aquella inmensa masa de agua en lugar de adaptarme, porque así era yo. Jamás me adaptaba, jamás lo haría.

Madre me dijo antes de morir que llegado el momento recibiría un regalo, tendría una oportunidad de luchar contra mi destino, aunque ya no confiaba en aquella promesa. Unas palabras vacías “Acudirá a ti y te ayudará a ser feliz. Él hará todo lo necesario para que lo consigas”. Me había pasado años imaginándolo, poniéndole un rostro a aquella sombra que ella había dejado atrás con sus promesas. Era un guardián silencioso, una idea a la que me aferraba cuando padre me obligaba a acatar las normas, a doblegarme.

En aquel instante lo comprendí, estaba de luto. Acababa de morir mi esperanza, mi boda era inevitable.

A medida que mi cuerpo se cansaba empecé a disfrutar. Sentía los labios morados, me temblaban y decidí salir. Fue entonces cuando lo noté, una presencia que antes no había estado ahí.

Mis ojos se posaron en mi precioso purasangre y me sentí más tranquila, pero seguí buscando



hasta que, apoyado en un árbol, me encontré con un jinete lleno de barro que no apartaba sus ojos de mí. De sobra sabía que lo que hacía no era caballeroso, yo estaba en ropa interior y ningún varón excepto mi marido debería tener el privilegio de observarme, aunque aquel hombre no movió ni un dedo por alejarse o fingir al menos que no me estaba mirando.

Desde niña me han enseñado a huir. Si un hombre se acercaba y yo estaba sola debía correr lo más rápido posible, no fue eso lo que pasó por mi mente.

Me cabreé. Caminé furiosa hasta llegar a su lado y lo miré con ganas de romperle la nariz. A pesar de que el polvo impregnaba su piel y tenía la ropa llena de barro, era atractivo. Sus ojos verdes recorrieron mi cuerpo y sentí que el calor volvía a mí. Lo que en mi enfado no había pensado era en la manera en la que la camiseta se pegaba a mi piel, sin dejar nada a la imaginación.

—¿Se divierte? —pregunté furiosa.

—Mucho. Se veía hermosa en el agua, pero mejora de cerca.

—¡Será descarado! Váyase ahora mismo si no quiere que le mande apresar. —Muchos habrían temblado ante la posibilidad de ser denunciado por una dama de mi alcurnia, él no movió ni un solo músculo—. ¿Y bien?

—La estaba buscando —comentó sin mover ni un solo músculo—. Aunque puedo esperar a que se adecante un poco. —Sus pupilas se quedaron fijas en mis pezones y los sentí tensarse ante su escrutinio.

—¡Gírese ahora mismo! —exigí clavando mi índice en su duro pecho. Algo en su forma de mirarme, de tratarme, me ponía de los nervios. Era guapo, pensé traicionándome a mí misma. Sus hombros eran anchos, su sonrisa provocadora y él un completo maleducado.

—Está bien, está bien. —Se estiró y se acercó a mí. Su boca descendió hacia la mía y añadió prácticamente sobre mis labios—. Vamos a disfrutar mucho juntos. —¡Me había tuteado! Pero no fue eso lo que me hizo temblar sino sentir su aliento sobre mi boca. Olía bien y provocaba algo en mi vientre desconocido para mí.

—Jamás tendría trato alguno con una persona de su calaña. ¿Qué es lo que pretende? ¿Deshonrarme? —Levanté la ceja derecha acompañando a mi pregunta, pero él no se movió.

—¿Es una proposición? —Su boca se acercó un poco más y yo apreté mis puños para ganar confianza, no quería retroceder.

—¿Por qué me busca? —contraataqué yo. Él se lamió el labio inferior y yo me sentí sedienta. A mi mente acudieron imágenes de besos, esos que según mis libros son tan dulces, tan placenteros. Jamás había sentido la tentación, ¿tendría la oportunidad de nuevo? No era algo tan importante, nadie tendría por qué saberlo jamás. Y di el último paso juntando nuestros labios. Él abrió los ojos sorprendido y yo sonreí sobre su boca orgullosa, sin embargo, yo no sabía qué hacer y me quedé congelada.

Tal vez no lo estaba haciendo bien, aquello era agradable como mucho. Fue un instante, el tiempo que tardó en envolver mi cintura con su fuerte brazo y pegarme contra su pecho. Abrí la boca sorprendida y su lengua aprovechó la ocasión. Aspiró mi gemido y recorrió el interior de mi boca con lentitud. Yo quise aprovecharlo todo y mi lengua, vacilante al principio, se unió a aquella danza. Las sensaciones, quedas al inicio, se fueron revolucionando en mi interior hasta que olvidé donde estaba o lo que era decente.

Sus manos ascendieron por mi piel hasta que una de ellas encontró mi pecho derecho. No sabría decir cuánto tiempo llevaba ahí, tampoco sentía nada a mi alrededor. Cuando se separó sentí frío.

—¿Qué cree que está haciendo? —Parecía enfadado, hecho que no llegaba a comprender.

Debería estar feliz, orgulloso incluso, de que me hubiera lanzado en sus brazos. Su ceño fruncido no casaba con la forma en la que había aceptado mi beso, aunque no me importó mucho. Me sentía pletórica, eufórica, y nada iba a cambiar eso.

Me giré y corrí hacia mi ropa. Me vestí a toda prisa, sin pensar en mi ropa interior todavía húmeda. Me pasé los dedos desenredando mi cabello rojizo y, como siempre que se humedecía, grandes tirabuzones se formaron a mi espalda. Lo sentía detrás de mí, callado, aunque por algún motivo no traté de impedirselo.

—Estoy lista —dije al fin girándome con los ojos brazos abiertos y una sonrisa completa. Me sentía hermosa, perfecta, y volví a caminar hasta él decidida—. ¿Y bien? ¿Va a decirme por qué me buscaba?

—¿Acostumbra a asaltar a todos los pobres hombres que se acercan a usted?

—A todos los que me espían mientras me refresco —repuse molesta por su acusación.

—¿A todos? Entonces no le han enseñado mucho. ¡Y yo que creí que iba a conocer a una tierna doncella! —Me encogí de hombros ante su sorprendido rostro. Si esperaba que me disculpase o explicase no era mi intención. Era lo mejor que había hecho nunca.

—¿De verdad cree que muchos serían tan estúpidos de espiar a la hija de un duque?

—¿Estúpidos?

—Se ha jugado el cuello. ¿No es de aquí? —Quería saber más de aquel desconocido. La forma en la que brillaban sus ojos me recordaba a un lobo, la única vez que, siendo niña, había tenido la mala fortuna de toparme de frente con uno también sentí que la sangre de mis venas se revolucionaba.

—No, no lo soy. —Se quitó el pañuelo del cuello y se limpió el sudor—. He venido para llevarla conmigo. Viejas deudas.

La forma en la que lo dijo me hizo retroceder. Quizás no deseaba mi destino, sin embargo, no estaba tan desesperada para lanzarme a otro peor. Miré mi caballo de reojo y supliqué porque alguien pasase por allí, quizás pudiera escuchar mis gritos.

—No diré nada. Váyase —pedí casi sin voz.

—¿De verdad es lo que desea? —La forma en la que dijo la última palabra era indecente, una pequeña descarga eléctrica recorrió mi piel.

—¿Y por qué no habría de hacerlo? Tengo todo lo que una mujer desearía... —En mis dedos habría dos preciosos anillos con los que una familia podría comer varios años, mi vestido era suave y de un precioso color celeste. Bajé un poco más el rostro.

—Cierto. Muchas mujeres estarían felices cubiertas de oro y vestidos hermosos, ¿aceptarás abrir las piernas para el viejo que ha elegido tu padre?

—¿Cómo sabe...? ¡Él dijo que elegiría bien!

—Le estoy dando una oportunidad, no por usted, pero se lo prometí a alguien que apreciaba. Por mí, después de ver su exhibición, no lo haría, creo que encaja a la perfección en su nueva vida. —Me sentí ofendida, no lo demostré. No tenía por qué importarme lo que aquel hombre pensase de mí, estaba acostumbrada a que me juzgasen sin conocerme. Levanté el mentón, orgullosa.

—¿Y qué oportunidad sería esa? Después de probarlo, como ha dejado bien claro, creo que no me gustan sus atenciones. ¿Qué espera conseguir? —Un tic en su ojo izquierdo fue su única muestra de que lo había molestado. Dicen que a todos los caballeros les enfurece que pongan en tela de duda su hombría.

—Me han pedido que le conceda su presentación en sociedad y le dé la posibilidad de casarse por amor. Si lo que quiere es conseguir dinero siempre puede escoger a uno que al menos sea de

su agrado para copular. —La imagen acudió a mi mente, bueno lo que yo era capaz de imaginar. Sin embargo, mi acompañante en tan libidinosas fantasías era aquel desconocido de ojos verdes y pelo negro. ¡Qué dios me ayudase, pero tentada estaba a aceptar su proposición!

—Eso es muy caro, no comprendo por qué habría de gastar una fortuna en una mujer que, según muestra, no le agrada. ¿Pretende pedir un rescate? Dudo mucho que mi padre, ante la sospecha de que su dulce hija haya sido deshonrada, quiera volver a verme con vida. —Eran palabras duras, una afirmación devastadora, aunque no por ello menos cierta. Era consciente de cómo era mi progenitor, ambos nos manteníamos en el papel que todos esperaban de nosotros, fingíamos como los mejores profesionales, aunque de puertas para dentro el frío quedaba patente en nuestro trato —. No me gusta que traten de embaucarme.

—Muy lista y desconfiada. Quizás no tengamos por qué llevarnos mal, además, mientras no encuentra a un tonto puede calentar mi cama. Para pagar mi regalo. —Jadeé sin poder evitarlo, tocándome el pecho y sintiendo como el rubor teñía mis mejillas. Era imposible que él no se percatase de mi vergüenza, aunque no me dejé vencer. Haría falta muchísimo más que eso para que cediera ante él, no era capaz de comprender el motivo.

—Supervivencia. Es un mundo de varones, necesito ser exactamente así. —Me acerqué a su cuerpo, sentía la necesidad, como un pequeño hormiguelo en la punta de mis dedos, suplicándome porque le tocara. Así lo hice, a su lado me dejé llevar y posé mis manos en su pecho, que se tensó al instante—. Somos débiles, así nos veis. Juguetes por los que decidís y a los que usáis cuando os viene en gana. ¿Cree que no sé que, si lo desease, podría forzarme aquí mismo? —pregunté. Cuando él esbozó una sonrisa yo temblé, tal vez porque la idea no parecía tan repugnante. No quería dejar de tocarlo, ni alejarme, sin comprender aquellas inmensas sensaciones que habían tomado el control de mi mente, de mis decisiones. La lógica, el deber, el decoro, todo lo que durante mi vida habían tratado de inculparme se desvaneció ante la presencia de aquel hombre, que tenía toda la pinta de ser un rufián de cuidado.

—¿Entonces por qué no huye? No trataré de detenerla.

—Ha dicho que venía a buscarme. ¿Por qué? —La promesa de mi madre asaltó mi mente. Era una idea descabellada, pero la única que acudía a mí. Quedé en silencio a la espera y él tardó en responder. Estaba demasiado ocupado mirándome, tan intensamente, que contuve el aliento esperando, no sabía el qué exactamente.

—Tu madre. —Y asentí porque lo creí sin duda alguna.

—Acude demasiado tarde. Mi marido ya estará de camino y, a no ser que se ofrezca voluntario para ocupar su puesto, no servirá de nada. Si me lleva a Londres y trata de presentarme mi padre lo impedirá. Nadie que se precie trataría de oponerse a su voluntad y los dos sabemos a quién le pertenezco. —La realidad golpeaba con fuerza de nuevo.

—Yo jamás me desposaría. Tengo la cama caliente sin responsabilidades. Prefiero a las mujeres casadas que no andan con exigencias. No tendría paciencia para dedicarme a cumplir sus caprichos. —Asentí sin ganas de pelear. No iba a obligar a nadie a contraer matrimonio conmigo, no le haría a nadie lo que me habían impuesto a mí.

—Entonces no quiero ponerlo en peligro. Le agradezco que se haya acercado hasta aquí, sin embargo, ha llegado tarde. —Me giré y di dos pasos hasta mi fiel caballo y amigo. Él se removió inquieto, yo también deseaba correr. Volvía a sentir demasiada energía bajo mi piel, quería correr hasta que desfallecer y perder el sentido. Me volví cuando sentí su mano reteniendo.

—Hice una promesa. —Era un hombre de honor. Lo observé, parecía preocupado. Me enterneció su mirada, quizás no tendría tan mala suerte, tal vez el mundo no era tan cruel. Si existían hombres tan apostados, tan... perfectos tal vez...

—No se preocupe. Puede darla por saldada. —Algo en mi pecho se rompió. Al verlo asentir perdí el aliento, comprendí que no deseaba que se alejara. La idea de no volver a verlo fue como alejar el sol, regresar a una vida anodina que me ahogaba. Él iba hacia su montura cuando, llevada por la locura le pedí algo impropio de una dama. —¿Cree que me querría si ya no fuera doncella? Así podría ayudarme a impedir que hicieran nada. Yo ya no tendría valor alguno.

—¿Está loca? ¿Acaso no comprende que si lo hiciera se quedaría sin nada? —Miré mis dedos, mis muñecas, mi vestido. Con lo que llevaba, si lo administraba bien... ¿Qué más daba? Solo quería huir.

—Tengo miedo —reconocí con valentía. Era una de las cosas más duras que había hecho nunca. Desabroché el vestido y lo dejé caer de nuevo. Me aproximé a él y me quedé esperando, sin saber muy bien qué hacer.

Él vio mi duda y besó mis labios. Lo hizo con ferocidad, nada parecido al toque anterior. Nuestros dientes chocaron y me aferré a la solapa de su chaqueta. Sentía que la fuerza de mis piernas desaparecía y mucho temía que no sería capaz de sostenerme por mí misma.

—Está loca —gruñó contra la piel de mi cuello. Me levantó entre sus brazos y me abrazó con fuerza—. Si se lo permito la condenaré a un auténtico infierno. Alguien como usted jamás sobreviviría a ser repudiada. —Asentí sintiéndome derrotada. Quería alejarme y llorar, el rechazo dejó un sabor amargo en aquel beso que habíamos compartido.

—Lo lamento. Si me baja me iré y no volveré a saber de mí.

—¿Cómo podría hacer tal cosa después de haberme dicho que me necesita? —Lo miré sin comprender a qué se refería. En su rostro volvía a haber una sonrisa.

—¿Me desflorará?

—No, va a tener su presentación y a elegir. Si debo retar a su padre lo haré, no habrá de preocuparse por mí.

—Él acabará con usted.

—¿Lady? —Vi que deseaba conocer mi nombre y estiré el cuello para poder mirar sus ojos cuando se lo dijera.

—Kate. —Sonreí seductoramente y levanté la mano para rozar su mentón. No me reconocí a mí misma, aunque no me disgustaba—. Quiere ayudarme, suena demasiado hermoso para ser cierto. Todos buscan algo.

—Y está dispuesta a pagar el precio. ¿No es cierto? —Aquel ronroneo era peligroso. Sonreí sin amilanarme.

—¿Mi virtud? Me parece un precio justo por mi libertad, pero es lo máximo que puedo ofrecerle. Tiene que comprenderme, tengo problemas para confiar en desconocidos y no me siento con valentía suficiente para acompañarlo a Londres, o a dónde usted quiera llevarme. —No le gustó mi insinuación, poco me importaba. Estábamos pegados el uno al otro, tanto que podía sentir el calor de su piel a través de mi vestido. Él atrapó un mechón de mi pelo y tiró de él para acercarme. Cuando mi boca estuvo sobre la suya me mordió el labio con suavidad, tirando de él y dejándolo marchar.

—Tengo algo que disipará todas sus dudas, pero antes me gustaría dejar algo claro. Habrá de acatar todas mis órdenes y tras una temporada, si no ha conseguido que su víctima le proponga matrimonio, habrá de regresar. Le ofrezco una posibilidad, sin más. —Asentí conforme y trastabillé cuando él me soltó y se acercó a su caballo. Buscó en sus alforjas unos minutos y me tendió una carta.

Estaba confundida y miré aquel papel ennegrecido. Debía ser viejo, haber pasado por muchas manos, aunque seguía lacrado. Por fuera había tres palabras, tres sencillas palabras que me

hicieron temblar.  
“A mi hija.”

## Capítulo 2



*Londres, 1 de septiembre*

*Mi querida pequeña, si lees esto es que ya no estoy a tu lado protegiéndote. Ante todo, quiero que sepas que eres lo que más he amado nunca, por favor, no lo dudes jamás. Si algo he tenido claro en toda mi vida es que eres el regalo más maravilloso que he recibido jamás y por eso espero que puedas comprenderme.*

*Tenía la esperanza de que, llegado el momento en el que el conde de Pont-de-Vaux se acercase a ti, no necesitases aceptar su ayuda. Mucho me temo que he fallado en mis múltiples intentos de protegerte y esto provocará que los secretos, que durante mucho tiempo se han mantenido a buen recaudo, salgan a la luz.*

*Quizás ahora creas que has escapado a tu destino, ambas conocemos a tu padre y creo saber por qué no puedes aceptar. Aunque no lo creas no es un mal hombre, solo trata de protegerte, sin embargo, no es capaz de comprender el alma femenina ni nuestros sentimientos.*

*Espero que puedas perdonarme por no estar a tu lado, quizás creas que no luché lo suficiente, pero deseaban mi muerte y lo han conseguido.*

*No te he dejado un buen nombre, también descubrirás cosas que preferirías no saber, espero que puedas comprender por qué tomé cada decisión y por qué creo conveniente que lo sepas. Al menos estoy segura de algo, llegado a este punto encontrarás tu herencia, lo único que yo puedo legarte, pero que te dejará en condiciones de vivir tu vida sin necesidad de nadie.*

*Perdóname pequeña, sé que aún no comprendes nada y que no hago más que sembrar dudas en tu joven mente. Es hora de que inicies un viaje lleno de peligros y por eso te doy mi mejor consejo, no confíes en nadie.*

*Si algo he aprendido a lo largo de los años y de los numerosos eventos a los que he tenido la desgracia de ser invitada, es que nadie es quien dice ser. Escóndete y sé lista, el conde me lo debe y te protegerá.*

*No te alejes de él, dará la vida por ti si fuera necesario.*

*Cuídate mi cielo.*

*Te querré siempre,*

*Mamá.*

Ocho años, habían pasado ocho largos años desde que me dejó. Ocho años en los que había tenido que acostumbrarme al vacío que dejó en mi vida, a soportar su ausencia como buenamente podía. Ahora, viendo su letra la sentí cerca de nuevo y mis ojos dejaron caer más lágrimas por ella. Creí que ya no quedaban más, pero se deslizaron sin esfuerzo alguno. Aparté el papel porque

no deseaba mojarlo, lo doblé de nuevo con cuidado, como el mayor de mis tesoros y lo apreté contra mi pecho mientras dejaba que la pena cayera por mis mejillas, deslizándose hasta el suelo y tratando de llevarse el dolor que aprisionaba mi pecho.

Era ella, aquella mujer dulce y cariñosa. Aunque el tiempo había difuminado su rostro, su voz, por mucho que traté de evitarlo aferrándome con uñas y dientes a su recuerdo.

—¿Se encuentra bien? —¿Estaba preocupado por mí? En aquel momento no me importaba. ¿Quería llevarme con él? Iría hasta el fin del mundo si mi madre pensaba que era lo correcto. Nada más importaba.

—Mejor. Gracias. —Recogí los mocos de una forma bastante vulgar, los sorbí como cuando era niña y asentí tratando de darle veracidad a mi afirmación. Mi voz sonaba tomada, al igual que cuando me resfriaba—. ¿Es usted? ¿El conde?

—Sí.

—¿Quién buscaba su muerte? —Lo que insinuaba me había robado una parte de mi pasado, de lo que creía, haciéndome cuestionar todo lo demás—. ¿La asesinaron?

—No me compete contestarle. Con el tiempo le iré dando las otras cinco cartas e iré comprendiendo un poco más a su madre. —Me acerqué hasta él y lo abofeteé con todas mis fuerzas haciendo que girase el rostro. Se llevó la mano a la mejilla, le vi apretar la mandíbula, pero no hizo amago alguno de devolverme el golpe.

—¡Conteste!

—Ya lo he hecho. —Levanté de nuevo la mano. Necesitaba golpearlo, hacerlo hablar. No era yo, no me sentía como siempre. Él atrapó mi muñeca, pero yo luché—. Quieta, pare. Se va a hacer daño —añadió con ternura apretándose en un abrazo. Por mi mente solo pasaba la idea de arañarlo, golpearlo, exigirle la verdad.

—No soy una niña. Podré soportarlo. ¿Acaso no ve el daño que me hace no conocer la verdad? —inquirí rabiosa. Quería descargar contra él aquella rabia.

—¿Y de qué le serviría? Creo que jamás debería descubrir la verdad. Todos creen que fue un resfriado que se complicó. —Intenté golpearle la nariz con la frente y le di en el mentón. Aproveché que me soltaba y me giré corriendo hasta mi precioso caballo. Mi Tormenta de verano, aquel hermoso purasangre, de ojos negros y patas anchas, al que quería como a un amigo. No llegué a alcanzar la montura cuando fui derribada.

El cuerpo del conde se encontraba sobre el mío. Me inmovilizó las manos sobre la cabeza y se colocó entre mis piernas. Me miraba con intensidad, aunque yo no lo veía a él.

—Te mataré. Si no me sueltas acabaré contigo. Necesito encontrar a padre, necesito que me diga a la cara qué le ocurrió a madre. —Aquel tono frío, parecía el de una persona muerta. Yo misma me estremecí al escuchar mi voz, pero dejé de pelear. No tenía sentido, él era mucho más fuerte.

—Si lo haces él sabrá que alguien ha hablado contigo y temo lo que pueda descubrir. Hay secretos que tu madre deseaba mantener a salvo. Se lo debes. —Aquella afirmación me molestó.

—¿Se lo debo? ¿Por qué se lo debo exactamente? No estuvo ahí cuando más la necesitaba. ¿Qué hizo para que quisieran quitarla de en medio? Nadie manda asesinar a una persona por nada. —Sentí como la presión de sus manos se incrementaba hasta que me dolió. Sus dedos se clavaron en la piel de mis muñecas y gemí. No quería demostrarlo, pero no pude evitarlo. Él se detuvo y yo giré la cabeza, no deseaba que pudiera ver mi debilidad.

—No hables así de ella jamás. Alguien como tú no merece ser su hija.

—¿Alguien como yo? ¿Una mujer que se ofrece a un desconocido o una niña que quiere saber la verdad? ¿Acaso miento? ¡Aquí la única mentirosa es ella! —grité contra su rostro petrificado.

Sus ojos me recorrieron con asco, yo misma no me reconocía. ¿Cómo era capaz de decir tales cosas? Aunque había algo de verdad, mi mente estaba muy confundida.

—Si vuelves a hablar mal de ella te mataré yo mismo... —Me miró de una manera que me erizó el vello. No hablaba en vano, pude sentirlo. Todo mi cuerpo me avisaba del peligro y él me tenía a su merced.

—¿La amas? ¿Es eso? Debía ser muy buena en lo suyo. —No podía callarme, fui incapaz. Mi lengua tenía vida propia, ¿por qué me dolía ver aquel intenso sentimiento bajo el verdor de sus ojos? No lo conocía, pero saber que estaba en aquel lugar por ella me dolió. ¿Qué esperaba?

—¡No hables mal de ella! —Grité al sentir que apretaba todavía más mis muñecas. Apreté con fuerza los ojos y grité. El dolor me hizo pensar que quizás mis huesos habían cedido, quebrándose y dejándome lisiada de por vida. Un destino que a mí se me antojaba atroz, pocas personas curaban bien de una lesión como esa—. No vuelvas a hacerlo. —añadió aflojando su agarre.

—¿Crees que me importa lo que me hagas? ¿Crees que el dolor que puedas infringirme es mayor que el que siento ahora mismo? Ella era una mentirosa y tú eres un pobre diablo que se arrastra por una mujer que le pertenecía a otro. ¿Qué te dio para que cargaras con su hija? Un par de noches y ya le perteneces, eres ridículo y... —Jadeé al sentir su mano derecha sobre mi cuello. No ejerció presión, sin embargo, estaba tensa, lista para acabar conmigo—. ¿No vas a hacerlo? ¿Qué ocurre? ¿Temes fallarle a su fantasma?

—No te mereces ser su hija.

—¿Verdad? —Me liberó y se levantó alejándose de mí. Yo tardé unos minutos en incorporarme. Me sentía herida, confusa. Estiré mi vestido aturdida, concentrada en las manchas de barro y las arrugas que se habían formado. Tardé unos minutos más en mirarlo—. No soy como ella y me alegro. Jamás seré alguien débil y mentiroso. —Lo vi temblar, conteniéndose por no lanzarse sobre mí—. Me das asco. ¿Has disfrutado con mis besos? ¿Hay algún trofeo por catar a madre e hija? —Dio un paso hacia mí y yo retrocedí.

—No sabes de qué hablas. Te arrepentirás, te lo prometo.

—Promesas vacías es lo único que puedo esperar de uno de sus amantes.

Quizás pudiera parecer que no quería a mi madre, pero era todo lo contrario. Era la persona que más había amado y necesitado en toda mi vida, tal vez por eso me sentía tan herida. Si lo que decía la carta y lo que había insinuado el conde era cierto, en nuestra última conversación me había mentido.

—¿A dónde vas madre? —le había preguntado aquella mañana, ocho años antes. Yo apenas tenía diez años, pero no era tonta. Si hubiera querido habría podido decirme algo, jamás habría contado nada, pero no lo hizo. Me mintió y me entregó otra carta. Era un regalo para que “no me aburriera en su ausencia y pudiera practicar lectura”. Sin embargo, al recordar aquel momento no puedo evitar pensar que ya sabía que jamás volvería que, cuando se aferró a mi cuerpecito y besó mi rostro una y otra vez, se estaba despidiendo.

—Sabes que llevo unos días mal. Voy a nuestra casa de campo para tratar de recuperar fuerzas. Es una recomendación del doctor, pero volveré antes de que te perca de mi ausencia.

—Madre, aún no has partido y ya te extraño. Déjame acompañarte —supliqué yo. Algo en mi interior me decía que la retuviera, ella no me lo permitió.

—Cariño, cuida de tu padre. —Volvió a besar mi frente y yo guardé las lágrimas para después—. Estaré de vuelta mucho antes de que sepas montar a tu precioso caballo. Espero sorprenderme a la vuelta.

Jamás volvió, nunca se sorprendió por mis progresos. Ella lo sabía, lo sabía y aun así partió. Negué con la cabeza tratando de alejar aquellos pensamientos, queriendo quedarme con la mujer



que me quería y me cantaba cuando estaba enferma. Quería a mi madre, confiaba en ella. Era el dolor quién hablaba por mí.

—Monta en el caballo y vámonos. ¡Rápido! Hazlo antes de que me arrepienta —dijo el conde de Pont-de-Vaux, saltando sobre su montura y haciéndolo girar. Parecía un hombre curtido, pero no un viejo. ¿Cómo era posible que hubiera yacido con mi madre cuando no aparentaba más de veinticinco años?

—Era hermosa, lista y divertida. Puedo comprender que la amaras —reconocí avergonzada—. Pero si vuelves a ponerme un solo dedo encima te lo arrancaré de la mano. Además —añadí saltando sobre mi tempestad, el único ser vivo capaz de comprenderme y aceptarme tal y como era—, si vuelves a mirarme como hace unos minutos perderás los ojos.

—Puedes estar segura de que es lo último que haría. Tienes razón en algo, no te pareces en nada a ella.

Y fue como un puñetazo en el estómago que encajé como pude poniendo a mi caballo a galope. No me quejé por el ritmo, lo seguí durante horas apreciando el silencio que se instaló entre los dos, incapaz de romperlo y perdida en mis propios pensamientos. ¿Estaba haciendo lo correcto? ¿De verdad podía arriesgarme sólo por una carta? Aunque si de algo estaba segura era de que se trataba de su letra, jamás podría olvidarla...

## Capítulo 3



Cuando algo malo sucede las noticias vuelan, todo Londres supo varios días después que la hija del duque Hamilton había desaparecido. Su padre buscaba información, alguna pista de su paradero, y había puesto una jugosa recompensa.

Sin embargo, el duque había regresado a su hogar y permanecía encerrado en su despacho con un invitado. Debía ser alguien importante para que le dedicase tantas horas, pero los lacayos no consiguieron enterarse de nada. Iban con cuidado, siempre guardaban silencio cuando alguien se aproximaba y los curiosos al final desistieron.

Entre aquellas dos inmensas estanterías, llenas de libros con preciosas encuadernaciones, sentado uno frente al otro, el duque Hamilton evaluaba a su futuro yerno con mirada de hierro. La desconfianza estaba pintada en su rostro, quizás porque no creía en sus palabras y temía sobre el bienestar de su hija.

—¿Seguro que no tiene idea de a dónde ha podido ir? —inquirió el barón de Ros. Muchos dirían que alguien como él no se merecía a la hija de un duque, además de que tampoco era un hombre extremadamente agraciado, nadie había allí para opinar.

—Ya le he dicho que no. Aparecerá, la encontraré. —Aunque al mirar de cerca el rostro afilado de aquel barón se arrepentía cada vez más de haberle dado la mano de su hija. Tenía que encontrar otra manera, pero la única que se le ocurría no era precisamente de su agrado.

—Usted, mejor que nadie, sabe lo que se juega si esa joven no aparece con vida. No creo tener que recordarle lo que ocurrirá si me decepciona. —El duque se levantó furioso ante las amenazas de aquel hombre delgado y de baja estatura.

—¿Me amenaza? Creo que se ha olvidado de con quién trata. —Lo señaló con repugnancia—. Debería tener cuidado al elegir sus enemigos.

—Cierto, y usted al elegir a sus mujeres. —El duque levantó al barón por las solapas y lo zarandeó como a un muñeco de trapo. Odiaba a aquella sabandija, pero se sentía en sus manos. ¿Merecía la pena? Sentía que, con cada día, con cada decisión, perdía parte de su alma. Era el precio por haber amado con cada fibra de su ser, aunque también quería a su hija y sentía que la estaba traicionando. Le costaba recordar la época en la que había considerado a aquel hombre un amigo.

—Como vuelva a insinuar...

—Yo no insinúo nada viejo amigo. Solo quiero recordarle lo que parece tan interesado en olvidar. Creo que ya le he dado tiempo suficiente, su hija ha crecido y ahora quiero mi recompensa por haber guardado silencio. —El duque bajó la cabeza y dejó caer a aquel

hombrecillo cobarde. Se prometió que conseguiría vengarse, encontraría la forma de librar a su hija de una condena que jamás se había merecido, aunque aún no era el momento. Casi se alegró de que ella hubiera desaparecido, sospechando quién estaba detrás.

¿Y si no aparecía? Era la mejor solución, sin embargo, él acabaría siendo acusado y perdería todo lo que tenía. ¿Podría perdonarle la corona sus pecados? Probablemente acabaría colgado en medio de la plaza, para diversión de muchos, no parecía tan mal destino como muchos podían creer. Tal vez porque llevaba haciéndose a la idea desde hacía mucho tiempo.

—Váyase. Lo mandaré llamar cuando tenga noticias.

—Tiene un mes. Espero que no me decepcione. No querría que su familia sufriera mal alguno. Además, —El barón se miró la chaqueta, viendo el desgarró en el lado derecho y chasqueó la lengua disgustado—. ¿qué le quedaría a esa pobre muchacha si usted fuera ajusticiado? No querría ver a una joven tan dulce e ingenua sin nadie que pudiera protegerla.

El duque Hamilton había pasado mucho tiempo entre las sombras, tratando de no encariñarse de su hija, había sido en vano. Jamás le dio un abrazo o un beso si no era necesario, siempre se mostró cortés. Pocos sabían que la espiaba cuando recibía clases de piano o que le encantaba verla cabalgar desde el balcón.

Había sido un ingenuo. Nada podría prepararlo para decirle adiós. Tenía que recuperarla y hacerle comprender. Tenía que saber lo que había pasado. ¿Y si no podía perdonarlo? ¿Y si se avergonzaba de la debilidad que había demostrado a lo largo de los años?

## Capítulo 4



En Londres los olores eran demasiado intensos y caminar en ciertas calles prácticamente imposible. A nuestra llegada lo observé todo con ilusión, asombrada ante la cantidad de colores que mostraban los vestidos de aquellas damas y la cantidad de puestos que había diseminados aquí y allá. Todos gritaban, las voces se mezclaban en un barullo ensordecedor.

Me habría gustado poder pasear entre ellos, acercarme a las tiendas y poder curiosear durante horas. Mi nuevo amigo tenía otros planes. Nos detuvimos ante una inmensa casa de dos pisos y tiró de mí para hacerme bajar. No hubo explicaciones, ni una presentación ante el servicio. Me dejó ante mi habitación y se alejó dejándome sola. A partir de aquel día no coincidimos, estaba convencida de que me evitaba, aunque tampoco podía estar segura.

En aquel lugar lleno de muebles franceses y lujosas cortinas me sentí encarcelada. Nadie me hablaba, todos eran cortesés, pero podía sentir la soledad agujereándome poco a poco, hasta que yo misma gastaba las palabras justas y necesarias. Mi única distracción fue la modista, una señora mayor con rostro adusto, pero buen saber hacer. Ella me prometió que me vería como toda una princesa y yo soñé como única respuesta.

Acababa de cenar cuando me senté ante el tocador. El reflejo me devolvía la imagen de una mujer serena, mis cabellos rojizos estaban trenzados a mi espalda y el camisón era mucho más femenino que los que tuve nunca. Tenía lo mejor de lo mejor, pero seguía faltándome lo importante.

Incapaz de dormir me incorporé y decidí bajar a la cocina. Dormía allí, pasaría allí varios meses hasta que la temporada terminase, podía considerarlo mi hogar provisional, pero no era más que una extraña. Quizás por eso fui en silencio, escondida entre las sombras. Cuando llegué me senté frente a la mesa y recordé años atrás, mi madre solía sentarse conmigo en las cocinas en invierno, para ponernos al lado del fuego mientras conversábamos con la cocinera. Era una señora mayor, que no tardó mucho tiempo en morir, pero cuyas anécdotas nos hacían reír durante horas.

Cogí una manzana y le di un bocado, manteniendo mis manos ocupadas y mi mente lejos. En cinco días sería presentada en sociedad, hombres apuestos pedirían mi mano y recibiría algún que otro beso.

—No son horas para pasear. Sube a tu habitación antes de que alguien te vea. —Aquella voz me produjo un escalofrío y me tensé con rapidez.

—¿Quiere comer algo? —pregunté haciendo caso omiso a su “sugerencia”.

—A eso he venido. Llevo días bastante ocupado y apenas he tenido tiempo para poder degustar un buen guiso. ¿Queda algo? —Lo miré aturdida. Tras tantos días creí que estaría furioso conmigo,

pero actuaba como si no hubiera ocurrido nada.

—No lo sé. —Me levanté y fui a mirar. El camisón era semitransparente y dibujó mi figura a contraluz. Tras llenar el cuenco me giré para tendérselo y me quedé paralizada. Había visto aquella mirada antes, provocaba que mi piel se calentase, sin embargo, ya no era posible. Solo necesitaba imaginarlo en brazos de mi madre para que el asco, la repulsión, me devolviera a la realidad—. Toma. —Nuestros dedos se rozaron y él sonrió con orgullo. Dejó el tazón sobre la mesa y, agarrando mi brazo, tiró de mí hasta estrujarme contra su duro pecho. Me quedé paralizada, incapaz de decidir lo que de verdad deseaba.

—Deberías volver a tu dormitorio —repitió. Su voz era ahora mucho más grave, profunda. Yo elevé la cabeza y él me dio un tierno beso en los labios—. Eres preciosa.

—Como ella. —No debí decirlo, no quería hacerlo. Pero yo no era la sustituta de nadie.

—No, no eres como ella. Ella era dulce, cariñosa, amable. —Gruñó antes de volver a atrapar mi boca, mordisqueó mi labio y yo gemí. Aquella sensación cálida era indescriptible.

—¿Por qué lo haces? Es asqueroso.

—Cierto, ¿por qué lo hago? ¿Y si te dijera que no puedo evitarlo? —Lo miré sin comprender qué quería decir. Me elevó con facilidad y me sentó sobre la mesa. Se colocó entre mis piernas y sentí en la parte más sensible de mi anatomía una dureza que me hizo entrar en combustión. Lo miré horrorizada y nerviosa, aquello no debía ocurrir jamás.

—Aléjate —supliqué.

—Debería hacerlo. Te ves hermosa. —Y me besó el cuello. Sus labios descendieron rumbo a mi pecho, diseminando besos aquí y allá. Me arqueé al tiempo que mis ojos se cerraban, me perdí en aquella espiral de emociones. Le habría dado lo que me hubiera pedido, jamás me había sentido tan bien como en aquel momento y lo habría mantenido por todos los medios posibles—. Quizás podría enseñarte a disfrutar.

—Si lo hace nadie me querrá como esposa y madre de sus hijos —dijo la parte cuerda de mi cabeza. No me di cuenta de que lo había expresado en voz alta hasta que él me respondió. Se alejó unos centímetros y sentí frío, quería mantenerlo a mi lado, aferrado entre mis piernas mientras aquella dureza se rozaba contra mis labios más íntimos mandándome escalofríos a lo largo de mi columna vertebral.

—No deberías haberte acercado a mí. Te he evitado durante días, ambos deberíamos mantener las distancias. —Asentí sin mover ni un solo músculo.

—Me voy. —Aunque ninguno de los dos se movió.

—Es complicado, cuando conozcas todos los detalles me comprenderás. No nos odies antes de tiempo, no lo hagas. —Lo miré confundida, enternecida por aquella súplica al tiempo que apoyaba su frente sobre la mía.

—¿Por qué tengo que evitarte? Me siento sola en este lugar —reconocí bajando la voz, a pesar de que se convirtió en un susurro sé que me había escuchado.

—No debemos estar juntos. —Me miró, sus ojos verdes brillaban con intensidad y supe que quería decir algo más.

—¿Qué? —Levanté la ceja derecha con una tímida sonrisa.

—No debería.

—Pero deseas decir algo más. No te veía como un cobarde.

—No me conoces.

—Cierto y sin embargo eres el que ha estado más cerca de mí en toda mi vida. Nadie me había tocado nunca como lo estás haciendo tú en este preciso momento. —Sonrió orgulloso y me sentí a gusto. La valentía crecía en mi interior dándole alas a todas aquellas fantasías.

—¿Y quieres que te toque? —Lo dijo con tal intensidad, de tal manera, que mis mejillas se tiñeron de rojo. Me quedé sin aire—. ¿Tú también puedes sentirlo?

—No sé a qué te refieres.

—¿No? —Apoyó las manos en mis rodillas y ascendió despacio por la cara interna de mis piernas. A su paso arrastraba la fina tela de mi camión. No podía dejar de mirar sus ojos, su boca, me relamí sintiéndome hambrienta—. ¿Vas a mentirme?

—¿Qué quieres conseguir?

—No lo sé. Desde que te encontré en aquel lago actúo por instinto. Eres como ella, pero diferente. No esperaba sentirme así. —Asentí triste—. ¡No pongas esa cara! ¡No lo hagas! —Volví a asentir sin comprenderle realmente. ¿Qué estaba haciendo mal ahora? Solo quería regresar a mi cama y dormir, tratar de olvidar aquellas palabras, aunque seguramente era imposible.

—Lo lamento.

—¡No! —gritó contra mi boca y me besó. No llegaba a comprenderlo y lo empujé con fuerza, pero cuando su lengua buscó la mía no pude evitar acompañarle—. Déjame mostrarte que puede ser maravilloso. Aunque sea solo por una noche, permítemelo. Te prometo que seguirás siendo virgen para tu marido, permíteme compensarte antes de dejarte marchar.

—¿Por qué habría de importarte? —Se encogió de hombros como respuesta—. No vas a contestar ninguna de mis preguntas.

—Si lo hiciera por cada una tendrías tres más. Disfruta el momento, agárrate a lo que tienes y olvida todo lo demás. Nadie sabrá lo que hacemos aquí, podremos atesorar este momento solo para nosotros dos.

—En unos días...

—Y yo seré el tutor perfecto, te apoyaré en todo lo que quieras. —Con su mano acunó mi rostro y besó mi mentón—. Túmbate.

¿Por qué le hice caso cuando debería haberme negado? ¿Por qué a pesar de la vergüenza le permití levantarme la falda del camión y mirar mi entrepierna al desnudo? Me tapé la cara con el brazo izquierdo y cerré los ojos con fuerza. Gemí al sentir su dedo acariciándome.

—No lo hagas —supliqué azorada. Cada partícula de mi ser me pedía que cerrara las piernas con fuerza y así lo hice.

—Vas a confiar en mí —afirmó rotundamente. Apartó mi brazo y se colocó ante mi rostro—. Abre los ojos. —Se veía imponente, hermoso, atractivo y masculino. Se cernía sobre mí y me sentí diminuta y delicada en sus manos. Jamás, en toda mi vida, creí que llegaría a vivir algo parecido—. Abre las piernas.

—No.

—Por favor. Confía en mí, solo voy a besarte.

—Está sucio. —Soné como una chiquilla aterrorizada, pero así era como me sentía. Inexperta, asustada por lo desconocido.

—Huele a mar, a vida. Quiero besarte, necesito hacerlo. Gritarás mi nombre, ¿confías en mí?

—No, no lo hago. No puedo hacerlo. —Pero al sentir sus manos en mis piernas, ejerciendo un poco de presión, me dejé ganar. Le fui permitiendo que las abriera hasta que tuvo lo que quería. Jadeé al ver que su cabeza desaparecía por aquella zona, contuve el aliento a la espera, sin embargo, no estaba preparada para la húmeda y cálida sensación de su lengua contra mis labios más íntimos. Mordisqueó, chupó, sopló y volvió a comenzar hasta que dejé de ejercer fuerza, hasta que dejé de pensar en si era lo correcto y mis piernas cayeron inertes, mis manos volaron hasta su pelo y lo agarré con fuerza. Lo mantuve en su lugar, exigiendo algo que no comprendía. Un nudo inmenso, pleno, aterrador, se estaba formando en el centro de mi abdomen y sabía que

necesitaba que llegase hasta el final. No le permití moverse hasta que alcancé la cima e, incluso entonces, mientras las olas de placer me hacían arquearme sobre aquella mesa, él no detuvo la tortura.

—Ya. Detente por favor —pedí sin fuerzas.

Él estaba tenso, agarró mi mano y me ayudó a sentarme de nuevo. Cuando lo miré me besó y el olor de su boca me encendió con rapidez.

—Necesito tu ayuda. —Parecía dolerle y quise cuidar de él. Quería devolverle aquella emoción, permitirle saborear aquel placer descomunal y ser yo quien se lo proporcionase, pero no sabía cómo podía hacerlo.

—Dime cómo.

—No puedo tomarte como mujer. Te lo he prometido, pero... —Se mordió la lengua sin decidirse. Se veía tierno y volví a dejar que mis dedos se hundieran en su pelo negro. Lo agarré con fuerza y tiré de él para que se acercara. Me mostré decidida y mordí su boca.

—Dímelo.

—No es justo. Deberías irte de una vez. ¿No eres capaz de entenderlo? ¡Vete!

—¿O qué? ¿No estoy al nivel de ella? —Parecía que compitiera con la otra, lo más duro era quién era la otra. Mi voz me traicionó y me odié por pensarlo siquiera.

—¡Jamás estuve con ella!

—Pero la querías.

—No de la manera que tú crees. —Asentí sin creérmelo del todo—. Vete...

No llevaba más ropa que unos pantalones para dormir. Unos pantalones que por cierto dejaban entrever el inmenso bulto que escondían. Acerqué la mano, sintiéndome poderosa al ver cómo contenía el aliento. Se quedó quieta, apretando los puños, dejándose hacer.

—¿Te gusta?

—No lo hagas...

—¿Por qué? Siempre me han dicho qué era lo correcto, qué debía pensar y qué debía esperar —comenté acariciándolo sobre la tela—. Nadie me conoce. —Era tan masculino, tan fuerte... Todo él desprendía una energía que invitaba a acercarse, tocarlo, saborearlo, sentirlo. Fundirme con él, introducirme bajo su piel era lo que más deseaba.

Dejé que mi culo se escurriera y me puse de pie mucho más segura de mi misma. Me arrodillé ante él sintiéndome poderosa y confusa. Yo también podía darle unos besos.

—Detente. —Pero no hizo amago alguno por obligarme. Parecía una estatua y yo arrastré el pantalón dejándole al descubierto. Aquella inmensa protuberancia dio un saltito señalándome la nariz. Sonreí y besé su cabeza, sintiéndola suave—. Dios... —Se agarró en la mesa y tuve la impresión de que las piernas le fallaban.

—¿Estás cansado?

—Agotado, princesa. Me estás arrebatando todas las fuerzas con esa preciosa boquita de fresa. ¿De verdad vas a hacerlo? —Asentí radiante.

—¿Sabes?

—Dime.

—Es muy suave. —Le di un lametón desde la punta hasta la base. La recorrí dos o tres veces hasta que lo vi cerrar los ojos.

—Métela en la boca. —Abrí los ojos asombrada. ¿Podría hacerlo? Era inmenso, me ahogaría. Sin embargo, no quería mostrarme asustada ante él y comencé por la punta. Agarró mi cabeza con suavidad y comenzó a mecarme. Era algo incómodo, pero agradable al sentir como sus dedos, sus piernas, todo él se tensaba y su respiración se agitaba. Yo, era yo la que estaba volviéndolo loco.

Era mi boca la que ansiaba y la que provocaba aquellos gruñidos profundos.

No fueron más que unos minutos, de pronto me apartó y descargó sobre la mesa, pero durante ese lapsus de tiempo controlé su respiración, su deseo, su placer. Lo tuve en mis manos y fue el poder más inmenso que jamás sentí. Verlo, tenerlo a mi lado, hacerlo sonreír. Todo él tenía algo que pedía más. ¿Cómo haría para alejarme después de saber lo que era estar a su lado?

Fue entonces, cuando ambos estábamos serenos, cuando las palabras se atoraron incapaces de salir. Yo por lo menos tenía muchas cosas en la cabeza, no obstante, cuando sus ojos verdes se posaron en los míos me sentí más desnuda que nunca antes. Era como si pudiera ver a través de mí y no me gustó.

Me crucé de brazos tratando de protegerme, no estaba preparada para compartir con nadie mis miedos e ilusiones. No confiaba en él a pesar de lo que habíamos compartido.

—Debería descansar —dijo en voz baja volviendo a dejar clara la distancia que había entre los dos. No éramos nada, ni siquiera amigos.

—Gracias por acompañarme. Espero que pueda presentarme dentro de unos días. Usted será el que haga de tutor y necesito dar una buena imagen. —Él gruñó y yo asentí caminando hacia la puerta. Cuando iba a cruzar el umbral me detuvo, era innegable el efecto que su toque tenía en mí ser. Nadie antes había causado tales estragos en mi mente.

—No permitiré que te vayas con cualquiera.

—¿Por qué habría de importarle? Lo que hemos compartido no volverá a suceder. —Y tiré de mi brazo con fuerza para soltarme.

—Seré yo quien decida. No me fuerce, creo que sabe cuál es su lugar.

—¿No estaba a su lado para tomar mis propias decisiones? —pregunté enfrentándolo —Si cree que por haberme dado unas migajas puede tomarse libertades no se confunda. Si no va a cumplir la palabra que le ha dado a mi madre entonces puede pedirme un carruaje y volveré a casa.

—No me amenes. —Caminó hacia mí y yo retrocedí hasta que me encontré entre la pared y su cuerpo. Mi respiración se aceleró considerablemente.

—¿Qué quiere ahora?

—Deja de hacer eso. —Pidió señalando mi pecho.

—No le comprendo.

—Joder... —Su mano se cerró sobre mi seno derecho y apretó—. eres demasiado tentadora. Mantente lejos o no podré controlarme.

No debía sentirme halagada, ni sonreír. No debería ver más luz en aquella cocina que segundos antes.

Cuando me soltó y me alejé podía sentir su mirada en mi espalda. Era consciente de que no era mío ni jamás lo sería, que era iluso albergar esperanzas, ¿cómo podía explicárselo a aquel hormigueo que despertaba en mi vientre cuando él se acercaba? No podía y tampoco traté de hacerlo.

Fue al volver a mi dormitorio y ver la carta de mi madre, posada sobre el tocador, cuando comprendí que serían aquellos secretos los que nos separarían. Tenía la pegajosa sensación de que mi mundo no era más que una fantasía que estaba a punto de fragmentarse y que sería yo la que sangraría.

—Debo alejarme de él. Debo elegir a cualquier otro. —Toqué el peine de marfil que había a mi izquierda y sonreí triste. Era uno de sus múltiples regalos, detalles que habían aparecido a mi puerta sin nota. Sabía que eran suyos, tenían que serlo—. Si sigo por este camino solo conseguiré hacerme daño. No sé qué historia los unía, pero no estoy segura de querer averiguarlo.



Me dirigí hacia la cama y me tapé hasta la nariz. Me sentí reconfortada ante el peso del edredón, escondida como cuando era más pequeña. Mientras no sacase el pie fuera de mi refugio los monstruos no podrían atraparme.

¿Por qué tenía que hacer justo lo contrario de lo que deseaba? ¿Por qué tenía que ser eso lo correcto?

## Capítulo 5



Tras la llegada del conde de Pont-de-Vaux empezaron las pesadillas. Al principio eran confusas, imágenes sin sentido que me hacían despertar agotada, como si no hubiera descansado en absoluto. Al abrir los ojos no conseguía recordar lo que había acontecido en aquel mundo de ensueño, aunque por la sensación que quedaba en mi cuerpo sabía que no era algo bueno.

Aquella noche me costó conciliar el sueño, llevaba tanto tiempo rememorando lo ocurrido en la cocina que mi descanso comenzó con una serie de besos del conde. Yo en mi cama y él recorriendo mi boca, hambriento, pero todo cambió con rapidez.

*Era el mismo lecho, las mismas cortinas, el mismo armario y el mismo tocador. Todo seguía colocado en su sitio y yo estaba sola en medio de aquella inmensa cama. La luna brillaba en lo alto del cielo a través de la ventana, aportando algo de luz a la estancia.*

*Fue como recordar de pronto algo importante. Me vi a mi misma correr lejos, tratar de llegar a otra alcoba y al instante era una niña de nueve años. Era yo sin serlo, un recuerdo sin recordarlo, confuso, pero cercano. Eso es lo que tienen los sueños, a veces nos muestran cosas que queríamos no volver a recordar.*

*Yo llegaba hasta aquella inmensa puerta y me paralizaba. Podía oír los gritos, las súplicas, el llanto de mi madre y ansiaba abrir para poder auxiliarla. Yo era pequeña, sentía que no sería capaz de moverla para entrar. Fue otro grito, otra súplica sofocada, la que me hizo empujar con el hombro hasta que hubo espacio suficiente. Por suerte no estaba cerrada, aunque con lo que estaba ocurriendo nadie se fijó en mí.*

*¿Cómo comprender que la persona más fuerte que conocía estaba tirada como una muñeca rota sobre la alfombra? Su boca sangraba, su frente sangraba, y ella no trataba de levantarse. Pensé en gritarle a mi padre, exigirle que la dejara en paz, a mí me haría caso, pero recordé algo importante, algo que no comprendí hasta que miré el rostro de aquel gran caballero.*

*—No lo hagas —susurró mi madre antes de recibir una fuerte patada en el vientre que la dejó sin aire. La vi boquear varias veces, temí que no pudiera conseguirlo y me quedé en silencio, incapaz de emitir sonido alguno hasta que al final consiguió llenar sus pulmones.*

*—¡Es de mi sangre! Ocupará el lugar que tú rechazaste y lo reclamaremos todo. —Aquel hombre de pelo rojizo se inclinó sobre ella y la agarró por el cabello. La elevó con fuerza y la zarandeó varias veces hasta lanzarla contra la pared—. Jamás debiste huir. ¿Creías que no lograría encontrarte?*

*—No podrás cambiar nada. Si lo intentas tú también acabarás muerto.*

*—¿A quién crees que creerán? ¿A una mentirosa cómo tú? —El desdén de su voz, el*

*desprecio que demostraba me hizo odiarlo. Mi madre era dulce, no merecía que nadie le hablara de aquella manera.*

*—¡Es mi hija! —gritó de pronto. Se agarró a la pared y, apoyándose en ella, consiguió alzarse y mirar a su oponente de frente. —No voy a permitirte que te acerques. Si lo intentas haré que la carta llegue a su destino. No me retes.*

*—¿Y si te mato? ¿Qué harás entonces? No tienes poder alguno, ya no. Ahora que él está muerto no eres más que una cucaracha que estaré más que feliz en aplastar. —Le vi sacar una daga del cinturón, era hermosa, estaba llena de rubís y zafiros. ¿Cómo podía fijarme en eso cuando la vida de mi madre corría peligro? No lo sabía, pero podía describirla a la perfección. Quise salir de mi escondite, dar la voz de alarma, aunque por más que lo intentaba mi cuerpo no respondía.*

*—Hazlo. —Se encogió de hombros, al hacerlo su cara se deformó en un gesto de dolor. Había sido brutalmente apaleada—. Pero tú caerás conmigo, recuérdalo siempre. Lo he dejado todo bien atado. No trates de acercarte a ella.*

*—¿Duele mucho? —preguntó cambiando de tema. Por primera vez vi a mi madre llorar, no se ocultó, incluso alzó el rostro para que aquel hombre la viera.*

*—Lo hace. Lo amaba —declaró con rotundidad. ¿Hablabas de padre? Era imposible, él estaba bien. Había partido aquella misma mañana.*

*—Serás zorra... —El hombre dio un paso, pero se detuvo de pronto—. Esperaré. Antes o después ella será mía.*

*—Jamás. Eso te lo prometo. Algún día pagarás por su muerte, no sé cuándo, pero encontraré la forma. Aunque tenga que volver del más allá para hacerlo.*

*—¿Tú? Siempre has sido débil. Te escondes detrás de los hombres que embaucas para que hagan el trabajo sucio. Jamás debí confiar en ti.*

*—Pero eres un hombre... —Ella sonrió con ganas y estalló en carcajadas. Yo me tapé los oídos, aquel sonido era molesto, era un llanto estridente que traspasaba mi cerebro—. Lo amé, lo amo y lo amaré siempre. Lo has perdido todo. —De un salto abrió un cajón de una mesita y sacó una pistola—. Vete, vete mientras aún recuerde que tenemos la misma sangre.*

*—Acabaré contigo.*

*—Lo intentarás, sin embargo, mientras ella siga con vida seguiré ganando yo.*

*Alguien me zarandeaba. Unas manos fuertes me tenían atrapada por los hombros y me movían. Alguien me llamaba a lo lejos y abrí los ojos. No supe que era yo la que gritaba hasta que miré el rostro preocupado de Leonard, del conde.*

*—Despierta. Tranquila, todo está bien. Tranquila, estoy contigo. —Cerré la boca de golpe. Era ridículo, hacía años que no tenía aquellas pesadillas, porque era eso lo que eran, tenía que serlo.*

*—Lo lamento... Yo... —Me cubrí sintiéndome desprotegida—. me encontrará. Lo hará y me matará como lo hizo con ella. Lo hará. Sé que lo hará. —Me aferré a él nerviosa—. Lo recuerdo, no quiero recordarlo. ¡No quiero hacerlo!*

*—Habla conmigo. Pelirroja, cuéntame lo que ocurre.*

*—No lo sé... No estoy segura. —Me agarré la cabeza tratando de aplacar el dolor—. Aquel hombre la golpeó, le hizo daño. Me buscaba a mí, me quería a mí.*

*—Nadie te tocará. Me tienes a mí, jamás lo permitiría.*

*—¿Por qué habrías de sufrir por protegerme? ¿La amabas? ¿Es eso? —Mis ojos se llenaron de lágrimas y él me tumbó con dulzura. Sentí sus brazos envolviendo mi cintura, se tumbó a mi espalda y yo lloré en silencio mientras sentía sus besos en mi hombro, en mi cuello—. Debes irte. No puedes estar aquí —dije al cabo de un tiempo. Creí que se había quedado dormido pues no*

contestaba, me giré despacio y lo encontré mirándome fijamente.

—Nadie dirá nada.

—Pero yo lo sabré. Nosotros lo sabremos. ¿Qué ocurrirá después? ¿Por qué debería disfrutar de tu consuelo, del cariño que quieras darme, si es efímero?

—¿Y si te dijera que no tengo fuerzas para dejarte sola? Te prometo que llegado el momento te dejaré marchar. —Asentí sin fuerzas y apoyé mi mejilla sobre su pecho. Sentía el latido de su corazón con fuerza, rápido, acelerado.

Me concentré en el sonido y mis párpados volvieron a cerrarse fruto del cansancio. Su aroma consiguió tranquilizarme y suspiré feliz. Ahora soñaba con mi Tormenta de verano, con mi fiel compañero y amigo. Corríamos lejos, nos apartábamos de la gente para vivir salvajes en medio del bosque, en un lugar en el que nadie podía encontrarnos. Era libre, era una persona completamente diferente y real.

## Capítulo 6



Aquella mañana esperaba encontrarlo a mi lado. Abrí los ojos pensando en que lo vería a él, en que no estaba sola y era una sensación maravillosa. Me equivoqué, las sábanas estaban revueltas, aquella era la única señal de que él había estado allí.

La doncella, de la cual no me había aprendido el nombre, entró cuando tiré del cordón. Habría jurado que llevaba un rato tras la puerta esperando, pero antes de elegir mi vestido y ayudarme a asearme me tendió otro sobre. Era como un juego macabro, esperar el momento en el que él creyese oportuno irme cediendo aquellas misivas, era cruel porque sabía que había más y no podía tenerlas.

La miré sin saber si quería abrirla. Si no lo hacía podría disfrutar de un gran baile en pocos días, tal vez, si ponía de mi parte, conocería a un hombre guapo, cariñoso, atento. Incluso podría sentir entre sus brazos lo mismo que con Leonard. Si la abría aquel mundo oscuro que había engullido a mi madre me atraparía y yo no tenía fuerza para luchar.

La dejé sobre la colcha y le permití que jugara a las muñecas conmigo. Dejé que moviera mi cuerpo, que tirase de mi pelo hasta formar el recogido perfecto. No me quejé cuando me pinchó con el alfiler al colocarme el sombrero y tampoco dije nada cuando salió de la habitación.

Me levanté de la silla del tocador y descendí las escaleras. Caminé hasta la puerta y me dirigí a las caballerizas. Pude ver al mozo mirándome, caminando para atenderme, pero yo ya había entrado. Encontré a mi tormenta perfecta y sonreí acariciando su cuello.

—Te extrañaba. —Besé su morro y sentí la humedad en mis ojos. Cansada empecé a colocar la manta y la montura, despacio, dejándolo todo bien atado para evitar que se girase o soltase en el momento menos oportuno.

—¿Necesita ayuda? —El mozo trató de arrebatarme las riendas, no se lo permití.

—Aléjate. Recuerda cuál es tu lugar. —Y yo recordaré el mío, añadió mi mente traicionándome. Monté a horcajadas, olvidándome de las normas que solo sirven para las que nacen hembras. Monté disfrutando de la cabalgata, dejando que aquellas inmensas faldas se elevasen más de lo que marcan las normas de decoro.

Enfilé rumbo al parque, queriendo ocultarme de aquellas miradas que me juzgaban cuando me veían pasar. Me perdí, parece estúpido, pero tampoco miraba por dónde iba. No creía en el destino, no hasta que lo vi a lo lejos. Lo reconocería en cualquier lugar, pero fue el pelo rojo de su acompañante el que hizo que detuviera mi montura y descendiera. Caminé dando un rodeo para acercarme por detrás.

—No podrás evitarlo. Jamás debí permitir que te quedaras aquí. —La voz de aquel monstruo,

de cabellos rojos como los míos, me traspasó. Era como volver a mi pesadilla, solo que el sol deslumbrándome de frente me decía que era real.

—No te permití que la tocases hace años y no voy a permitirlo ahora. Ella elegirá y seguirá con su vida sin saber que tú existes.

—¿Y cómo vas a hacerlo? ¿Cuándo le explicarás cómo murió su madre? ¿Cómo crees que te mirará cuando lo sepa? ¿Crees que no sé dónde la escondes? —Soltó una pregunta tras otra sin darle tregua, no esperaba una respuesta. El conde de Pont-de-Vaux golpeó el mentón de aquel individuo con fuerza y lo lanzó al suelo. Cuando volvió a incorporarse estaba furioso, esperaba que tratase de golpearlo, no lo hizo.

—No vuelvas a nombrarlas jamás. Eres un monstruo.

—¿Te importa? Veo que la muchacha no te es indiferente, al final también tú tienes un punto débil. No lo olvides. Conseguiré acabar con todos vosotros y la tendré a ella.

Una mujer se acercaba, en su mano derecha portaba una sombrilla blanca llena de encaje. Iba directa hacia ellos y ambos la saludaron besando su mano con caballerosidad. Ella sonrió coqueta, escondiendo la boca tras la mano y el desconocido aterrado se disculpó para alejarse.

—¿Me extrañabas? —Se acercó todavía más a Leonard y se inclinó permitiéndole ver todo su escote. El cabrón lo hizo, se recreó en las vistas. Contuve las ganas de saltar sobre él, quizás las cosas todavía pudieran salir bien.

—¿Qué quiere lady Marilyn? Su marido ha de estar buscándola —respondió él. El bello rostro de la dama se crispó, pero enseguida suavizó la expresión para volver al ataque.

—No te importaba cuando me buscabas en los jardines o cuando quedábamos en tu casa. Por cierto, ¿puedo preguntar por qué ya no me invita? —No podía ser más directa y a él no le quedaría más remedio que ser sincero. Recé, necesitaba que la alejase, que...

—¿Acaso lo desea? No sabía que mis caricias la hicieran sentir tan bien.

—Conde, ya sabe lo bien que nos lo hemos pasado siempre juntos. —La mano derecha de aquella zorra descendió por el pecho de Leonard hacia el sur de su anatomía. Apreté las riendas, incapaz de verlo, no podía permitirle que lo tocara como yo lo había hecho porque eso me convertiría en una más, en alguien sin importancia alguna. No había sido nada especial, al menos no para él.

—¡Suéltalo si no quieres que te corte la mano! —grité sin pensar. Ambos se estremecieron sorprendidos, la cara de él pasó de la sorpresa al enfado, yo estaba concentrada en otra mujer mucho más pechugona y estúpida. La odiaba aún sin conocerla, no tenía moral. ¡Estaba casada! ¡Yo misma lo había escuchado!

—¿Quién eres tú? —inquirió lady Marilyn, pero mirando al conde en lugar de a mí —¿Quién es Leonard?

—Ella es mi... —Me miró y volvió sus ojos a lady Marilyn—. prima. Una prima lejana que ha venido para buscar marido. No ha de preocuparse por ella, ¿verdad querida? —Quise apuñalarlo allí mismo, pero asentí sintiéndome traicionada.

—Querido, por un momento he creído que había algo entre vosotros. —Soltó aquella víbora con una falsa sonrisa en los labios—. Encantada de conocerla lady...

—Kate. —Levanté la cabeza y, cuando Leonard se acercó, yo puse distancia. Él me decía algo, pero a mí me costaba escucharlo.

—Querido, ¿nos vemos mañana donde siempre? Creo que la joven podrá perdonarle que se ausente un par de horas. Somos viejos amigos —añadió, sabiendo cómo sonaba, mientras me guiñaba un ojo.

—No le diga esas cosas. Aún es una niña. —Jadeé porque, justamente él, no me había tratado

como a tal. Se había reído de mí, era eso. Jugó conmigo como con otras antes y después. Salté sobre mi Tormenta de verano y besé su cuello. Él miró mis piernas y trató de arrebatarme las riendas.

—¡Bájate ahora mismo! No es decente cabalgar como los hombres. Deberías ir con tu doncella para evitar que las malas lenguas pongan en duda tu reputación. —Lo miré con frialdad.

—Eso querida, no querrás que mientan cuando estás por presentarte.

—No querría que tuviera que perder su preciado tiempo hablando de mi persona. Si me disculpan. —Mi precioso semental, mi amigo fiel. No necesité moverme para que comenzase a andar. Leonard me dejó ir, se quedó disfrutando de la compañía de aquella mujer. ¿La tocaría? ¿La besaría? No debía importarme, no podía hacerlo.

El camino de vuelta a casa fue más rápido, demasiado. Estaba a una calle cuando encontré a una niña descalza con una gran cesta de flores en las manos. Era hermosa, sus ojos azules brillaban con luz dándole a su rostro manchado una belleza que pocas podrían llegar a emular.

—Buenos días, señora. ¿Quiere un par de rosas? Alegran el hogar y el alma. —Su voz era aguda y triste. Una combinación extraña, me acerqué a ella en silencio—. Señora, ¿qué es lo que busca? —preguntó más nerviosa.

—Compañía —contesté sin malicia alguna.

—Señora, yo no vendo ese tipo de servicios. —Abrí la boca asqueada ante su insinuación y luego sonreí. Probablemente ella estaría acostumbrada a sugerencias que a mí me harían caer desmayada.

—Hablar, pequeña. Nada más.

—¿Conmigo? —inquirió sorprendida.

—Sabes, siempre he estado sola rodeada de gente. ¿Tú tienes familia?

—No, vivo con otros huérfanos. —Asentí comprendiéndolo.

—¿Me ayudarías?

—No entiendo que puede necesitar una dama como usted de una basura como yo. —Giró el rostro avergonzada, como si el hecho de que me estuviera mirando fuera un insulto para mí. Asentí cansada, harta de lo que los demás nos imponían, viéndome reflejada en ella a pesar de ser completamente opuestas. Éramos dos caras de una misma moneda.

—Soy nueva en la ciudad y tú conoces cada rincón. Podría recompensarte. —Sus ojos brillaron, no codiciosos, sino hambrientos.

—¡Lo haré! —Le tendí las riendas de mi caballo y lo miró asustada. Mi Tormenta de verano bajó su inmensa cabeza para permitirle que lo acariciara y ella estiró los dedos demostrando que el miedo no era algo que la frenaría. Cuando mi semental relinchó ella casi cae sobre su trasero, pero se recompuso con dignidad. Sopesé el saquito de monedas que tenía bajo el vestido y sonreí satisfecha.

—Iremos de compras. Primero zapatos, también para ti. Si los pierdes, los vendes o dejas que te los roben nuestro trato se terminará. —Aunque no sería tan cruel, no quería verla caminar descalza por aquellas calles.

Tras esto recorrimos durante horas varias tiendas hasta que ella me miró asombrada. Ahora llevaba un sencillo vestido blanco y unas botas de piel. Me costó hacer que se lo pusiera, temía mancharlo, pero daba el pego perfectamente.

—Nos vamos a casa. —Retrocedió desconfiada.

—Yo ya tengo un lugar donde dormir.

—Cierto, pero en el mío todos sirven a otro. Nadie me es fiel y me siento sola. Necesito que alguien me quiera a mí, ¿te parece vergonzoso? —Mostrar debilidad no es algo malo, pensé. No si

con ello consigues crear lazos que perdurarán en el tiempo, era eso lo que deseaba. Quizás me estaba aprovechando de la mala dicha de aquella pobre niña, pero las dos ganaríamos porque yo la cuidaría y la trataría con amor. ¿Era egoísta mi petición? Posiblemente.

—¿Quiere que la cuide?

—Quiero que seas mi amiga, mi sombra. Quiero que me abracés cuando esté triste y me aconsejes. Estoy segura de que has visto mucho. —Ella asintió reconociéndolo. No se rompió, sonreí orgullosa.

Cuando vio la inmensa construcción de dos pisos en la que viviría se miró las manos. Caminamos hacia los establos para dejar a mi caballo y darle tiempo a hacerse a la idea. Al entrar yo ya esperaba problemas.

—Acompáñame. —La guie hasta mi dormitorio y la dejé en la puerta—. Ahora dormirás conmigo. Mandaré que traigan otra cama para ti.

—No es necesario. —Le tapé la boca.

—Enciértrate hasta que yo vuelva. —Y tras esto caminé hacia su despacho, sabía dónde estaría sin necesidad de decir nada.

Warren, el mayordomo, el mismo que nos había abierto la puerta y me miró desaprobando mi actitud, se colocó ante mí cerrándome el paso. No me conocía.

—Está ocupado. Si quiere que le de algún mensaje...

—Entraré yo misma.

—No puedo permitirselo. Órdenes de mi señor. —Y me agarró del brazo.

—Como no me quite las manos de encima le va a doler mucho.

—¿Señorita? No puedo permitirselo.

—Le he avisado —agregué antes de patear sus joyitas reales. Lo vi caer, agarrándose como podía y gimiendo de dolor—. No me gusta que me toquen sin permiso. La próxima vez no seré tan buena con usted. —Mi tono era frío, pero mi odio no estaba dirigido a él.

Si algo había hecho mi padre que le agradecía sobremanera era enseñarme a defenderme. Era algo en lo que había puesto especial interés. Mi mano se deslizó hacia mi ligero y sacó un puñal que escondí entre las telas de mis faldas antes de entrar como un huracán.

—Te esperaba —susurró él, sentado al otro lado del escritorio. Sus ojos verdes me recorrieron, pero yo ya no me sentía como antes. Cuando lo miraba veía las manos de aquella mujer sobre su cuerpo, sentía asco en mi piel al pensar que ellos...

—Cierto, es hora de aclarar las cosas. —Y caminé hasta que quedé al otro lado de aquel mueble de madera sobre el que trabajaba—. Estoy harta de ser paciente.

—Y eso ha de importarme porque...

—Cierto. —Chasquéé la lengua, gesto muy poco femenino. Estaba descubriendo que en realidad odiaba lo femenino. Apreté aún más la daga—. Verás, he decidido que no me gusta que tomes tú las decisiones. No he pasado de padre a ti.

—¿Y qué vas a hacer al respecto?

Jamás había dañado a nadie, sabía cómo hacerlo, aunque nunca había tenido la necesidad ni el deseo. Con él sentí ganas de destriparlo, caminé despacio hasta colocarme a su lado.

—¿Sabe uno de mis grandes defectos? No me gustan los embustes y usted es especialista en la materia. —Me senté sobre el escritorio a su lado y él se inclinó en la silla. Ciertamente que la camisa que llevaba tenía desabrochados varios botones, aunque no miré, no demasiado. Seguía enfadada, aunque oliera de aquella manera tan masculina.

—¿Solo ese? Podría enumerar al menos diez defectos insufribles más.

—Estará feliz entonces de no tener que cargar conmigo.



Apoyé mi mano libre en su hombro y me incliné sobre él.

—No debería hacer esto. Podrían verla. —A pesar de su recomendación no hizo nada por detenerme.

—Estás ansioso. Me deseas. —Aquel descubrimiento me dio más poder. Con un movimiento rápido coloqué la daga en su cuello—. Conoces al monstruo de mis pesadillas, mi pasado, y tienes las cartas y mi futuro en tus manos. Eso va a cambiar.

—¿Y qué vas a hacer? —Acaricié su cuello con la hoja de mi daga. La sensación era adictiva, poderosa. Su vida estaba en mis manos, pero no era eso lo que me hacía relamerme, sino que en aquel instante todo él me pertenecía.

—Tú me deseas y quieres cumplir una promesa. Soy yo la que está haciéndote un favor.

—Una manera bastante infantil de deformar la situación.

—¿Eso crees? Entonces me iré lejos, con el dinero que tengo podré vivir bien y encontrar a un buen hombre.

—¡No!

—¿Por qué? ¿Por qué quieres que me quede a tu lado? ¿Buscarme marido?

—Se lo debo, se lo prometí.

—Cierto, el fantasma de mi madre sigue vivo en ti. Cuando me miras la ves a ella y me necesitas. —Giró el rostro y, colocando la daga en su mejilla, lo obligué a volver a mirarme—. No te escondas, ¿no eres un hombre? Sé valiente para reconocer lo evidente.

—No es lo que crees.

—¿Entonces?

—No puedo decírtelo.

—Nunca puedes. —Mi mente trabajaba a toda velocidad—. Siempre he sido de alguien, incluso ahora crees tener derechos sobre mí. Siempre seré de alguien. —Aquella idea era como llevar un grillete eterno, una cadena que me impediría ser feliz. Ningún marido antepondría mis anhelos a los suyos. ¿Por qué habría de hacerlo cuando es la mujer la que debe complacerlo en todo?

—¿Y bien? Empieza a dolerme el cuello.

—Vas a hacer todo lo que yo quiera. Ahora eres mío. —Lo miré a los ojos fijamente—. Solo mío —recalqué, sin apartar los ojos hasta que creí que lo había entendido.

—Estás loca. ¿Por qué habría de hacer tal cosa?

—Cierto... Quizás porque, aunque no sé qué te traes entre manos, sé que no quieres que nadie lo sepa. Quizás porque puedo buscar al hombre con quién hablabas y resolver todas mis dudas sobre la muerte de madre. ¿Crees que él tiene razón y no volveré a mirarte a la cara cuando lo descubra? ¿Qué has hecho? —le pregunté directamente.

—Nada —contestó demasiado rápido, apenas lo escuché. Suspiré agotada.

—Harás lo que yo te diga. Ahora, en estas cuatro paredes, yo tengo todo el poder. El control me pertenece.

—Y lo disfrutas. ¿De verdad crees que podrás moverme a tu antojo? —Por sus ojos vi que no tenía miedo, parecía divertido. Como si me fuera a dejar jugar un poco antes de devolverme a la realidad de golpe—. Puedes intentarlo. ¿No estarás molesta por algo más?

—No sé a qué te refieres. —Él se rio y yo acerqué mi boca a la suya. ¡Qué bien olía! Comprendía perfectamente por qué las demás mujeres lo deseaban, por qué aquellos ojos verdes y aquella espalda ancha las hacía suspirar, pero yo no compartía—. Pero no tocarás a nadie más hasta que yo me case.

—Pelirroja, yo tengo mis necesidades.

—Y yo acabo de descubrir que también. Serás mi puta, ¿se dice así? —Ahora sonreí yo al verle jadear—. ¿No era así?

—No sabes lo que dices.

—¿No son las mujeres que se levantan las faldas para que hombres con dinero puedan montarlas? Las pobrecillas no disfrutaban mucho, pero creo que tú no tendrás ese problema. Cada noche estarás dispuesto después de la cena, jamás me arrebatrás la virtud y como se te ocurra tocar a otra yo misma te cercenaré lo que te cuelga entre las piernas —expuse con voz macabra. Alejé el puñal y me estiré para alejarme.

—Estás loca —gruñó con voz ronca levantándose y sentándose sobre el escritorio. Lo miré mucho más... receptiva. ¡Qué calor hacía de repente! Se me secó la boca al recordar sus besos y estiré el cuello buscándolo—. Podría irme con otras sin que te enterases.

—No, eso no es cierto. La olería en ti, lo vería en tus ojos.

—¿En serio? —Estaba satisfecho y sonrió orgulloso. Sus labios se posaron en los míos y me besaron con deseo contenido. Abrí las piernas para acogerle y él levantó mis faldas para rozar mi parte más sensible, apenas tapada por unos finos calzones—. No sabes lo que me estás pidiendo, no tienes ni idea de lo que podríamos provocar.

—¿No podemos estar juntos?

—Conoces la respuesta.

—Pero lo deseas. —Mordió mi oreja, su respiración contra ella me debilitaba y su susurro fue enloquecedor.

—Cierto, pelirroja. Deberías huir, correr lejos, no lanzarte en los brazos del lobo. Estás en peligro y yo solo alimento la hoguera. —Pero yo no atendía a razones, mi corazón estaba enamorado, quizás incluso desde el mismo instante en el que lo vi.

—¿Vas a hacerlo? —Pasé de exigir a suplicar. Pregunté con miedo a su negativa, a hacer el ridículo y que se riera de mí. Lo amenazaba con un secreto que no conocía y con buscar a un hombre que me aterraba. Él asintió y yo respiré con tranquilidad.

—Y tendré que ver como otros te conquistan, estaré en las sombras mientras roban tu sonrisa y tendré que aceptarlo. —Lo miré sorprendida.

—¿Temes que me enamore?

—Temo que descubras cómo soy en realidad y acabes odiando cada minuto que hayamos compartido. Prométeme que cuando te marches lo harás atesorando los momentos que pasemos juntos. No soportaría hacerte más daño del que ya te he hecho —susurró contra mis labios.

—Me odias. —Traté de hacerle recordar las palabras que, no muchos días antes, me había dedicado.

—Te deseo —me corrigió, antes de pegarse a mi entrepierna y rozarme. Se movió con lentitud y me humedecí. Su lengua se paseó por mi boca y la acompañé en un beso lleno de necesidad y algo más, una sensación que no supe definir y dejé escapar. Estaba feliz en aquella pequeña victoria, fruto de una rabieta y de los celos. Ahora era mío, por unos días me pertenecía. Era lo que deseaba, pero tenía un problema. Desde el mismo instante en el que aceptó y, a cada minuto que transcurría, era un minuto menos que nos quedaba para estar juntos—. Me odiarás y eso me destruirá, pelirroja. Espero que recuerdes que lo hice todo por ti. —Asentí sin hacerle caso, ¿cómo podía concentrarme en sus advertencias cuando lo tenía tan cerca. Ahora tenía el derecho, casi la obligación, de recorrer aquellos músculos firmes. ¡Qué no se dijera que no lo había intentado!

## Capítulo 7



Estaba la mesa puesta. Esa noche me engalané con mi mejor vestido y me peiné para seducir. Jamás había mostrado tanto escote, pero sentía que cada gesto, cada gotita de perfume que impregnó mi piel, era solo para el conde de Pont-de-Vaux.

Sarah estaba nerviosa, llevaba horas practicando con un cubierto, repitiéndome hasta el cansancio que aquel no era su sitio, pero yo ya no la escuchaba. Desde que había llegado al dormitorio mis ojos habían vuelto a aquella carta. Creí tener voluntad suficiente para no abrirla, creí ser capaz de seguir con mi vida.

Quedaban quince minutos para la cena. El reloj del pasillo avisó del correr del tiempo y yo me levanté decidida. La cogí con las manos temblorosas, anhelando volver a sentir aquella sensación cálida, de paz, que mi madre conseguía transmitirme. Eran sus abrazos donde encontraba un lugar más seguro, el escondite perfecto y el refugio que siempre he añorado. Quizás por eso me dolía, porque en aquellas cartas no creía sentirla a ella, la mujer que transmitía aquellas palabras no era la misma.

Desdoblé el papel con cuidado, tardé un par de minutos en conseguir leerlo. No sabía por qué lloraba, lo hacía sin más, evitando mojar aquel preciado tesoro. Nada de lo que me dijeran en aquel momento habría llegado a mis oídos. Me sentí ir muy lejos.

*Mi querida niña,*

*Ante todo, disculparme. He sido demasiado cobarde para despedirme de ti como debería, pero no habría sido capaz de marcharme si lo hubiera intentado. Te quiero, un sentimiento poderoso, el único que sigue calentando mi pecho y me da fuerzas para enfrentar mis últimos días con dignidad.*

*Saber que la muerte se acerca, saber cuándo llegará y quién será el encargado de guiarme en este último paso me dio tiempo para prepararlo todo. He creado cuatro cartas más, en ellas plasmé aquello que siempre he querido decirte.*

*Hay tantos momentos, en la vida de una hija, en los que una madre debería estar presente... Desde tu nacimiento me imaginé tu presentación, tu boda, la llegada de mi primer nieto...*

*Ahora eres toda una mujer y estarás descubriendo un poder en ti que nadie te ha explicado. Ellos creen que te dominan, que deciden sobre ti, pero tú eres fuerte e inteligente, bella y muy decidida. Todas esas cualidades te mantendrán con vida y, si sabes jugar bien tus cartas, lograrás ser feliz. Ese es mi mayor deseo, no te rindas pequeña, no lo hagas, aunque no me veas quiero que sepas que yo estoy a tu lado, sostengo tu mano y te cuido.*

*Hace dos meses vino un hombre a nuestro hogar, seguramente no lo recuerdes, sin embargo,*

*él no te olvidará a ti. Cuando acuda a buscarte, estoy segura de que llegará el momento, no te dejes convencer por sus palabras, no debes ir con él. Quizás debí contarte en aquel momento quién era, merecías saberlo, pero tenía la esperanza de no volver a verlo, de haberme ocupado del problema. De nuevo te pido perdón. Con el tiempo lo sabrás, aún no es el momento.*

*Cuando tenía tu edad fui presentada en un gran baile, recuerdo los violines y a mi madre preparándolo todo. Me sentía como una princesa mientras descendía por las escaleras de mi casa del brazo de tu abuelo, eso es algo que yo te he arrebatado. Quizás al lado de Leonard puedas recuperar un pedazo de todas esas experiencias, por eso te ruego que disfrutes y cuides tu espalda.*

*Puedes ser dichosa, puedes ser aquello que desees, pero sé inteligente. A mi llegada a Londres conocí a muchos “amigos”, varios de ellos portaban los clavos de mi ataúd. Vístete, péinate, baila, deja que tu mente vuele y si te ves en peligro huye.*

*Si llegase el momento de que tengas que marcharte, si te ves en peligro, corre a la iglesia de la cruz, ¿recuerdas la canción?*

*Era una mujer dichosa,  
Decían que la más hermosa,  
Pero cuando en peligro se ve  
A la roca del este acude  
Se arrodilla al fondo  
Levanta la piedra del sol  
Porque cuando la muerte vigila  
La luz aporta calor.*

*Recuerda estas palabras, pequeña. Te guiarán cuando más las necesites.*

*Sé feliz. Hazlo por mí, por ti, por el futuro.*

*Te ama,*

*Mamá.*

Recordaba aquella nana, su voz narrándome las aventuras de una mujer valiente. Era mucho más larga, pero no recordaba toda la letra. La última vez que me cantó fue dos días antes de marcharse, aquel día mi madre estaba triste y se pasó horas acariciándome el pelo y divagando. Caminamos hasta el lago y me entregó una pequeña piedra con incrustaciones doradas.

—*¿Puedes ver como los rayos del sol se reflejan en el agua?* —*me preguntó mientras me la tendía. Yo estaba más preocupada del presente que me daba que de sus palabras.*

—*Sí, mamá.*

—*Recuerda esto, cariño. Lo importante no son los rayos sino el sol. No podrás mirarlo directamente, pero si colocas la piedra en el lugar adecuado podrás seguir tu camino. —Y sacó una fina cadena de oro que pasó por un diminuto agujero de aquella piedra, cuando menos singular. Con delicadeza me la colgó al cuello y la acarició, antes de besar mi frente—. Jamás la enseñes, nunca cuentes mis palabras, pero no olvides cariño.*

—*Es hermosa* —*contesté con inocencia. No sabría precisar el material sobre el que habían dibujado aquellas hebras de oro, pero tenía un precioso color azulado y era semitransparente.*

—*Y peligrosa. Recuerda mis palabras. —Y, como el viento, cambió de tema.*

El reloj volvió a sacarme de mis cavilaciones, esta vez para acudir al comedor. Mis nervios habían disminuido, agarré la mano de Sarah y bajamos las escaleras en silencio.

Ella se detuvo y tiró de mí. Se negaba nerviosa, con su preciosa cabecita llena de tirabuzones dorados.

—*No puedo. Permítame subir a su habitación. Comeré allí. —Había un ruego en sus ojos, me*

sentí cruel por no concedérselo.

—Estoy segura de que lo harías. ¿Y mañana? —Su boca se torció y yo sonreí—. Vamos, no estarás sola. Cuenta conmigo. —Y le guiñé un ojo, éramos cómplices.

Entré haciendo que la puerta golpease la pared. Los ojos del conde se elevaron, pasaron de mí a Sarah para volver a posarse en los míos. Me senté mostrando indiferencia y levanté la mano derecha. Sarah parecía tratar de esconderse en la silla de mi izquierda.

—Puede servir la comida —dije mirando a Warren directamente. El mayordomo no hizo amago de moverse, en su lugar miró al Leonard, que hizo un leve asentimiento. Me mordí la lengua por no gritar, había dado una orden muy clara. Aquel tipo no sabía dónde se estaba metiendo.

Cuando le tocó el turno de servir a Sarah vi como la golpeaba, sutilmente, en el hombro. Sarah se encogió todavía más y yo rugí por dentro. Despegué la silla de la mesa y me incorporé despacio.

—¿Kate? —Fue una advertencia. El conde de Pont-de-Vaux empezaba a conocerme, curioso, pues yo jamás había hecho algo parecido. Le sonreí con inocencia, me giré hacia aquel estirado.

—Discúlpese. —Warren dejó la bandeja sobre la mesa y se estiró, demostrando que me sacaba varios centímetros—. ¡Discúlpese ahora mismo!

—¿Perdone?

—Conmigo no, con la señorita —añadí señalando a Sarah. Ella no sabía dónde meterse, yo no iba a permitir que nadie la hiciera de menos en mi presencia.

—Perdone. —Lo soltó como un escupitajo, yo acaricié el pelo de Sarah dándole mi apoyo.

—¿Sabe? Creo que debería recordarle a quién ha de servir. —Miré su bajo vientre y después su rostro. Pobrecillo, había palidecido sustancialmente—. En algún momento habrá de comprender que lo que usted opine no me importa. Yo estoy por encima y en este lugar mi palabra será ley.

—¿Señor? —Warren miró al conde pidiendo ayuda. Leonard sonrió y levantó las manos.

El mayordomo se giró y se retiró al momento. Yo lo dejé marchar.

—Creo que soy demasiado permisivo contigo. —La voz de Leonard me estremeció. Su tono estaba entre la diversión y el enfado.

—Y yo que cada vez te soporto menos.

—No daba esa impresión en mi despacho. ¿Quieres volver a visitarlo? Quizás así pueda aplacar tu carácter. —Me mordí la lengua y volví a sentarme. Comimos en silencio unos minutos. Sarah prácticamente devoró el suyo.

Estaba sirviendo el segundo, una de las sirvientas, cuando Sarah pidió permiso para retirarse. Se lo concedí consciente de los ligeros temblores de su mano y suspiré agotada. ¿Estaba haciendo lo correcto? La vi salir con la culpa golpeando mi pecho.

—Creo que la ciudad te ha cambiado. Pareces más salvaje —susurró el conde mirándome fijamente mientras llevaba un trocito de aquel sabroso asado a la boca.

—Y a ti te han amansado. Prefería al otro.

—¿Otro?

—Al menos él no se ocultaba con sonrisas y ademanes. ¿No eras tú el que me amenazaba por mis palabras? ¿No fue tu mano la que apretó mi cuello deseando acabar con mi vida? —Me levanté y puse las manos sobre su pecho—. Incorporate. —Lo hizo, lo miré. ¿Ahora qué? ¿Importaba?

—Era el mismo, cada vez que pienso en lo que dijiste te odio.

—¿Me odias? —pregunté demasiado cerca de sus labios.

—Te temo.

—Cierto, soy tu propio fantasma. ¿Desearías que fuera ella? —Sus manos envolvieron mi cintura y me aproximó a él. El calor de su cuerpo atravesó la tela de mi vestido.

—Pelirroja, a ella la quería mucho. —Asentí y lo empujé para retirarme—. Lo que siento por ti es diferente. —Sus dedos recolocaron un mechón de pelo detrás de mi oreja—. A ti no puedo dejarte ir, no la veo a ella cuando te miro, te veo...

Me besó con ternura, sus labios recorrieron los míos y abrí la boca. Su lengua vino a mí y nos envolvimos, acarició mi espalda recorriendo el arco que formaba, sentí escalofríos y me dejé acunar. Me habría quedado allí eternamente, no quería nada más.

—He leído la carta —comenté tratando de no darle importancia—. Ella me quería y yo a ella. Era mi madre, pero eso no borra el dolor que siento. —Lo miré fijándome en las motitas verdes de sus ojos, me perdí en ellas.

—No merecía lo que ocurrió.

—¿Y qué fue?

—Murió. —Agarré las solapas de su chaqueta. Lo acerqué a mi rostro y sonreí como un lobo antes de hincar los dientes en su presa.

—Dime la verdad.

—¿Por qué no puedes ser como las demás y dejarlo correr?

—¿Es eso lo que buscas?! ¿Cómo una de esas mujeres que se abre de piernas para ti mientras están desposadas con otros? ¿Eso es lo que esperarás de mí cuando encuentre marido? —Él giró el rostro y yo lo agarré con más fuerza.

Ante su silencio me di la vuelta y me alejé de allí. Subí los escalones presa de la ira y no lo oí llegar. Me acorraló contra la pared. Su pecho contra mi espalda, sus brazos franqueándome e imposibilitando todo movimiento.

—Debería cortarte la lengua, me darás problemas.

—¿Quién eres tú? ¿El brabucón o el sumiso? ¿Quién me habla?

—No me cabrees, pelirroja. Tendrás que conformarte por el momento, hazlo y podremos convivir de manera muy placentera para ambos. —Su mano apareció en mi pecho y apretó con fuerza. Me debatí, sin embargo, cuando su aliento rozo mi oído fui débil.

—No puedo...

—¿Seguro? —Sus dedos fueron a los botones de mi vestido, con rapidez los fue desabrochando hasta que cayó a mis pies. Miré a nuestro alrededor avergonzada, él me guio hasta su dormitorio. Cerró la puerta a nuestra espalda—. No nos molestarán.

—¿Lo saben?

—En esta casa no tienen ojos ni oídos, pelirroja. —Me giré y él sonrió de medio lado quitándome el aliento. Se veía imponente, sensual, peligroso. Miré mi corsé y sonreí dándole la espalda—. ¿Es un sí?

—Por unas horas. —Su risa acompañó a sus dedos deshaciendo las lazadas. Pronto la camiseta y los calzones también estaban lejos. Me tumbó sobre su colchón, sentí el impulso de cubrirme, al ver sus ojos hambrientos lo reprimí.

Verlo quitarse la ropa fue la mejor experiencia de mi vida. A cada pedazo de piel que quedaba al aire él me observaba, analizaba la expresión de mi rostro y continuaba. Cuando se tendió sobre mi cuerpo yo temblaba, sintiendo la piel extremadamente caliente.

—¿Y ahora qué? —inquirí con una sonrisa. Él agarró mis manos y las colocó sobre mi cabeza. Su boca atrapó uno de mis pezones y cerré los ojos.

—Adelantaremos tu presentación a mañana. —Entreabrí los ojos.

—¿Tienes prisa por deshacerse de mí? —No contestó, al menos no con palabras. Sus dientes

apretaron mi pezón y gemí arqueando mi espalda, tratando de alejarlo—. Para —supliqué.

—¿Ahora? —Su boca empezó a bajar por mi vientre y me mordí el labio girando el rostro. Me concentré en la ventana, en el árbol que había ante ella.

Cuando su boca llegó a mi centro se giró en la cama. En aquella postura pude ver su firme culo y sentí su excitación contra mi mejilla. No pidió nada, no tuvo que hacerlo. Al tiempo que su lengua agitaba un punto diminuto de mi ser, llevándome lejos, yo lo recogí en mi boca. Comencé a moverme siguiendo el ritmo que su lengua marcaba en mi piel, su cadera comenzó a mecerse contra mi lengua, mi mano derecha se enredó en su pelo reteniéndolo ahí.

Fue algo rápido, solo se oían sus gruñidos y el suave golpeteo que hacía al entrar en mi boca. En pocos minutos no pude más y él me alejó para terminar sobre su mano. Me quedé mirando sus hombros anchos, su piel perlada de sudor. Observé su espalda mientras me cubría con las sábanas y quise correr lejos.

—¿Mañana a la noche? Lo prepararé todo. Estaré lista —comenté levantándome y recogiendo mis prendas del suelo. No me digné a vestirme, no me preocupaba nada más que irme de allí. Él no se giró en ningún momento.

—Es lo mejor. También te daré otra carta.

—Entiendo.

—No lo haces, aunque en breve ya no importará.

—No volverá a repetirse, ¿cierto? Algo me dice que es una despedida. ¿Y lo que hablamos en el despacho?

—Es lo mejor —repetió sin dar explicación alguna. Me fijé en que sus manos se cerraron con fuerza, agachó la cabeza y suspiró irritado. Yo le molestaba, había irrumpido en su vida y pretendía una respuesta por su parte que no era capaz de darme. Asentí cogiendo el pestillo de la puerta, no quería marcharme, no de aquella manera.

—Gracias. Yo camino sin rumbo, sin saber si hago lo correcto, por impulsos, pero al menos no me arrepentiré de nada. Gracias. —Quise dar un paso hacia él, no lo hice.

Hace años mi padre me habló de cómo era para él un matrimonio. Yo me había negado a tomar clases con la nueva institutriz, aquella mujer que insistía en colocarme el corsé y hablarme sobre la sumisión de una mujer en el matrimonio. Aquella misma tarde fui golpeada con una vara de madera ante mi negativa a arrodillarme ante ella.

—*Me odia, por eso lo ha hecho. Dice que debo aprender a doblegarme, que mi orgullo convertirá mi vida en un castigo constante, pero nadie se merece ser golpeado sin motivo.*

—*¿Iba a golpearlo sin motivo?*

—*Quería que me arrodillara ante ella. Padre, yo... —Estaba furiosa, mi orgullo había sido herido y ansiaba que padre corriera y la mandara lejos.*

—*Entiendo. —Se quedó mirándome en silencio y agarró mi mano. Pocas veces me tocaba, cuando yo lo había abrazado en el pasado siempre se quedaba totalmente quieto, inmóvil. Aprendí, que para él las muestras de afecto lo colocaban en una posición incómoda—. Hay maridos que castigan a sus mujeres.*

—*¿Y quién los castiga a ellos? —pregunté furiosa —Si a mí me golpeasen yo...*

—*No podrías hacerle nada. —Acarició mi mano con el pulgar y levantó mi rostro para observarme—. ¿Quieres saber cuál es el castigo de esos hombres? Ser como son, las decisiones que toman, porque un hombre que golpea a alguien por tener el poder de hacerlo jamás será amado, estará rodeado de peligro y oscuridad. El castigo para muchos de los que creen tenerlo todo son ellos mismos.*

—*Yo deseo ser feliz.*

*—Todos deseamos algo, casi nunca lo conseguimos. Hacer lo correcto puede tornarse en una condena constante, siempre supeditados a los que se espera de nosotros. ¿Sabes? Espero que no cambies nunca. —Aquel día vi orgullo en sus ojos. Me miró de una manera que jamás podría olvidar—. Eres valiente. No te importa lo que opinen los demás, tienes tu propio código y has de aferrarte a él. Es por eso por lo que sobresaldrás entre el resto.*

Caminó hasta la mesa que había contra la pared del fondo. Abrió un pequeño cajoncito y me tendió otra carta.

—¿Deseas motivos para alejarte? Los tendrás. —Iba a cogerla cuando él atrapó mi mano—. Intentaré mantener las distancias, pero no sé si será posible.

—Te odiaré —concluí asintiendo.

—Lo harás.

—¿Me das un último beso?

Lo hizo. Lo hicimos.



## Capítulo 8



### 19 años antes

La señorita Cintia estaba pletórica con su vestido blanco. Sus preciosos tirabuzones caían en cascada por su espalda mientras, un precioso alfiler dorado, cubierto por diamantes, trataba de evitar que tapasen su rostro ovalado.

Su pelo del color del fuego no era lo que más llamaba la atención, ni siquiera sus ojos verdes, sino ese marcado carácter español. ¿Cuántos jóvenes había rechazado en menos de un mes? Pero seguían solicitándola para cada baile, invitándola a cada merienda y tratando de robarle un beso. Ella era hermosa, no obstante, era su conversación, demasiado directa y fresca, la que los volvía locos.

Aquella tarde el sol estaba en lo alto, los hombres hablaban en el balcón y las damas estaban sentadas fuera viendo como domesticaban a dos preciosos corceles. Era un espectáculo impresionante, aunque tal vez lo más impresionante fuera el mozo de anchos brazos que se sostenía sobre el lomo de un semental de pelaje negro, que no cesaba en su empeño por lanzarlo lejos. No había silla o riendas, aquel joven prácticamente tenía abrazado el inmenso cuello del animal.

—¿Cree que lo conseguirá? —preguntó la duquesa de Alaba de Tormes, mirando de reojo a su marido. Se sentía vigilada.

—Posiblemente. Es el mejor de la región. —El deslumbramiento de la joven no le pasó desapercibido a nadie. La señorita Cintia, la futura madre de lady Kate, era la hija del duque de Gandía. Disfrutó de cada minuto, dejando que los comentarios de las demás pasasen por sus oídos sin llegar a penetrar.

Cuando los hombres se acercaron a buscar a sus mujeres los caballos ya estaban agotados, ya tenían cuerdas entorno a sus cuellos y la cabeza gacha. Caminaban hacia las cuadras y los dos hombres que habían llevado a cabo tal hazaña se retiraron a las caballerizas.

La señorita Cintia esperó el tiempo, justo y necesario, para no llamar la atención. Después se disculpó y, dando un pequeño rodeo, buscó a aquel joven de cabellos negros y ancho pecho. No era más que un mozo de caballerizas, un hombre acostumbrado a servir y que jamás podría darle lo que todos decían que merecía. ¡Pero qué suspiros le arrebató!

Lo vio a través de la puerta, iba a hablarle, cuando vio que no estaba solo. Oculta entre las sombras se mordió los labios y jadeó al ver que le tendían una daga.

—No voy a hacerlo. —La fuerte voz de Raúl la estremeció, temió por él. No podía ver el

rostro del otro hombre, pero se trataba de un caballero o eso pensó al observar sus ropas. Aquel hombre lo golpeaba con una fusta. Raúl no hizo amago alguno por defenderse. La señorita Cintia ansiaba correr, defenderlo, pero el castigo habría sido mucho peor y solo rezó porque las cosas no empeorasen para él.

—O lo hace o me encargaré de que desaparezca.

—Lo haré igualmente si cumplo su orden —contestó Raúl lanzando la daga con la pared.

—Cierto, pero tendrá una oportunidad de escapar con el oro que voy a darle. Tiene que ser esta noche. —Aquel “caballero” no esperó a obtener respuesta. Se deslizó con rapidez por la puerta, no sin antes echar un vistazo fuera. No quería que nadie les viera juntos.

La señorita Cintia se acercó por la espalda. Cuando tocó su hombro jadeó al ver cómo Raúl la agarraba por el cuello y apretaba, tardó varios segundos en percatarse de que era ella y soltarla.

—¿Qué ocurre? —preguntó la joven con miedo, acariciando la marca que había quedado en la piel dorada de Raúl —¿Te duele?

—No deberías estar aquí —contestó él agarrándole la muñeca y empujándola lejos. Ella trastabilló y cayó sobre una alpaca de paja. Lo miró dolida, pero se incorporó sin tenérselo en cuenta—. ¿Lo has escuchado?

—¿Quién era?

—Si te lo dijera estaría poniendo tu vida en peligro. —La joven asintió acariciando el medallón con finos hilos dorados que llevaba sobre el pecho. Sus ojos se llenaron de lágrimas al ver cómo él se alejaba.

—¿Te marchas para siempre? —La señorita Cintia sabía que él no era un mozo de caballeriza normal. Raúl había aparecido un día con una carta de recomendación en las manos, nadie hizo preguntas y él en seguida se ganó un nombre. Era el mejor en lo que hacía y trabajaba de sol a sol. Siempre temió que llegaría el día en el que desaparecería con la misma rapidez—. ¿Es eso?

—Tengo que hacerlo.

—No me dejes atrás. Quieren casarme con el hijo de un marqués de la ciudad. No me castigues con tu indiferencia. —Ella corrió hacia él y se abrazó a su espalda. Raúl se tensó y ella supo que no cedería, él no lo haría.

—Es mejor que huyas. Vete a Inglaterra, ahí tengo familia y te apoyarán. Nadie hará preguntas, te casarás y serás feliz. —Sin girarse, agarró las manos de la joven y las acarició con ternura—. Yo debo luchar.

—¿Luchar contra quién? Estamos en paz.

—Mi hermano te recibirá. Serás su esposa. —Su decisión, su voz fría e impersonal la atravesó rompiéndola de manera brutal. ¿Cómo podía decirle eso cuando era él el que le robaba los besos a escondidas? ¿Dónde estaba el joven que se encontraba con ella en el claro del bosque para verla nadar y acariciar sus cabellos mientras se secaba? Habían compartido momentos íntimos, era un amor real, para ella lo era.

—No lo haré.

—¿Lo harás! —Jamás le había gritado, la señorita Cintia sintió que no se conocían—. Lo harás —repitió con un tono mucho más suave tirando de ella. Cuando estuvieron frente a frente Cintia bajó los ojos—. Todos los que están aquí morirán. Conspiran desde hace mucho y el juego se ha terminado. Debes huir, déjame ponerte a salvo.

—¿Y por qué no puede ser a tu lado? No me importa no tener nada, trabajaremos, crearemos un hogar cálido lleno de niños. Niños nuestros. —El labio de la joven comenzó a temblar, contuvo el llanto, pero su aliento era demasiado húmedo, incluso podía saborearse el mar en él.

—No puedo, yo no puedo. Yo debo cumplir las órdenes de la reina Isabel II. —Acaba de

decirlo cuando se arrepintió. La miró analizándola y suspiró pues, a pesar de su deber, jamás podría hacerle daño.

—¿Toda mi familia? —preguntó la joven sin verse capaz a quedarse de brazos cruzados. Debía evitarlo, por mucho que aquel joven hiciera que su cuerpo se estremeciera su deber era para aquellos con los que la unía lazos de sangre.

Raúl no contestó, evitó su mirada y no necesitó más.

—Vete con mi hermano, estarás a salvo.

—¿Por qué nuestra casa? Pudiste pedir trabajo en cualquier casa de la región, ¿por qué la nuestra?

—Por ti —respondió tajante.

—No me conocías.

—Eras la única que encajaba por edad y descripción. Por tu padre, por tu verdadero padre. — Ella se llevó la mano al pecho.

—Mientes.

—¿Eso crees? —Raúl sostuvo su mentón y besó sus labios con suavidad—. Si me quedo es por protegerte. —Señaló el colgante que llevaba y la joven lo ocultó bajo el vestido de la joven—. No vuelvas a mostrarlo, es peligroso. Ahora ya saben su verdadero significado.

—¿Y cuál es?

—Colocado en el lugar adecuado forma una preciosa flor de Lis. Son dos mitades —le explicó él con dulzura mientras volvía a besar sus labios—. Debes hacerme caso, solo yo podré mantenerte a salvo.

Ella asintió, no le hizo caso.

Aquella misma noche los gritos resonaban contra las paredes de lo que siempre había sido un hogar feliz. Pudo ver cómo su hermano miraba, también el cadáver de su padre y el rostro del hombre que amaba lleno de sangre.

Quiso gritar de tristeza, detener aquella locura sin sentido, pero el sonido quedó congelado en sus cuerdas vocales.

—Al final lo hiciste. —Era imposible, se dijo la señorita Cintia a sí misma. Pero era él. Su hermano pequeño, el mismo al que le había enseñado a montar a caballo y al que le contaba historias de la ciudad. Era él.

—No he terminado —repuso Raúl limpiándose la daga en el pantalón—. Sus vidas estarán siempre en tu conciencia.

—No he sido yo quién los ha asesinado. Coge tu oro y vete lejos antes de que olvide nuestro trato —lo amenazó el hermano de la joven mientras Raúl sonreía. El color de los ojos de Raúl prácticamente había desaparecido, sus pupilas estaban completamente dilatadas y sus piernas se flexionaron. Iba a atacar también a su hermano.

—Si te dejas con vida ella sufrirá las consecuencias. Por tu sed de poder los has condenado a todos. —La señorita no conseguía comprender nada. No era posible...

Cuando Raúl saltó con la daga hacia su hermano al fin soltó el grito que llevaba tiempo conteniendo. Lo que jamás esperó es que, preocupado, Raúl mirase hacia ella. Nunca esperó que su hermano aprovechara para clavar un puñal en el costado del hombre al que amaba.

—¡¡¡¡No!!!! —Sintió que el mundo se movía bajo sus pies. Una sombra a su espalda la recogió con suavidad.

—Tranquila, le he prometido que cuidaría de usted si a él le ocurría algo. La llevaré con su hermano, será feliz. —le prometió una voz contra su oreja. Fue lo último que escuchó la señorita Cintia antes de perder la consciencia.

En la oscuridad quiso creer que el amor de su vida no había muerto, que no había sido ella la que lo había provocado. ¿Por qué había matado a su padre? ¿Por qué no había hecho algo para evitarlo?

Había tenido unas horas, pero cuando se vio sola todo sonaba demasiado ridículo. ¿Cómo podía plantarse ante su padre y decirle lo que sabía? ¿Cómo podía explicarle lo ocurrido sin contarle las tardes compartidas con el mozo de cuadra? ¿Estaba muerta su familia por su cobardía?

La señorita Cintia jamás creyó que Raúl, el mismo hombre que le decía hermosas palabras, pudiera hacer algo semejante. Tampoco pensó que un solo hombre acabaría con su padre, lo veía como a un dios.

En una sola noche todo el mundo de la joven desapareció, pero nada era lo que parecía.

Pocas horas después, cuando despertó en un barco sin conocer el rumbo lloró por perder a Raúl, pero también lo odió como jamás había odiado a nadie.

—Espero que pagues por lo que has hecho —dijo mirando la luna llena. Acto seguido se apretó el pecho porque el dolor amenazaba con arrebatarse la vida.

Días más tarde llegaría la noticia a través de aquel desconocido que la había arrastrado lejos. Raúl estaba con vida, había escapado, por lo menos por el momento. Su hermano había heredado el título.

## Capítulo 9



Y el miedo se adhirió a mi pecho y me vi incapaz de caminar. Un mayordomo acababa de presentarme como lady Kate, simplemente lady Kate, y muchos rostros se alzaron para verme entrar en el salón.

El conde me cogió por el brazo gentilmente, pero fue como sentir grilletes ardiendo sobre mi piel. Me acercó hasta un grupo de señoras de vestidos coloridos y estridentes risas. Entre ellas yo era como un tierno corderito, al menos ellas estaban deseando hincarme el diente.

—Baronesa de Rabenstein, le presento a mi adorable pupila. Espero poder confiar en usted para conseguirle un enlace favorable. —Fue directo al grano, suponía que tenía ganas de alejarse. Sonreí tratando de poner mi mejor cara y me incliné ligeramente. El vestido gris perla que llevaba se estrechaba en mi cintura y creaba un precioso escote, sin embargo, me sentía la más horrenda del lugar al ver como Leonard posaba sus ojos en todas menos en mí.

—¡Qué jovencita más hermosa! ¡Qué extraño que no tuviera el placer de conocerla antes! —exclamó la baronesa mostrando una falsa indignación.

—Muchas gracias, milady. He pasado toda mi vida en el campo. —Y allí me habría gustado seguir, sin obligaciones ni falsas sonrisas.

—Estoy segura de que no tardará en conseguir todo lo que desea. —Los ojos de la baronesa fueron del conde a mí varias veces hasta que él carraspeó incómodo.

—¿Ocurre algo baronesa Rabenstein?

—No, por supuesto que no. Es solo que tengo la impresión de haber visto este dulce rostro y... —Se tocó el collar de esmeraldas que llevaba al cuello, sus inmensos pendientes, que debían pesar bastante para estirar sus orejas de aquella manera, bailaron ante mis ojos. Yo escuchaba con atención—. Creo que fue hace diez años, usted también vino. Recuerdo que era un caballero muy agradable, pero siempre pensé que aún era demasiado joven para asistir. —Se mordió la lengua al ver el rostro crispado de mi acompañante, pero yo le toqué el brazo para centrar su atención en mí.

—¿Y a quién me parezco? Al menos espero que sea hermosa, no me gustaría...

—¿Hermosa? Era realmente maravillosa, aunque murió hace tiempo. Yo sentí mucho su pérdida. —Se frotó los ojos como si se limpiara unas lágrimas que nunca habían llegado a existir. Me mordí la lengua ante la sensación de que era uno de los mayores embustes que había oído—. La apreciaba, éramos amigas, pero tuvo que retirarse de la sociedad mucho antes a causa de los rumores.

—¿Rumores? —pregunté tratando de demostrar indiferencia, mezclada quizás con el interés

del chisme jugoso.

—Querida, es tu primer día. —Me agarró del brazo con más fuerza de la necesaria, sentí sus uñas clavándose en mi tierna piel—. Pronto entenderás lo que quiero decir. —Aquello sonó demasiado a amenaza. Me había reconocido, a mí o a mi madre, o tal vez no, sin embargo, aquella mujer sabía algo.

—Eso espero, —Puse la voz más dulce que fui capaz de lograr. Sonreí hasta que la piel de mi rostro se puso tensa y así me mantuve. La mano de Leonard se posó en mi espalda y tuve que contenerme para no apartarlo de un manotazo—. aunque solo deseo conseguir marido y poder retirarme. Ansío una vida tranquila, la ciudad es demasiado ruidosa para un alma como la mía. Espero no me juzgue por ello.

—Querida, mucho me temo que la mayoría de los caballeros que buscan esposa tienen que pasar largas temporadas en Londres por trabajo. —Sonreí como respuesta y miré a mi alrededor. ¿No iba a acercarse nadie? Pero, aunque muchos ojos se concentraban en nosotros, todos conocían el carácter de la anfitriona y preferían esperar. ¿Quién querría ser presentado en semejantes circunstancias?

—Baronesa Rabenstein, ¿le importa si inicio la tarjeta de lady Kate antes de que no tenga oportunidad? Si lo desea siempre podremos reanudar la conversación mientras la joven disfruta de la velada. —Los ojos de Leonard se habían oscurecido y no esperó respuesta antes de tirar de mi mano hacia el interior de la pista, donde ya muchas parejas giraban disfrutando de la melodía de los violines.

—¿Temes que me diga algo? —inquirí cuando sentí sus manos guiándome con desenvoltura. Era un gran bailarín, demasiado bueno.

—¿Has leído la carta?

—¿Debería? —contesté irónica —¿Más tarde acudirás a cumplir mis deseos o marcharás con alguna de las mujeres casadas de la sala? —Al ver como torcía el gesto añadí—. Siempre puedes buscar una puta.

—¡Kate! —gritó en un susurro. Fue divertido ver cómo se contenía —Deberías haber leído la carta. En ella te advertía de ciertas personas. —Mis ojos volvieron a la baronesa y asentí.

—¿Y por qué no puedes decírmelo tú?

—Yo no sé lo que dice exactamente, solo me comentó lo justo para que supiera cuando era el momento adecuado para que llegaran a tus manos, ni siquiera sabía si yo sería el encargado de dártelas —me explicó quedamente mientras girábamos de nuevo. Sonreí tratando de mostrar diversión, no quería ahuyentar a nadie, o a casi nadie.

—La canción ha terminado. —Él me miró sorprendido y comprendí que no se había percatado—. Supongo que es difícil, pero es hora de que me suelte. —Me dejó marchar con una expresión que no supe descifrar.

Cuando volvimos junto a la baronesa había dos hombres esperando. Ella los presentó rápidamente y uno de ellos, un muchacho joven de pelo rubio y ojos marrones me llevó hasta la pista. Sonreía como si tenerme entre sus brazos fuera el mejor de los regalos, tentada estuve a agujonearlo un poco tras un minuto de recibir un halago tras otro. Nadie es tan maravilloso y yo nunca he sido seguidora de las personas que regalan los oídos sin motivo.

—Lord Henry, ¿está usted enamorado? —Él boqueó sorprendido, perdió el pie pisándome de paso, y fui yo la que durante un segundo tuve que llevarlo con firmeza para que nadie se percatase de ese diminuto error.

—¿Por qué lo pregunta?

—No deja de hablarme como si bebiera los vientos por mí. ¿Qué espera conseguir?

—¿Nunca le han comentado que es una persona muy directa?

—¿También eso es un halago? ¿Debo tomarlo como una virtud? —Levanté la ceja con descaro y mi acompañante comenzó a reír.

—Ingeniosa, me gusta. No negaré que no es la primera vez que uso las mismas frases, pero si funcionan no veo por qué habría de cambiarlas.

—¿Con todas?

—Casi todas —repuso mirándome fijamente, yo era ese casi y parecía encantado—, tendré que esforzarme un poco más.

—¿Y qué pretende conseguir?

—¿Un beso robado? ¿Un par de caricias furtivas en los jardines? —Se relamió los labios y yo supe que me deseaba, aquella forma de mirarme me recordó a Leonard, pero mi piel no reaccionó de la misma manera. No me faltaba el aliento ni mis ojos se desviaban mirando su boca, esperando, ansiando que llegara el momento en el que me besase.

—Situaciones que a mí me llevarían a la desgracia sin duda. ¿Algo que no me pusiera en una situación comprometida? —Me apretó un poco más contra él, algo muy poco ortodoxo. No quería dar que hablar y en ese momento fui yo la que, sin querer, le dio un buen pisotón. Esperaba que hubiera tomado a bien mi aviso.

—Es usted muy dura —comentó mientras suavizaba el agarre.

—Y usted muy descarado. Supongo que si decide cortejarme y tiene la suerte de que me digno a mirarlo será fogoso en la cama. ¿Sabe darle placer a una mujer? —Pocas veces se ve a un hombre que se pone colorado y es que, aquellos hombretones capaces de encamarse con mujeres de la mala vida mientras sus esposas los esperan en el hogar, capaces de hacerlo sin pudor alguno, parecía que llevaban muy mal ponerles nombre a sus acciones.

—¡Lady Kate! —Se asemejaba a una damisela a punto de caer a mis pies, ya me vi a mí misma teniendo que abanicar su dorado rostro, aunque de pronto volvió a reír, esta vez con potentes carcajadas, contagiosas, y me vi acompañándolo—. Querida, creo que estar casado con usted jamás podría ser aburrido.

—No lo sé. —Me encogí de hombros viendo como la canción terminaba—. Quizás se deba a que será mi primera vez. —Y lo dije con doble intención, él también lo comprendió y vi el hambre del cazador, de conseguir esa manzana que nadie había catado. Aquella era mi misión y todos debían caer a mis pies. Luego ya elegiría, pero no quería que me faltasen proposiciones.

No voy a negar que al girar entre los brazos de Henry miraba de reojo a Leonard, tampoco que con mi compañero de baile provisional no encontré la complicidad que me habría gustado, aunque no era desagradable a la vista. No tenía pensado dejar de intentarlo.

Es extraño, pues fue muy sencillo comprender a Leonard, el conde me miró y pude leer en el verde de sus ojos. Cuando el conde de Pont-de-Vaux me tocaba era como si sus emociones me traspasasen y las mías fueran solo una respuesta de una conversación silenciosa. Una conexión que ninguno de los dos deseaba, pero que ahí estaba, tirando de ambos, atrayéndonos, cuando nuestro destino era estar irremediamente lejos.

No me detuve a pensar, me dejé absorber por los acordes, por tantos rostros desconocidos y posibilidades. Personas a las que durante unas horas podría conocer, nombres que sería incapaz de retener y frases que perderían el sentido tras una docena de presentaciones.

Cuando lord Henry me devolvió junto a la anfitriona había más caballeros esperando, en seguida me vi rodeada de ellos, la baronesa de Tabenstein estaba pletórica por el éxito de la velada y no hubo más comentarios desafortunados.

Después de lord Henry vinieron dos caballeros más, ni guapos ni feos, nada sobresalía en ellos

y tampoco recuerdo sus nombres. Fue el marqués de Camden, un rubio de pequeños ojos negros, el que hizo que todas las alarmas de mi cuerpo se activasen al mismo tiempo. Cuando la baronesa me lo presentó y él tomó mi mano con suavidad para llevársela a los labios quise apartarla, contuve mi gesto para no ponerle cara de asco, pero jamás podré olvidar la forma que tuvo de mirarme, parecía que entre nosotros hubiera un oscuro secreto y me sentí amenazada.

—¿Me permite un baile? —preguntó demasiado cerca de mi cara. Asentí incómoda y él me guio hasta la pista. Fingí tropezar para esconder el escalofrío de pura repulsión que sentí cuando sus sudorosas manos me tocaron. Y así comenzamos a movernos, yo con los labios apretados deseando, suplicando, porque no tuviera nada que decir, rezando para que su aliento rancio no volviera a golpear mi delicada nariz. Nunca he tenido suerte—. Está preciosa, pero no es extraño conociendo a su madre. Ha heredado su belleza.

—Y usted sabe quién es porque... —contesté molesta por su impertinencia. Estaba dejando claro que no había creído la palabra de Leonard. Su seguridad me sorprendió, ¿cómo podía estar tan convencido?

—Querida, su madre era una gran amiga. Quizás si hubiera confiado más en mí podría seguir entre nosotros.

—¿Qué está insinuando? —pregunté asustada a la vez que enfadada.

—¿No lo sabe? Muchos siguen buscándola a pesar de que todos afirman que los rumores no son ciertos, aunque a quién no le gustaría desposar a su tierna criatura para poder reclamar los derechos que les pertenecen por sangre...

—¿Nos pertenecen? —Sentí que me faltaba el aire—. Creo que me confunde, solo estoy aquí buscando marido para poder seguir con mi vida. Ansío hijos y lo que cualquier mujer puede desear. Siempre he sido de gustos sencillos —agregué mirando al fondo, buscando al conde de Pont-De-Vaux. Qué raro no encontrarle cuando lo necesitaba.

—¿Podría entonces mostrar interés en tan hermosa criatura? Puedo asegurarle que a mi lado podría ser muy dichosa. —Sus ojos se desviaron a mi escote y me mordí la lengua por no decirle dos verdades a aquel estirado, su camisa apenas era visible debido a la cantidad de encaje que portaba. Hasta su pelo estaba peinado de manera ridícula.

No era extraño que un hombre de su edad, fácilmente tendría cincuenta años, buscara una nueva esposa. Tampoco quería preguntar qué había pasado con la anterior. Muchas mujeres morían en el parto, pero las que desaparecían sin más eran las que preocupaban entre susurros a la sociedad de nuestra época. No quise saber cuál era su historia. Lo miré sintiendo asco, fijándome en su pelo excesivamente brillante, en las gotas de sudor que caían por su frente amenazando con llegar al suelo y pensé en que sería repugnante ser besada por alguien como él.

—Eso tendrá que hablarlo con mi tutor. —Me encogí de hombros dando a entender que no estaba en mi mano—. Si me disculpa... —Traté de alejarme mientras se formaban nuevas parejas de baile, deseando apoyarme en las puertas que daban al jardín para respirar aire fresco. Entre tanta gente los olores y el calor estaban provocando que el suelo se moviera bajo mis pies.

Estaba pasando a su lado cuando sentí que me seguía. Me detuve ante las puertas acristaladas y me giré con la espalda recta y una mirada fría.

—¿Se encuentra bien?

—¿Quería algo más marques de Camden? —le pregunté, casi a la vez, con evidente molestia —Creo que ya he bailado con usted y ahora necesito descansar.

—Solo quería avisarla. Quizás si vuelve a elegir mal se repita la trágica historia y tiene mucha vida por delante para tirarla por la borda.

—¿Me está amenazando? —Tentada estuve a coger la daga que sentía contra la pantorrilla y



demostrarle lo que le ocurriría si intentaba atacarme. Si yo caía no lo haría sola, no era una débil doncella que gritaría pidiendo auxilio. Estaba demasiado cansada para seguir con la máscara de dulzura—. He luchado contra hombres mucho más fuertes, esos mismos caballeros me han enseñado cómo tendría que destripar a señores como usted. Grandes maestros, desde luego. Tenga cuidado con su lengua, muchos han muerto por menos.

—¡Será puta! —gritó, mucho más alto de lo que debería, provocando que varias personas nos mirasen. Sentí una fuerte mano en mi hombro y no necesité girarme para saber de quién se trataba.

—Buenas noches marqués, ¿está disfrutando de la velada? —Leonard tiró de mí hasta que me tuvo a su espalda. Me miraba de reojo, sin bajar la guardia en ningún momento.

—¿También vas a por la hija? Eres patético —escupió el marqués de Camden con envidia.

—No se trata de a quién desea él, sino que jamás dejaría que alguien como usted me tocara —contraataqué, sintiéndome herida por su insulto. Lo miré con asco y él, en un rápido movimiento, aferró con fuerza mi muñeca tirando de mí. Gemí, me hizo daño, pero no tuve tiempo a defenderme cuando el conde de Pont-de-Vaux ya tenía el filo de su navaja apoyado contra el abdomen del marqués. Apenas yo podía verlo, lo mantenía oculto contra la ropa, pero el marqués me soltó y yo miré orgullosa a Leonard, que tenía los ojos entrecerrados. Su expresión me mojó con tanta intensidad que sentí como mi entrepierna latía solo por él, aquella ansia de sangre que leí en sus ojos me hizo jadear y desear llevarlo a un lugar solitario.

Aquellos pensamientos me sorprendieron, así era como pensaban los varones, pero una dama jamás lo haría. ¿Era yo la extraña o todos los demás unos mentirosos?

Cuando el conde me tomó de la mano y, tras disculparse por ambos, me guio hasta el carruaje me dejé llevar. Me metió dentro y no abrí la boca, pero cuando lo sentí a mi lado me giré como un resorte.

—Bésame —exigí hambrienta cuando el carruaje se puso en movimiento. El sonido de los cascos de los caballos, las ruedas contra la calle... no oía nada más que su respiración agitada.

—No debería. —Y no me dio tiempo a argumentar a favor de aquella locura antes de ceder. Cuando se separó dijo algo que yo ya sabía—. Llevo viéndote y deseando romperles la cara durante toda la noche. ¿Era necesario que te rieras tanto con lord Henry?

—¿Celoso?

—Lee la carta esta noche y si sigues deseándolo serás mía. —Me quedé sin aire, sin comprender aquel cambio tan repentino.

—¿Por qué? —pregunté antes de darme cuenta.

—Porque si no puedo mantenerme lejos al menos me aseguraré que nadie más te toque. Te protegeré.

—O quizás también quieras eso que él dijo que por sangre me pertenecía. —Vi que lo había herido, no respondió—. Bésame, por favor —supliqué tratando de borrar las palabras anteriores. Lo hizo, pero aquel beso ya no sabía igual.

# Capítulo 10



## 19 años antes

Responder a un nombre que no le pertenecía, sin llamar la atención, lo tenía en tensión durante toda la jornada. Siempre alerta, pendiente de cada detalle, buscando información y una salida.

Por primera vez en su vida se vio incapaz de seguir una sencilla orden, sabía que se debía a la mujer de pelo rojizo que lo miraba en aquel momento desde el balcón. Desde que la señorita Cintia había puesto sus ojos en él no había cesado en el intento por llamar su atención, logrando que el mejor de los asesinos, un hombre frío como el hielo, empezase a buscarla por el lugar.

No fue algo de un día, fue paulatino. Una sonrisa, una palabra dulce, un día tras otro y al final aquella joven de dieciséis años le robó un beso. Su primer beso, según le contó días más tarde cuando él la enfrentó por sus actos. Pero incluso en la inconsciencia, cada uno de sus gestos estaba revestido de una inocencia que, para un hombre como él, para un caballero que había llevado a cabo las órdenes que muchos se negaban a realizar, eran como rayos de sol en la oscuridad.

Aquella risa aguda, el olor a rosas de su piel, su pelo rojo como el fuego cayendo rebelde en torno a su rostro cuando volvía de cabalgar. Nadie podría ocultar la belleza de aquella mujer y él era un hombre, por sus venas corría la misma sangre espesa que por las del resto, con la única diferencia que él se enamoró.

Raúl se encontró aquella noche sin tiempo e incapaz de cumplir la orden más importante. Daba igual cuántas vueltas diera en el lecho, el rostro de la señorita Cintia mirándolo con terror le impedía cerrar los ojos, hacerle daño no era una opción. Quizás mandarla lejos... pero Raúl no confiaba en nadie, o casi nadie... ¿Cómo podía entregarle a alguien a la única persona que le importaba en el mundo? ¿Cómo hacerse a la idea de no volver a verla, aunque fuera por mantenerla a salvo?

Aquella mañana llegó al río, necesitaba nadar un rato y deshacerse de aquella suciedad que se había adherido a su piel. Sus compañeros de faena estaban acostumbrados, pero él no era igual que el resto.

Al llegar se desnudó sin mirar si estaba solo y, cuando la señorita Cintia gritó con fuerza tapándose los ojos, simplemente se echó a reír. ¿Cuándo había sido la última vez que había soltado un par de carcajadas? Servían para limpiar el alma, al menos eso decía su abuela. En aquel momento supo que haría lo que fuera necesario por aquella hermosa joven, aunque con eso se jugase su propia vida.

—¿Qué hace? —preguntó indignada la joven.

—¿Ahora me tratas de usted? —respondió a su vez Raúl con otra pregunta mientras, sin pudor alguno, avanzaba hasta la joven para cogerla de la cintura —Me has robado tres besos, ¿te parece justo?

—Yo... —A la señorita Cintia se le secó la boca.

—Supongo que eso es un no. —Y Raúl se dejó llevar por el hambre, la necesidad de probarla, algo puramente carnal e instintivo. Era duro no poder decirle ni el nombre, no conocía nada de él. Quizás algún día pudiera perdonarlo, tal vez comprendería que lo hacía por su bien.

Cuando se retiró ella se aferró a sus anchos hombros para no caer. Seguía con la boquita abierta esperando más, como si fuera algo necesario para poder seguir con vida. De nuevo volvió a pensar en todas las posibilidades, tenía que encontrar otra forma.

—¿Se encuentra bien, señorita? —preguntó marcando con sorna la palabra señorita.

—¿Ya está?

—¿Esperaba algo más? —Las mejillas de la señorita Cintia se tiñeron de un hermoso tono rojizo, recogiendo la falda de su vestido le dio un empujón y salió corriendo—. No se apure, sigue siendo la más hermosa —comentó Raúl al aire sonriendo, esperando que siempre conservase aquel espíritu, temiendo que en breve sería él el que le borraría la sonrisa de la cara —. Perdóname —susurró en bajo para sí mismo.

# Capítulo 11



El viaje fue corto, un abrir y cerrar de ojos con anhelo de mucho más. Solo necesité que rozase mi piel para perder el control, mi contacto con la realidad se evaporó y fue él quien tuvo que alejarme, a pesar de que en sus ojos veía la misma necesidad.

Bajé del carruaje ensimismada, mi mano volaba a mis hinchados y sensibles labios. Los recorrí con una sonrisa tonta y él me envolvió por la cintura. Todo era perfecto, las estrellas sobre nuestras cabezas, la ligera brisa acariciando nuestras pieles, el ronco gemido de él al enterrar la nariz en mi pelo...

—Adiós —susurró Leonard. Sentí que era una despedida definitiva y me di la vuelta. Él volvió a besarme y apoyó su frente en la mía cansado—. Espero que puedas perdonarme. Yo jamás te lo habría contado, pero ella consideraba que si ibas a saber la verdad tenías derecho a conocerla entera.

—Seguiré aquí. No voy a permitir que el pasado nos arrastre con él. Me has salvado, me has alejado de un destino que me haría infeliz —contesté, tratando de consolarlo. Haciéndole ver que las intensas emociones que anidaban en mi pecho eran capaces de vencer a cualquier gran verdad. ¿Acaso no podía sentirlo? Su sola presencia provocaba que la tierra que pisaba se removiera, me veía capaz de cualquier cosa si él estaba a mi lado—. Estaremos juntos. —¡Qué sencillo fue prometerlo en aquel momento! Lo miré y quise que sonriera, habría dicho cualquier cosa.

—Solo quiero que recuerdes una cosa. —Su pulgar acarició mi mentón y se detuvo. Noté como sus dedos se crispaban y ejercían cada vez más presión, pero lo que de verdad me interesaba eran aquellas palabras que se negaban a salir—. Yo no soy esa persona, una acción no me define, soy mucho más.

—Te conozco. —En aquel instante así lo creía. Lo analicé, con aquellos ojos verdes de mirada limpia y aquella sonrisa arrogante, que en ocasiones escondía duda y vergüenza. Cuando lo miraba percibía muchas más emociones, palpitantes, escondidas bajo la superficie.

—Ojalá fuera cierto.

Y contra lo que debería haber hecho entró en el hogar dejándome sola. Demoré un poco hacer lo mismo, sus acciones habían provocado cierto temor, ansiedad quizás, y me apoyé en un árbol del jardín. Vi como las nubes avanzaban, cuando reaccioné mi piel ya estaba fría, entré con decisión y no me detuve hasta estar sentada frente a una chimenea extinta con una carta vieja entre mis dedos.

*Hija mía,*

*La noticia me causa pesar. Una tristeza indescriptible. Seré concisa.*

*Hace un mes he comenzado a sentir cierta debilidad. No sé cuándo comenzaron, tampoco quién les ha ayudado, aunque tengo mis sospechas. Tres nombres sobresalen en la inmensa lista que Leonard me ha ayudado a confeccionar, pero de ellos hablaré más tarde.*

*Para que lo comprendas debo decirte que hasta tu nacimiento mi vida tenía valor; ahora ya no. Quisieron quitarme de en medio sin preguntas molestas y, lo que yo creía era una indigestión, resultó ser algo mucho más grave. Quiero que comprendas la situación al completo, también que, aunque no hubiéramos tomado esta decisión yo habría muerto de todas maneras. Era algo inevitable, ellos fueron astutos y yo demasiado crédula. Me toca hacer mi jugada y quiero que sepas que, a mi manera, lo que voy a hacer lo hago para protegerte. En dos días moriré, yo lo he elegido así.*

Tuve que detenerme. Me apoyé en la mesa y lancé aquel trozo de papel maldito contra el tocador. Gemí sin percatarme ante el nudo que oprimía mi garganta y recordé aquel día, el instante exacto en el que supe que jamás volvería a verla.

Mis dedos danzaron por un pequeño puñal que escondía en el cajón de la derecha. Lo acaricié cansada, preguntándome cómo sería morir. Lo recogí con dedos temblorosos y apreté el mango con fuerza. Había algo en aquellas palabras que me cabreó, tardé en percatarme de lo que era, demasiada información de golpe, sin embargo, cuando lo hice recogí la carta y leí lo que quedaba con furia.

—Putá... jamás me culpes de tu cobardía. —No soy una persona agresiva. Me consideraba prudente y enérgica, pero justa. Antes de terminar la lectura agradecí no tener a Leonard cerca y que mi madre no pudiera oírme. Algo se rompía con cada letra, al mismo tiempo que su propia caligrafía empeoraba considerablemente. Todavía podía apreciar las marcas que habían dejado las lágrimas, no era suficiente para que en mí naciera la pena. Luchar sería lo correcto, hacerlo hasta el final. La salida que tomó era la cobarde, dejar a los que te aman llorando tras tus pasos es el peor castigo para ellos.

*Hay algo con lo que no conté, ¿seré capaz de empuñar la pistola que me abriera la puerta a la siguiente vida? Quiero pensar que hay algo después, que algún día podré abrazarte de nuevo, compensarte de alguna manera. Para mí siempre serás mi niña hermosa, la misma que manchó mi vestido preferido y lo escondió durante días. Recuerda que te quiero, no dudes jamás de mis sentimientos por ti, es lo único que sigo teniendo claro en toda mi vida.*

*Hace años tuve que tomar una decisión, no fui capaz y los perdí a ambos. En aquel momento no sabía que aún tenía un motivo por el que luchar, aún no te sentía moviéndote dentro de mí. Tu padre no lo sabe, lo sospecha, pero no se lo he confirmado nunca. Me consta que te ama, te quiere como si fueras suya. No lo eres.*

Muchas veces, sobre todo tras la noticia de mi futuro enlace, desee no compartir lazos de sangre con aquel frío caballero que me miraba impasible, el duque Hamilton. Me decía que su deber era cuidar de mí, protegerme, para después reconocer que un enlace provechoso era a lo que toda buena hija aspiraba. Quizás mi visión era demasiado romántica, él decía que se debía a la influencia de mi madre cuando fui joven, llenando mi cabeza de ideas románticas, lo decía con cierta tristeza, ahora lo comprendía un poco mejor.

Sentí que los lazos que me unían a mi hogar se rompían del todo, no podía confiar en nadie. El duque Hamilton, aquel hombre que siempre me trató con cortesía y me concedió todo lo que podía desear menos afecto, era la otra víctima de aquel engaño. ¡Aquello tenía que ser una cruel broma del destino!

*Ahora lo único que me queda esperar y hablar contigo. Me imagino que estás frente a mí, incluso lo que me responderías. Creo conocerte lo suficiente para saber que en un primer*

*momento me odiarás, no obstante, tu corazón es el más puro que ha existido nunca y sé que podrás perdonarme. Te lo suplico...*

*Acaricié la tinta corrida, sentí que en aquella misma frase había pasado mucho tiempo. ¿Cuántas veces la habría releído? ¿Cuántas la habría escrito? Mis ideas luchaban entre sí, gritaban demasiado y el dolor de cabeza fue inevitable.*

*Estoy muerta, haga lo que haga, el veneno que me han ido suministrando durante semanas sigue inexorablemente su camino, el doctor me ha explicado lo que pasará y no tengo posibilidades. Al menos no tendrás que verlo, no verás cómo tu madre se cae cuando intenta alcanzar el orinal o como mi mano tiembla al llevarse la cuchara a la boca. Te sorprenderías de lo que he tardado en escribir estas palabras, pero al menos así detengo a raya mis miedos, porque temo que llegue el momento.*

*De nuevo me vuelto a perder entre tanto que me gustaría contarte.*

*Dos días, en este tiempo estoy aprendiendo a disfrutar de las pequeñas cosas, detalles que antes daba por sentados y, sobre todo lo demás, extraño tu sonrisa y tu voz. Cuando cierro los ojos pienso en ello, temo haberla borrado para siempre y rezo para que logres olvidarme.*

*Te buscan cariño, lo hacen desde mucho antes de que nacieras, la culpable soy yo. ¿Cuál fue nuestro gran delito? Existir. Nacimos de un encuentro que jamás debió ocurrir, de un hombre poderoso y fruto de un acto de codicia. No conozco todos los detalles, quiero creer que mi madre lo amaba, pero me consta que ella prefería el dinero a todo lo demás. Siempre me tuvo en alto aprecio, ahora comprendo mucho mejor sus motivos. Por sus actos murieron muchas personas, mi familia, tu familia. Todo podría ser muy diferente...*

*Hace diez años le pregunté al hombre que más he amado, al hombre que me lo arrebató todo, por qué lo hacía. Contestó que por mí. Solo ahora comprendo que hiciera tales atrocidades solo por darme la oportunidad de vivir. Extraño, ¿verdad? Tú lo ves todo blanco o negro, el gris tiene tantos matices que resulta aterrador y preferimos evitarlo, has de madurar de golpe. No soy la persona perfecta que creías, soy como tú, ¿qué serías capaz de hacer por tú hija?*

*Dos días y Leonard apretará el gatillo. Me ha costado convencerlo, sus ideales son fuertes, aunque también conozco su gran secreto. Algo que me prometí jamás utilizaría y que ahora esgrimo sin pudor, como si el dolor que siento en cada fibra de mi cuerpo me concediera algún tipo de prelación sobre él. A su favor diré que ni siquiera eso ha modificado la forma que tiene de mirarme, en sus ojos una adoración peligrosa que yo uso a mi favor haciéndome la tonta cuando me interesa. Es un buen hombre, por eso jamás permitiría que se acercase a mí.*

*Su gran secreto... yo no tengo derecho a revelártelo, tendrás que preguntarle a él. Un acto deleznable por buenos motivos.*

*He pasado muchas horas tachando nombres en una inmensa lista. Hombres y mujeres que han venido a visitarme, personas lo suficientemente cercanas para acceder a mí. Pocos sabían dónde me encontraba, aún menos sospechaban mi verdadera procedencia. Por muy inmenso que parezca el mundo ciertos caminos tienden a cruzarse inevitablemente y mi hermano jamás cesó en su búsqueda.*

*Entre todos ellos resaltaré a tres personas. Te diré sus nombres y te ruego que tengas cuidado. A veces cuando se ven acorralados atacan y mucho más cuando creen que ya no les queda nada que perder. En ocasiones me he imaginado enfrentándome a ellos, pero si lo hiciera también podrían sonsacarme a mí y no me encuentro en condiciones de defenderme. ¿Qué podrían averiguar de una moribunda como yo que sea tan importante? Mi secreto definitivo, cariño. Solo yo y tú lo sabemos, aunque aún no seas consciente.*

*Los recuerdos pueden ser esquivos. Retazos de momentos que archivamos en nuestra mente y*

*olvidamos, yo te daré en su momento la pista para poder acceder a ellos. Ten paciencia, casi puedo escucharte exigiéndome toda la información, la templanza nunca fue una de tus mayores cualidades.*

*La primera de la lista es lady Carolinne. Una mujer peligrosa donde las haya. Su sonrisa es hermosa, sus palabras dulces y su compañía la más agradable que puedas encontrar. ¿Comprendes ahora dónde radica su poder? A pesar de no tener título y no haber conseguido esposo dicen que disfruta de la compañía de hombres poderosos en una casita a las afueras de Londres. Entre sus piernas ha encontrado la fuente de información más poderosa y creo que es ella la que está en contacto con mi hermano. Ese hombre con quién tantas veces jugué, que tantas veces me hizo reír con sus ocurrencias y al que regañé por ensuciar su traje ahora teje una peligrosa red en torno a nosotras. Esta mujer rubia de ojos azules está acostumbrada a la buena vida, nació siendo hija de un duque, y hará cualquier cosa por mantenerla. Creo que tu tío encontró el precio y ella no va a rendirse ante nadie.*

*El segundo es el marqués de Camden. Un hombre directo, algo que en su momento llegó a agradarme, y de gran inteligencia. Es un digno adversario y desearía equivocarme. Han llegado a mis oídos rumores de que su gusto por las apuestas y mujeres demasiado caras lo ha llevado a gastar ingentes cantidades de dinero, llevándolo casi a la ruina. Quizás su título y castillo le sigan manteniendo dentro de lo considerado aceptable en esta sociedad de burgueses, aunque el rumor corre cada vez más alto.*

*La tercera es la baronesa de Rabenstein. ¿Te sorprendería saber que hubo un tiempo en el que la consideré amiga? A ella le hice ciertas confidencias de las que ahora, no solo me arrepiento, sino que me avergüenzo sobremedida. Sentía tanta necesidad de afecto, que me aferré a ella pasando por alto todas las señales que percibía, diciéndome que no hacía más que ver fantasmas donde no había. ¿Acaso no habían pasado suficientes años para que me hubieran olvidado? En mi inocencia creí que mi hermano seguiría con su vida, que encontraría la forma de olvidar y ser feliz. He descubierto que conviví durante mi juventud con un hombre sin llegar a conocerlo. Ahora él me provoca miedo y siento su aliento cada vez más cerca. Sé que dará conmigo, pero cuando lo haga Leonard estará lejos con estas cartas y yo ya no podré confesar, haga lo que haga.*

*Hoy Leonard me ha descubierto llorando y me ha abrazado. Ha aguantado mi pelo mientras vomitaba lo poco que mi estómago había soportado. Me sorprende su entereza mientras limpia los restos y agarra mi mano, se mantiene a mi lado aun cuando el hombre con el que me he casado me dejó marchar sin hacer preguntas incómodas. No se trata de que el duque Hamilton no me aprecie, sino que siempre supo que ese cariño que siente por mi persona no fue jamás correspondido y ha aprendido a aceptarlo. No puedo culparlo por su apatía, aún no lo sabes, pero ese hombre, al que le cuesta demostrar el amor que siente, me ayudó, nos ayudó, cuando nadie lo habría hecho. Cogió a una paria de su sociedad, a una dama usada y sin familia que la respaldase, sin nombre ni dinero y le dio un lugar seguro en el que fundar una familia. Me dio un hogar para ti.*

*Sé que todavía tengo mucho que contarte, pero estoy demasiado cansada. Mis dedos se resienten. Leonard me ha sugerido que le dicte la siguiente, no soporta no saber el contenido de estas misivas, aunque yo lo prefiero así. Solo tú y yo, como debió haber sido siempre.*

*Cuando conocí a tu verdadero padre creí que había encontrado a mi alma gemela, pensé que sin él no podría seguir adelante. No pude comprender el gran error que había cometido hasta que vi tus ojos y tu diminuta mano me agarró el dedo con fuerza inusitada. Tú eres el pedazo de cielo que le faltaba a mi alma, un trocito sin el que no sería la mujer en la que me he*

*convertido. Espero que llegues hasta el final, es el momento de cerrar capítulos y mereces ser feliz sin una sombra peligrosa a tu espalda.*

*Te ama,*

*Mamá.*

Odio, amor, dolor, ira... Quise quemarla, la guardé con mimo en el cajón. Sonreí cansada y sentí como dos húmedas lágrimas se deslizaban por mis rosadas mejillas. No eran las primeras, mi rostro estaba empapado, pero no había emitido sonido alguno. Un suspiro trató de alejarse de mis labios, lo retuve y eso provocó un fuerte dolor en mi garganta, no me importaba.

Tenía tres nombres, me concentré en ellos. Como meta me puse conocerlos, castigarlos. Estaba cansada de caminar detrás, colocar los pies en las huellas de una mujer que no conocía, me sentía preparada para cercenar el cuello de la bestia.

Leonard... ¡qué poco me había gustado la familiaridad que transmitían aquellas cartas! Aquellas palabras convertían en algo sucio nuestros besos, el deseo que sentía en mi interior. Aunque saber que el hombre que estaba dispuesto a compartir su vida conmigo era el que había apretado el gatillo... ¿qué era lo que sentía al respecto? No lo sabía, solo era consciente de que verlo era lo último de mi lista, una lista interminable que al día siguiente se reduciría a la mitad.

Sentí que el sueño no llegaría, demasiadas cosas en la cabeza. Me tumbé convencida de que las pesadillas eran inevitables y luché para que mis ojos permanecieran abiertos. Si me concentraba... perdí. Al contrario de lo que había pensado suspiré feliz al correr hacia los cálidos brazos de la mujer que una vez me dio la vida. ¿La quería? La niña de aquel recuerdo lo hacía, la adoraba por encima de cualquier otra cosa, pero tampoco tenía respuesta a eso.



## Capítulo 12



### 19 años antes

¿Por qué el heredero del título y de las tierras que lo acompañan estaría dispuesto a jugárselo todo? Una pregunta que el mismo tenía preparada para esgrimirla como defensa si alguien lo descubría, tenía preparado mucho más que eso. Se estiró, sacudió la tierra que se había quedado adherida a su chaqueta, y miró a la joven que tenía al lado.

Acaba de disfrutar de una amena tarde, el sol había sido clemente y una ligera brisa corría desde el norte. El señorito Tomie se pasó los dedos por el pelo rojo y la miró con repugnancia.

—Hemos terminado. Quizás debería darse prisa. —Su voz era fría, su gesto se tornó indiferente.

—Tomie, querido. Bésame un poco más antes de que mi esposo me requiera. Sabe que tardaré un par de semanas en poder regresar y en palacio no puedo disfrutar de sus mimos. —Aquella mujer había sido hermosa, pero el tiempo fue cruel con ella. El pelo cayó de su cabeza con rapidez y sus carnes se habían ido ensanchando y reblandeciendo a pasos agigantados. ¿Qué podía ver Tomie en ella?

—¿No quería contarme algo? Creo que ambos sabemos que ya he pagado un alto precio por la información. —Estiró la mano para que ella depositara el sobre, como siempre había hecho.

—Querido, he cambiado las normas. He llegado a la conclusión de que mi cabeza es el único lugar seguro para la información que he de darte. —Se tocó la frente con una sonrisa orgullosa, tenía algo jugoso y disfrutaba de la tensión que creaba en su acompañante. Ella sabía que aquel joven solo la tocaba por lo que podía conseguir de ella, pero no le importaba. Todos tenían un precio y ella no era estúpida. Había muchachas mucho más hermosas y dispuestas al alcance de Tomie, pero ella mejor que nadie sabía ver la ambición en los ojos de otra persona, porque era lo mismo que mostraba cada mañana su espejo.

—¿Y bien?

—Nunca me ha contado por qué le interesan esos rumores.

—Cierto. Empiezan a resultarme realmente molestos sus rodeos. —La amenaza de Tomie se volvió más real cuando, arrodillándose junto al rollizo cuerpo de su amante, la agarró con fuerza por el pelo y acercó su rostro con agresividad—. ¿Lo percibes? Serías estúpida si no lo hicieras. —Apretó un poco más. Sus dedos se clavaron en la piel de su cuello, la ancha boca de ella se abrió en una mueca de sorpresa, apreciando el poco aire que llenaba sus pulmones—. Llevo mucho tiempo deseando hacerlo, aunque...

—Una hacienda en Estados Unidos. —Sus palabras salieron sin fuelle, apenas un quejido lastimoso y sus infructuosos esfuerzos para que la soltase. Había clavado sus cuidadas uñas en los antebrazos de Tomie, había algo oscuro en sus ojos que la aterraba. En cuestión de minutos lo vio transformarse en un hombre despiadado y que disfrutaba del dolor ajeno. Algo le dijo que aquella era su verdadera cara, sollozó aterrada—. Te lo contaré todo si me sueltas. —Trató de comerciar con el diablo, sintiendo que desde el instante en el que Tomie retiró su máscara ella estaba condenada. La mano de Tomie se alejó y sonrió con dulzura. Se tumbó sobre ella dejando que sintiera la excitación que había provocado en él, aquella era la más real que ambos habían compartido. En anteriores ocasiones, para poder tomarla, tuvo que recurrir a la imaginación. Cerrar los ojos y concentrarse en otra mujer, en otros labios. Ahora la veía a ella, a ella completamente aterrorizada, rozando la muerte, tan de cerca, que su entrepierna latía con fuerza, necesitada de algo más.

—Cuéntame, preciosa. —No era una mujer hermosa, pero algo en aquella mañana hacía que su piel fuera más luminosa y sus ojos más brillantes. Incluso sus labios rellenos parecían clamar por un beso salvaje. Acarició su mejilla con tanta suavidad que ella apenas lo sintió, pero se encogió sobre si misma todo lo que pudo. Lejos quedaba ya la satisfacción y el poder que creía poseer sobre el joven. Ella casi en la treintena y él con apenas catorce años, se preguntó que oscuros secretos tendría ocultos. Demasiados.

—Dicen que antes de morir cambió su testamento. Añadió a una hija bastarda, legándole una propiedad inmensa, en cuyas tierras hay varias de las minas de oro más rentables de la zona. Le dejó una auténtica fortuna, que crece a cada año a manos de su administrador. —Muchas jóvenes se habían presentado a reclamar ese pequeño tesoro, pero por algún motivo ninguna de ellas había sido aceptada. Nadie conocía la prueba a la que eran sometidas, cómo serían capaces de reconocer a la muchacha de oro, aunque lo cierto era que la leyenda crecía mientras su hermana trataba, por todos los medios, de encontrar a la afortunada y acabar con su vida.

—Realmente generoso.

—Dicen que amaba a la madre de la joven. Han creado hermosas historias entorno a esa relación, nadie tiene datos concretos. —Cierto, ¿cómo podían preguntar al único que sabía las respuestas cuando el rey ya estaba muerto? Tomie se inclinó y la besó con ternura, introdujo la lengua en la boca femenina y ella se relajó. Una pena que la señora hubiera cerrado los ojos, debió estar mucho más alerta.

La boca de Tomie descendió por su cuello, abrió sus piernas y entró de golpe en su interior. Sus manos volvieron a ascender por su piel, ella jadeó inmersa en una ola de placer que ascendía por su columna, él comenzó a apretar. Al inicio ella creyó que era fruto de la emoción, incluso fue excitante, pero la presión de los dedos de Tomie en su garganta crecía al mismo tiempo que las embestidas aumentaban su ritmo, ella empezó a sentir que le faltaba el aire. La sonrisa en el rostro de Tomie se ensanchó, no le gustaban los cabos sueltos. Siguió moviéndose, enardecido por los espasmos de su compañera. Los ojos de Tomie se clavaron en los de su amante, ella sorprendida, asustada, y llegó el punto en el que sintió aceptación. Durante los últimos segundos, mientras una parte de su cuerpo, todavía húmeda, lo sentía entrando y saliendo con fuerza, otra, aterrada, se quedaba inmóvil boqueando, anhelando aire y finalmente nada. Sus ojos no se cerraron, se quedaron fijos en él, un hombre que sonreía y era cariñoso, un hermano atento y un amante generoso, no obstante, aquella había sido una de las ocasiones, un momento en el que Tomie permitió que sus oscuros deseos, sus ansias contenidas, escapasen al exterior y se recreasen, pues aquella mujer de cabellos oscuros y carnosos labios ya no le servía para nada, ahora llamaba demasiado la atención y creía tener demasiado poder sobre un joven como él.

Tomie se levantó y se estiró la ropa. Múltiples arrugas y uno que otro desgarrón. Ella había luchado, pero los arañazos, que ahora ocultaba su chaqueta negra, eran un recordatorio placentero, los acarició por encima y sonrió feliz al caminar de vuelta a su hogar. No tardarían en echarla en falta, debía mostrarse sorprendido cuando dieran la voz de alarma.

Ya estaba llegando cuando su hermana lo saludó desde el balcón. Estaba bordando, una actividad que la desesperaba, y él le guiñó un ojo. El joven rostro de Tomie era apuesto, parecía sincero y desprendía un aura de seguridad y poder que muy pocos a su edad tenían. Todo lo que un padre podía desear, o quizás mucho más que eso.

—¿Hoy no vas a jugar con padre y sus amigos? —preguntó la señorita Cintia con evidente envidia. Tomie se encogió de hombros sin dejar de sonreír.

—Puede. Estoy algo cansado, pero creo que podré echar un par de partidas —repuso caminando hacia su hogar.

—¿Ocurre algo? Te noto distinto. —Ella estaba convencida de que su hermano estaba enamorado. Quizás pronto tendría noticia de alguna jovencita de la zona. Todos sabían el éxito de aquel muchacho entre las señoritas, aunque hablar de boda era muy prematuro para un hombre. ¡Qué distinto era el destino para ambos!

—Puede... Pronto tendremos noticias y espero poder viajar a tu lado —repuso él misterioso.

—¿Viajar? —La idea no podía ser más apetecible a los jóvenes ojos de la señorita Cintia.

—Es posible. Eres un regalo, y no solo para la vista. —Las mejillas de Cintia se tiñeron de un ligero rubor. En la mente de su joven hermano, el mismo muchacho al que ella apreciaba y adoraba, ya se tejían funestos planes. ¿Qué haría con ella cuando ya no le fuera de utilidad? Una pena, pensó él sin remordimientos. Si no hubieran compartido sangre... aunque no tanta como todos creían... La miró de arriba abajo un par de veces más, ella no se lo tomó en cuenta, a otro lo hubiera reprendido con dureza.

—Vete con padre antes de que te obligue a cumplir tus palabras.

—Muy pronto, hermanita, muy pronto.

## Capítulo 13



Dos días. Ese había sido el tiempo que el conde de Pont-de-Vaux había logrado mantenerse alejado. Por mi parte no había perdido el tiempo, cada minuto del día había sido empleado para averiguar más de aquellos tres nombres. Al final me había decantado por asistir a la fiesta de compromiso de la hija del duque de Sussex, un gran amigo del marqués de Camden.

Un hermoso vestido gris perla, su escote era generoso y sobre el tocador un collar de lapislázuli digno de una reina. Entre las piedras finos hilos de oro que las envolvían y creaban una delicada enredadera que caería sinuosa entre mis pechos. Todo medido, todo pensado y el hombre de negro había tenido mucho que ver en el asunto.

Leonard no hizo preguntas cuando lo vio llegar, aunque por dentro los celos lo carcomían. Lo vio acercarse a mí y se tensó, sin alejarse demasiado. Podía sentirlo en la esquina, con sus ojos fijos en mi espalda, yo tampoco dije nada.

—Buenos días, señor Godwin. Me alegra que haya decidido aceptar mi oferta —dije señalando una butaca frente a mí—. ¿Quiere tomar algo? —Sarah se colocó a mi lado, su diminuta mano se introdujo en la mía y yo se la apreté dándole fuerzas. Solo ella conocía mis planes.

—Por supuesto, milady. Jamás desaprovecho una buena oportunidad. —Yo lo estudiaba con cuidado. Temiendo confiar en él y sabiendo que en alguien tendría que hacerlo.

Godwin era un hombre de la calle, un trabajador del puerto y un hombre inteligente. Su rostro no era hermoso, no con esa belleza que te deslumbra, pero poseía unos rasgos masculinos y una fuerza que impregnaba en cada uno de sus gestos.

—Me alegro, ha de comprender que actuará en el máximo secretismo. No podrá contar nada de lo que tratemos y seguirá mis instrucciones sin hacer pregunta alguna. —Tomé aire y sonreí agotada.

—No encontrará a nadie mejor, por un precio. —Asentí pensando en que tendría que vender mis pendientes de diamantes. No me preocupaba. Sarah se sentó a mi lado y yo la abracé con ternura.

—No hay problema. Tendrá que hacer tres encargos, sencillos, peligrosos. Debe comprender que si alguien lo descubriera no podría dar mi nombre, yo lo negaría todo. —Godwin asintió como si fuera lo más normal, yo lo miré sorprendida porque ningún músculo de su rostro mostrase duda, miedo o preocupación. Seguí el movimiento de su mano, tocó su bolsillo derecho y volvió a su regazo, supe que iba armado.

—Todo se hará como desea.

—No lo deseo. —Nunca sabré por qué dije aquello. Confíe en un hombre peligroso sin

motivo, pero me levanté y le tendí la mano. Fue en parte divertido ver cómo, con rapidez, se levantaba y se inclinaba para besármela, yo lo retuve unos segundos y lo vi incómodo por primera vez—. Solo deseo ser libre, terminar con una historia pasada y poder seguir con mi camino sin miedo. ¿Lo comprende? —Sarah tosió a mi espalda y me percaté que Leonard se había acercado. El señor Godwin parecía incómodo y lo solté con una sonrisa de disculpa.

—Los motivos no son importantes.

—Cierto, supongo que todos tenemos un precio. ¿No teme que el nombre que le dé sea el de una buena persona? —Quise saber yo. Él me estudió unos segundos antes de responder.

—Si no lo aceptara yo otro lo haría. —Caminó hacia la puerta y yo lo seguí. El mayordomo y todo el servicio había sido dispensado durante unas horas, ellos agradecieron el pequeño descanso y yo la libertad de no saberme espiada. Me servían, pero también seguían todos mis movimientos, podía sentir sus críticas golpeándome por la espalda, muchas de ellas forradas con envidia. Le tendí un papelito y él lo recogió de entre mis dedos con suavidad, me sorprendió un gesto tan grácil por su parte, no dije nada—. Mañana iré a una fiesta, yo misma haré salir a este hombre. No debe hacerle daño y lo dejará en un lugar seguro, lo dejo a su elección. —Sus ojos miraron el nombre y se abrieron sorprendidos, a continuación, bajó la cabeza y cogió el pestillo de la puerta. No sabía que había retenido el aire hasta que la oí cerrarse, me había quedado en trance.

—¡Estás loca! —gritó Leonard de pronto. Se acercó y se colocó a mi lado, sin llegar a rozarme. Sarah se interpuso entre ambos furiosa.

—¡No hable así de mi señora! —respondió mi más fiel aliada. Es curioso como al ser dos almas incomprensibles habíamos encajado tan bien a pesar de la edad. Ella sabía ver a través de mis miedos, de mis palabras.

—¡Hablaré como me dé la gana en mi hogar! —La mano del conde me cogió con fuerza por el brazo, yo me dejé zarandear sin mirarlo siquiera.

—¿Cómo fue volarle la cabeza? —pregunté a bocajarro. Lo vi perder el color con tal rapidez que cuando se tambaleó estaba convencida de que iba a desvanecerse. No hice amago por ayudarlo, incluso deseaba que se diera algún que otro golpe al caer, no tuve suerte.

—No sabes de qué hablas. —Era la primera vez que nos dirigíamos la palabra. Incluso en las comidas yo había hablado a través de Sarah, no volví a mirar su rostro y lo esquivaba con maestría. Supongo que él me lo permitía, era lo que tenía la culpa, sin embargo, al elevar los ojos me sorprendía sintiendo el mismo deseo por él, oculto quizás bajo capas de resentimiento y desconfianza.

—Cierto, jamás he acabado con la vida de nadie. ¿Puedes dormir por las noches?

—¡Calla!

—¿Por qué? ¿Ahora soy tu condena por lo ocurrido? ¿Unirás nuestras vidas por un deber que crees sentir con ella? La pobre hija de la mujer que amabas, una mujer por la que cometiste un crimen imperdonable. La culpa es poderosa para hacerte caer tan bajo —escupí llena de odio, luchando contra mi corazón que, al ver su tristeza, quería consolarlo y desmentir cada palabra. Fue mi orgullo el que me mantuvo en mis trece, incapaz de claudicar, aunque cada uno de los golpes los sentí en mi propio ser. Temía la veracidad de mis palabras, no quería convertirme en la tenue sombra de mi madre y que lo que él llegase a amar no fuera más que un reflejo de ella. Sonreí con frialdad, aparentando una impasividad que estaba muy lejos de sentir.

—Jamás haría eso. Tengo profundos sentimientos por ti y son esos sentimientos los que me piden que te haga mi esposa.

—Que me condenes a tu penitencia —concluí yo. Quería creerlo, de verdad que lo deseaba,

pero sentía que la niña que una vez fui se había evaporado y no quedaban más que sus restos. Una mujer desconfiada, vengativa, cruel. ¿Me arrepentiría algún día de lo que estaba dispuesta a hacer? ¿Dónde estaría mi límite?

Con el paso de las horas el dolor de la pérdida se tornó en furia. Saber que alguien había envenenado a mi madre, que alguien le había impedido ser feliz y se la había llevado de mi lado prematuramente me hizo mutar. No sabía cuánto tiempo tardaría, ¿después llegarían los remordimientos? Esperaba que nunca lo hiciera, pues aquel odio aplacaba las otras emociones, mucho más dolorosas y difíciles de procesar.

—No digas eso... —suplicó tratando de acercarse a mí. Sarah se interpuso entre ambos, yo le acaricié de nuevo el cabello y le pedí que nos dejara solos. Quizás permitiera que me besara, tal vez después lo golpearía para mentirnos a ambos y gritarle al mundo que yo no lo deseaba.

—Si me necesitas estaré arriba —dijo Sarah con orgullo. Ella no temía los enfrentamientos y yo la tenía en alta estima. Al verla tan pequeña y segura de sí misma, supe que no debía arrastrarla a mi mundo de venganzas y debía mantenerla alejada, por mucho que su compañía fuera un bálsamo en mi vida. Asentí viéndola marchar.

—Creí que me asesinarías mientras dormía. —Mi cara de sorpresa lo hizo sonreír sin ganas. Asintió antes de continuar—. Cerré los ojos y fingí, para que si la puerta se abría y tú llegabas de improviso no sintieras dudas, ni remordimientos. Si era lo que decidías no quería causarte más dolor.

—¿Estabas dispuesto a morir?

—Lo que no comprendes es que yo me sentía muerto hasta que te conocí. Al principio pensé que era por el parecido que tenías con ella, pero se trata de ti. Tu sonrisa, tu cabezonería, tu bondad. A ella nunca llegué a conocerla como lo hago contigo, y son tus actos los que hicieron que cayera totalmente enamorado. —Lo abracé y enterré mi rostro en su hombro.

—Lo lamento.

—¿Por qué? Podemos irnos lejos. Seremos felices, tengo dinero para vivir cómodamente en un lugar en el que nadie conozca nuestros nombres.

—El pasado siempre vuelve. Es una verdad que he tardado en aceptar. No voy a darte mi corazón, ahora no me pertenece. Debo hacer algo antes. —Él besó mi frente y yo cerré los ojos—. Quiero que llames a mi padre. —Me mordí la lengua ante esa palabra, que ahora salía con dificultad de entre mis labios—. Es el momento de hacer la última jugada y yo nunca he sido de sutilezas. —Sus brazos me rodearon y me permití absorber aquella energía cálida que atravesó mi piel.

—¿Y si algo sale mal?

—Moriré, pero jamás les daré lo que desean.

—Si es necesario lo harás. Lo único importante es que sigas con vida. —Sonreí sarcástica, no pude evitarlo, y él bajó la cara avergonzado—. Ya sabes qué quiero decir.

—Lo sé.

## Capítulo 14



### 18 años antes

El duque Hamilton siempre fue un hombre juicioso y de buen corazón. De niño su madre decía que debía ver el mundo con algo más de malicia, con el paso de los años se arrepintió de no haber seguido su consejo.

Edmund conoció a la que sería su mujer tras la llegada de una extraña misiva por parte de su primo. Un hombre al que solo había visto una docena de veces en su vida, pero con el que mantenía una gran amistad. Conocía a pocas personas por parte de madre, ella provenía de España y siempre hablaba de aquel lugar como un lugar hermoso, pero peligroso.

*Aquella mañana llovía. Edmund estaba sentado frente a la chimenea leyendo mientras su madre le nombraba por tercera vez la lista que había elaborado de mujeres casaderas. Todas tenían cualidades reseñables, aunque nunca eran cualidades personales, sino grandes dotes. Siempre le resultó fascinante, pues él precisamente no tenía necesidad de dinero.*

—Hijo, ¿sigues conmigo? —preguntó la condesa con dulzura. Su hijo se removió inquieto y alzó los ojos.

—Madre, ¿me perdonaría si hiciera una locura por los motivos correctos? —La condesa se levantó y caminó hacia su único hijo. Su parto había sido complicado y había quedado estéril, siempre se sintió culpable de no haberle dado hermanos con los que jugar. ¿Qué ocurriría cuando ella ya no estuviera? Él vivía alejado del resto del mundo, no dejaba que nadie se acercara lo suficiente y ella sentía que la enfermedad estaba diezmando sus fuerzas.

—Mucho me temo que si ya has tomado una decisión no hay nada que yo pueda decir para disuadirte. ¿Serías feliz si no lo hicieras? —Él recapacitó unos instantes hasta que una sonrisa lo delató—. Deseas arriesgarte. —Ella empezó a reírse nerviosa—. ¿Quién es la joven?

—¿Cómo sabes que se trata de una mujer?

—Solo las mujeres son capaces de hacer cambiar tanto a un hombre. Somos peligrosas, con una sola sonrisa podemos provocar una guerra —repuso su madre orgullosa—. Tenías que ver la cara de tu padre la primera vez que nos vimos. Parecía a punto de tener un ataque al corazón, pero fuimos felices. Nadie podría hacerme sentir de la manera en la que él lo hacía. Éramos un todo, aún ahora puedo sentir su falta.

—Os amabais.

—Cariño, tuvimos suerte. Casi nadie lo consigue, aunque lo logramos porque nos escapamos y nos enfrentamos a nuestras propias familias.

—*Nosotros jamás tendremos lo mismo. Ella ama a Raúl y él la ama a ella. —Su hijo la miró y vio tristeza, decepción en su rostro—. La conocí ayer, está hospedada en la posada del pueblo, no me atreví a traerla a casa. Es hermosa, muy hermosa, pero está perdida. Ha pasado por la muerte de toda su familia.*

—*Comprendo. —La duquesa madre se sentó y aferró la mano de su hijo, las suyas temblaron unos segundos, pero su hijo estaba demasiado absorto para percatarse de las sutiles diferencias—. Pero sé que no vas a dejarla desamparada, si no te ama quizás es mejor que...*

—*Nos casaremos. Raúl me lo pidió y ella parece tan abatida... quiero protegerla. —Desde el día anterior no conseguía sacarse a aquella mujer de pelo rojizo y ojos verdes de la cabeza. La muchacha estaba desecha, no cesaba de llorar y se agarraba el pecho como si su interior se hubiera fragmentado en mil pedazos. Solo necesitó posar los ojos en su rostro unos instantes para sentir la acuciante necesidad de consolarla, protegerla de la crueldad del mundo que la había llevado hasta aquel estado. Amor, quizás se tratase de eso, pero dejaba un amargo sabor en su boca al pensar que ella jamás le pertenecería totalmente, si aceptaba compartir su vida con él sería por necesidad, aunque la mayoría de los matrimonios se unían por motivos mucho peores.*

—*Espero que seas feliz.*

Y aquellas palabras, dichas con pesar y cierta esperanza, resonaron durante muchos años en la cabeza del actual duque Hamilton. Fue padre, aunque en su interior siempre supo la verdad. Lady Cintia llegó a apreciarlo a su manera, hubo ternura entre ambos y cierta compenetración. ¿Había actuado correctamente?

En aquel entonces creyó en la gente. Cuando su mejor amigo llegó de visita no dudó en contarle la verdad. Quizás él mejor que nadie, al sentir en sus carnes la presión de la sociedad por haber perdido gran parte de su fortuna en apuestas erróneas, podría comprender sus acciones. Necesitaba desahogarse, compartir miedos que a una madre no podía contarle. Aquella conversación se convirtió en el arma que el barón de Ros esgrimiría a lo largo de los años, no solo para sacarle grandes sumas de dinero, sino la promesa de obtener la mano de su hija.

Nadie sabía lo que se había arriesgado para impedir que la desposara muchos años antes, temía que fuera acusada de ser la nieta del fallecido rey de España, pero en su interior sabía que aquella unión no debía realizarse jamás. Ser la nieta ilegítima de un rey, algo que no había elegido y que haría que muchos trataran de asesinarla o algo peor, la usarían para conseguir el ansiado premio. Ahora el tiempo se acababa y ya no podía soportarlo durante más tiempo.

Removió la copa de wiski de su mano, lo hacía siempre que estaba nervioso. Aquel movimiento le recordaba conversaciones pasadas con Cintia, donde ambos soñaban con el futuro y hacían planes que nunca llegaron a cumplirse.

—*¡Por qué no has ido todavía a buscarla! Hace días que todo Londres sabe dónde está, ¡en casa de un libertino! ¡No voy a permitir que mi futura mujer se exponga a ese tipo de rumores! —gritó llevado por la ira el barón de Ros. Su cara paliducha se puso roja y grandes gotas de sudor resbalaron por sus facciones.*

—*Todos creen que es su primera temporada, lo extraño sería que la arrastráramos lejos de repente.*

—*No si ya ha encontrado esposo —refutó el barón de Ros.*

¿Cuántas veces había pagado? Miró a aquel ser, por llamarlo de alguna manera, sin comprender qué había visto en él para que una vez lo hubiera considerado como un hermano. Lo habría dado todo por él sin dudar, pero el barón había escogido el camino equivocado.

La marcha de Kate lo cambiaba todo, ya no le quedaba nada que le importara. Dejó con fuerza



el vaso sobre el escritorio, parte del contenido cayó sobre él, no le importaba.

—Creo que estoy en la obligación de disolver este dislate. —La potente voz del duque Hamilton resonó con fuerza en la habitación. El barón sacó un pequeño paquetito del bolsillo y lo abrió. En el interior un largo mechón rojizo.

—¿De verdad, amigo mío? —Muchas veces habían llegado hasta aquel mismo punto y el duque retrocedía asustado, aquel no fue el caso.

—Sí.

—Quizás debería decir lo que sé a las autoridades. Contarles por qué nadie vio el cadáver de tu esposa. Extraña neumonía la que abre la cabeza de una persona y deja sus sesos derramados por la alcoba, ¿no crees? ¿Qué opinará tu hija de todo esto? Quizás deba ser un buen samaritano y contárselo, me debes mucho.

Desde que Cintia había entrado en su vida había reinado el descontrol, pero se asombró al descubrir que los momentos hermosos que habían compartido habían sido pago suficiente. Con ella todo era intenso, excitante.

—Yo no le hice daño y tú lo sabes.

—¿Yo? Viejo amigo, yo acudí a tu reclamo para esconder su cuerpo y ayudarte a enterrarla sin que nadie se enterase. Yo he sido un gran compañero para tus fechorías, creo que el pago no es demasiado alto.

—¿Es mi hija!

—Mentira, al final no te hago más que otro favor. Te quitaré de encima un problema que nunca mereciste, todo por poner tus ojos en una mujer que había perdido la cordura hace mucho tiempo. —Aquel insulto corroyó su alma. Las palabras del barón fueron crueles, pero quizás dolían más porque hubo momentos durante los últimos años de vida de Cintia en los que su paranoia rozaba ese límite peligroso. La veía absorta, vacilante, para después soltar frases de lo más preocupantes.

—Ella era un alma pura. Jamás debí confiar en ti —dijo el conde con voz resignada.

—Siempre fuiste muy fácil de llevar. Es normal que ella se hubiera reído de ti. —El barón se incorporó. Sus movimientos lánguidos eran desesperantes para el padre de Kate, que contaba los segundos, tratando de aplacar aquel deseo que nació en su pecho muchos años antes. El odio silencioso, el odio contenido por miedo a las represalias, el odio que crecía imparable en su interior hacia aquel despojo humano encontró su límite aquel día—. Supongo que tendré que encontrar otra forma de tener a lady Kate. Tal vez la rapte, después de follármela como una perra no le quedará otra opción que desposarse conmigo. Me habría gustado poder decirte que seré tierno, pero no me gusta mentirte sin necesidad. —Y el duque se desbordó. Cogió aquella cabeza, que una vez perteneció a un hombre atractivo, y la golpeó contra la mesa una y otra vez. No se detuvo aun cuando el barón dejó de luchar y sus brazos cayeron laxos a ambos lados de su cuerpo. No se detuvo, sentía como la sangre le manchaba la cara y las manos, pero siguió golpeando hasta que su rostro era una masa indefinida de músculos, huesos y sangre. Solo se sintió satisfecho cuando sus brazos, cansados, empezaron a resentirse. Fue como despertar feliz de un largo sueño, se sentía liberado.

Salió al salón y gritó por su mayordomo. Un hombre anciano, pero que seguía demostrando gran inteligencia. Era lo más parecido a una familia que le quedaba, lo miró y bajó el rostro avergonzado.

—Señor, nadie debe verlo así. —La voz del mayordomo sonó dura, por primera vez se atrevió a posar sus manos sobre su señor y fue para dirigirlo de nuevo al interior de su despacho. Cerró la puerta con llave y revisó la zona, asintió con suavidad, hacía mucho tiempo que esperaba aquel

desenlace—. Lo ha hecho.

—Lo he matado —susurró el duque con voz monótona.

—Ya lo veo. Ahora debemos limpiarlo todo y deshacernos del cuerpo. Nadie debe enterarse, ni siquiera las doncellas. Deberá ayudarme. —Miró a su señor con ojos críticos, pero él estaba demasiado lejos. Salió de allí unos minutos y regresó con un cubo con agua—. He pedido a todo el servicio que se retire, nadie nos molestará. Tienen la noche libre, usted lo ha ordenado —explicó mientras extendía una sábana de lino en el suelo. ¿De dónde la había sacado? El duque lo miraba sin mover un solo músculo.

—Soy libre, ella podrá ser feliz.

—No podrá. —El mayordomo sabía mucho más de lo que todos pensaban. A veces se olvidaban de que el servicio también tenía ojos y oídos. Aquel hombre arrugado había acompañado a su señor desde siempre y lo había recogido las pocas veces que se había emborrachado. Los borrachos tienden a contar muchas verdades.

—Estará bien, su madre sigue cuidando de ella incluso ahora. No tengo derecho de seguir interfiriendo. —Jadeó llevándose la mano al pecho y se dejó caer. Con la espalda apoyada contra la pared miró al mayordomo, que con una postura firme se plantó ante él.

—Siempre será su padre, aunque tenga miedo de descubrir la verdad. Ella lo necesita porque sabe que sigue en peligro, se lo debe. Esa chiquilla ha estado persiguiendo su amor toda la vida, es el momento de que se lo de todo sin reservas. —Algo que llevaba mucho tiempo queriendo decir. Nunca estuvieron a la misma altura, el duque jamás lo habría escuchado, pero fue aquella tragedia, aquel giro del destino el que le dio una oportunidad y dijo todo aquello que llevaba tanto tiempo pensando. La joven Kate se merecía que luchasen por ella, era una niña hermosa tanto por dentro como por fuera. El mayordomo se inclinó a modo de disculpa y volvió a centrar sus ojos en el cadáver.

—Quizás debería acudir. Me han mandado aviso, pero temo sus reproches, sus acusaciones. —Tembló como un niño. Ella seguía siendo la hija que había visto crecer, la misma a la que había espiado mientras tocaba el piano.

—Ha de ser valiente, señor. Todos hemos de serlo en algún momento. Ayúdeme con esto que tiene poco tiempo. Debería ponerse en camino cuanto antes.

## Capítulo 15



### 15 años antes

Había una iglesia, un lugar hermoso al final del pueblo. Era pequeña y oscura, pero siempre estaba llena de flores. Todos los aldeanos de la zona se reunían los domingos en su interior y la panadera cantaba las oraciones mientras los demás soñaban, cerrando los ojos.

Aquel día se convirtió en uno de los días especiales. Lady Cintia se vestía con esmero, se preparaba como si fuera a asistir a una de las mejores fiestas de la temporada y sonreía feliz. Su marido la miraba embelesado y su pequeña jugaba al fondo con su niñera. Aquel día era especial, por eso cuando pensó en un lugar seguro fue ese el que acudió a su cabeza. No tuvo dudas y supo el lugar perfecto.

Se acercó una noche y entró a hurtadillas. Tardó varias horas en lograr mover la roca y hacer sitio suficiente, pero una vez logró dejarlo todo como estaba supo que nadie lo descubriría. Aquel día se sintió como un pirata o una gran aventurera. Salió de allí silenciosamente y, al llegar a su casa, corrió hacia los brazos de su esposo. Lo quería, a su manera también confiaba en él. No le decía nada, pero era por protegerlo, por aquel sentimiento de agradecimiento que la embargaba cuando pensaba en aquel hombre de mirada tranquila. Le habría gustado poder corresponder al amor que él le profesaba, aunque nunca le echó nada en cara.

—Cariño, hoy he hecho una travesura —confesó ella excitada.

—Te ves hermosa —respondió él al ver sus cabellos rojos sueltos y sus mejillas sonrojadas. Se acercó y besó sus labios con ternura, ella respondió con la misma calma, apoyando las manos en los fuertes hombros del duque Hamilton—. ¿Vas a contármelo?

—Me veo más misteriosa si no lo hago. Creo que me gusta. —Se encogió de hombros y dejó caer el vestido a sus pies. La mirada de su esposo se nubló de deseo y supo que habían cambiado definitivamente de tema.

—Algún día me lo contarás todo. —Creyó oír que él susurraba algo, creyó entenderlo, pero pronto la besó con tal ímpetu que no pensó en eso.

Ella creía que él era despistado, sin embargo, el duque prefería cerrar los ojos. Cuando ella volvió no le preguntó dónde estaba su pulsera, esa que tenía un dibujo tan parecido al colgante, tanto, que daba la impresión de encajar en él para formar algo mayor. Dos partes de un todo, pensó de repente el hombre, aunque mantuvo silencio como siempre. Jamás volvió a verla, aunque ella nunca se había separado de ninguna de aquellas joyas. Esperaba que un día la joven duquesa pusiera el grito en el cielo al descubrir su ausencia, ese día jamás llegó.

## Capítulo 16



Era el momento, sentí que me vestía para la guerra, para mi enfrentamiento más directo. Sarah se había hecho un ovillo en su cama desde que le había comunicado que no podría acompañarme. Tuve miedo de acercarme de nuevo, caminé despacio y me detuve en el marco de la puerta que unía nuestras recámaras.

—¿Sigues enfadada? —pregunté suavemente. La luz se había extinguido en el exterior y solo la chimenea aportaba algo de claridad. Aspiré con fuerza, disfrutando de aquel calor y aquella sensación de hogar.

—Jamás me enfadaría con la señora —repuso Sarah, aunque de morros y con tono bastante arisco.

—Cierto, y siempre me obedecerás —añadí yo. No esperé una respuesta, con las manos en las caderas y expresión severa—. Ahora compórtate como una señorita y vístete. Tú también tendrás que ayudarme, aunque no sea a mi lado. —Sus ojos brillaron ilusionados—. Espero que tengas cuidado.

—Sé que no me cree, pero soy fuerte. —Me senté a su vera y aparté unos mechones de su rostro. Acaricié sus mejillas y ella se acercó a mí.

—Lo eres, pero yo no lo sería si me acompañaras. —Ella trató de alejarse, yo la retuve—. Apenas nos conocemos y quizás todo salga mal, no debería importarme que sufras. —Tembló y me sentí impotente—. No necesité más que mirarte para quererte. ¿Cómo podría perdonarme si sufrieras por mi culpa? No puedo arriesgarme, necesito saber que estás bien.

—¿Me quiere?

—Haría cualquier cosa por ti —reconocí. Ahuyenté de mi mente todo mal pensamiento, aquellos miedos irracionales, y suspiré cansada—. ¿Sabes cuánto tiempo hace que nadie me abraza de esta manera? Un beso en la mejilla sin más, una caricia en el hombro o contar con alguien pase lo que pase. Te preocupo, no porque tengas comida en la mesa sino porque también te importo. Sufrirás pensando en mí, pero yo estaré más segura si te quedas. ¿Lo entiendes?

—Señora, ellos son peligrosos. Usted misma me lo ha dicho, ¿por qué no puede dejarlo todo como está? Yo conozco a gente dispuesta a todo por dinero, ellos se encargarán.

—Podría hacerlo, pero necesito respuestas. Volveré y serás mi niña. Seré la perfecta solterona y tendré una familia.

—¿Solterona?

—He decidido que no voy a casarme. No me gustaría que un hombre volviera a decidir sobre mi vida. Por mucho que digan protegerme, nadie puede evitar el dolor, te golpea por muchas

trampas que le pongas. ¿Entonces por qué no lo enfrento y me arriesgo? —Mi cabeza era un lío.

—Yo también tengo miedo. —Y sonreí contra su pelo porque ella me conocía quizás mejor que yo misma, mientras mis manos temblaban y yo asentía nerviosa—. Estaré aquí cuando vuelva, siempre a su lado, señora.

—¿Y si no puedo afrontar lo que descubra? Quiero que mueran, venganza, pero temo descubrir la verdad, aunque tampoco podría vivir con la incógnita. ¿Qué debo hacer? —Ella se tomó mi pregunta con seriedad, pensé que no respondería. Se giró entre mis brazos, elevó su rostro y me miró. Sus ojos transmitían sabiduría y experiencia, demasiado para tan pocos años, sentí pena por ella.

—Lo hará, todos lo hacemos. Muchas veces creemos que vamos a rompernos, que después de lo ocurrido no quedará nada en el mundo para nosotros. —Se detuvo y me miró a los ojos. Se mordió el labio, dudando, para recomponerse y suspirar—. A veces los secretos son necesarios, pero también se trata de su pasado. Aún puede elegir, aunque usted no es de las que se esconde.

—¿Y cómo soy yo?

—Como yo. —Y ambas nos pusimos a reír, yo histéricamente, pero reíamos.

Un golpe fuerte en el piso inferior me puso en guardia. Salté de la cama y corrí sin saber qué esperarme. Diré que jamás pensé en esa posibilidad, me detuve en la mitad de las escaleras y lo miré.

Estaba igual que siempre, con un impecable traje de chaqueta y su sombrero negro. Su pelo, ya medio grisáceo era la única diferencia, pues se encontraba ligeramente despeinado y varios mechones caían sin control sobre su rostro. Era un hombre atractivo, jamás me había fijado en esos detalles. Busqué en él algún parecido conmigo, pero cuando nuestros ojos se cruzaron temí sus palabras, como si al descubrir el gran secreto él pudiera leer mi mente, averiguar la verdad.

—Hola, pa... —No pude decirlo. Lo miré y lo vi en sus ojos. Un miedo demasiado parecido al mío. Él dio dos pasos y se detuvo, yo asentí con tristeza—. Me ha encontrado. ¿Desea que vuelva? —No dije a casa, esa parte la retuve en mi mente.

—Kate... —Su voz estaba ronca, bajo sus ojos dos sombras oscuras evidenciaban que algo no iba como siempre. Supuse que se trataba de los desvelos que mi huida le había causado, la tos de Leonard me hizo desviar la mirada para hallarlo tirado en el suelo con la nariz sangrando.

—¿Qué ha ocurrido? —inquirí sorprendida. Leonard miraba al duque Hamilton deseando la revancha, yo bajé el resto de los escalones y me coloqué entre ambos, siendo consciente en todo momento que si de verdad deseaban destrozarse mutuamente yo poco podría hacer para evitarlo.

—Se lo debía —dijo sin más el duque Hamilton. Apretó la mandíbula y me tocó el brazo, una caricia que me hizo sentir extraña—. Debemos hablar. —Asentí y caminé hacia la biblioteca tratando de ganar tiempo, sabiendo que, si no lo sabía, era el momento de que lo descubriera, aunque en mi interior temía que conocer la gran verdad lo alejase para siempre de mí. Incluso en la frialdad de su trato era el único hogar que me quedaba, el único reducto de familia—. ¿Quiere sentarse?

—Lo sabes. —El duque Hamilton suspiró y se tocó la cabeza, aparentaba que mil demonios habían jugado con él y vi algo muy parecido a la locura tras sus pupilas—. Me odias.

—Yo jamás haría eso. Perdona, jamás debió haber cargado conmigo. —Bajé el rostro avergonzada, reteniendo las lágrimas. Me sentía tan poquita cosa a su lado, él siempre tan perfecto, tan justo, y yo siendo salpicada por errores, por decisiones que nunca había tomado—. Lamento haber...

—¡No digas tonterías! —Ante su alarido Leonard se colocó en dos zancadas a mi lado y lo miró furioso. Un pequeño reguero de sangre seguía cayendo de su nariz, pero no parecía

importarle. Sus brazos me envolvieron protectores, no debí haber aceptado ese contacto, el que durante años fue mi padre negó con la cabeza, ¿decepcionado? Vi dolor al verme en sus brazos, vergüenza. Empujé a Leonard y, cuando me soltó, puse distancia de ambos.

—Yo no... —Traté de excusarme.

—Ella también lo buscó. —Sentí el puñal clavándose profundo, desgarrando mi pecho, demasiado cerca de la verdad—. Era mi mujer, pero lo eligió a él y me la devolvieron con la cabeza abierta. ¡Tuve que ocultarlo, jugarle tu libertad por cubrir su muerte! —El labio inferior del duque tembló con fuerza, dos gotitas de saliva salieron disparadas y su rostro enrojeció con fuerza. Quise aplacarlo, conocía sus constantes dolores de pecho y sentí miedo, pavor ante la idea de perderlo. Tropezó y yo corrí a su lado, apoyé mis manos en su pecho y él se detuvo—. Quiero que seas feliz, aunque ya no tenga derecho a decir nada. Mi niña... —Una lágrima se deslizó por su mejilla. Aquel gran hombre, serio en todo momento y parco en palabras estaba llorando. Lo vi humano, real, cercano. Lo abracé y enterré el rostro en su pecho esperando el momento en el que me alejaría, suspiré cuando me envolvió con fuerza y me apretó contra él—. Hija. —Los lazos quizás no eran de sangre, pero sentí la necesidad del amor cuando me oprimió contra él, el miedo de perderme y sonreí. Quizás hasta entonces siempre temí que no me quisiera, no haber sido suficiente.

—Padre, lo lamento. No era mi intención hacerle daño.

—Ni la mía, hija. Debí contarte la verdad hace mucho tiempo, si no hubiera sido por ti... — Sentí su inmensa mano acariciándome el pelo, algo que no había hecho jamás. Me volví a sentir pequeña, tímida, él agarró mi mentón y lo alzó para que pudiera mirarlo—. Gracias.

Leonard se apoyó sobre la mesa y lo miré. A pesar de la sangre seguía siendo el hombre más atractivo que había visto nunca. En mi vientre las mismas emociones traicionándome, una y otra vez, su sonrisa esquiva me hizo temblar y miré su nariz preocupada. No me gustaba que sufriera, por mucho que mi cabeza repitiera que se lo merecía. ¿Qué tenía aquel hombre que impedía que lo alejara de mí? Sabía que debía hacerlo, pero lo mantenía a mi lado, deseando estar todavía más cerca.

—Él lo hizo. —Parecía una pregunta. Miré a mi padre sabiendo a qué se refería. Tantos años con las dudas, tantos años sin poder descansar.

—Sí. —Fui rotunda, de nada servía mentir. Leonard se encogió, yo quise consolarlo, pero no acudí—. La mató. —Añadí consciente de su mirada.

—Me la arrebató. —Había un sufrimiento profundo, una pena que sentí que jamás llegaría a curarse. La amaba, quizás ella a él no, pero para mi padre, porque eso era, ella había sido su mundo, sus sueños, su futuro.

—Ella se moría. —Mi padre negó como si no pudiera creérselo, aunque de pronto se detuvo, alguna idea traviesa había hecho aparición y sus hombros cayeron derrotados—. Ella lo decidió.

—Muy típico de tu madre. Jamás conocí a una mujer más valiente e independiente. —El duque Hamilton tomó aire y apretó de nuevo—. Excepto a ti. —Besó mi nuca con cariño.

—Debemos hablar de muchas cosas, pero tengo prisa. Padre, hoy terminará todo.

—Ahora que lo decís. Debería darte otra carta. La última que tengo yo, las otras dos dijo que las encontrarías tú misma. —Otro acertijo más a la inmensa lista, deseché el pensamiento cogiendo aquella carta con manos temblorosas. Mi padre miró el sobre y reconoció la letra al instante. Sus manos se estiraron, pero no se lo permití.

—Cintia... —susurró el duque Hamilton. Otra lágrima más. Aparté los ojos.

—Puedo leerla en alto —sugerí. Miré a Leonard, pero él no hizo amago por desaparecer, me senté y traté de fingir que estaba sola. Llegaríamos tarde, aunque eso pasó a un segundo plano.

Todo ocurriría si así estaba escrito, eso he creído siempre.

*Mi querida niña,*

*Me cuesta imaginarte como mujer, como madre, como abuela. Algo que no llegaré a ver, pero inevitable. Me muero.*

*Siento como el veneno que me han dado me rasga por dentro y el dolor se ha vuelto insoportable. Apenas puedo comer, incluso el agua parece estar compuesta por pequeños cristales que rasgan mi garganta, me quedo sin fuerzas.*

*Ya lo he dejado todo preparado, el mundo te pertenecerá si así lo deseas. Tú siempre has sido lo primero, pero he de pedirte que cuides de tu padre, al único que conoces.*

*Yo jamás pude amar al duque como él merecía y lo lamento con toda mi alma, pero no podía, no después de sentir lo que era conocer a mi alma gemela y perderla poco tiempo después. La primera vez que besé a Raúl el mundo se detuvo, todo lo que existía para mí se convirtió en aquel hombre de ojos vivaces y lengua mordaz. Él supo hechizarme de una manera inigualable, desproporcionada. Incluso ahora, que sé verlo como lo que era, un asesino, lo extraño cada día, porque en él, al igual que en todos nosotros, había mucho más. Una dualidad eterna, nadie es bueno o malo, sin embargo, si algo tengo claro es que Raúl me quiso por encima de todo lo demás. Quién había sido no tenía nada que ver con la persona en la que se convirtió al estar a mi lado. Quizás no puedas comprenderlo, solo una mujer que haya amado sabe lo que es querer a alguien tanto que puede justificar ciertos errores, aunque no perdonarlos.*

*Mi niña, después de aquel aciago día creí no ser capaz de amar. La muerte de mis padres, de él, me perseguían día y noche. Las pesadillas eran tan horribles que varias veces me planteé terminar con mi cruel existencia. Eras tú quién me mantenía con vida, pero fue Edmund quién me sostuvo. Él se convirtió en mi sombra, me hizo su mujer y me acompañó a cada segundo del día, creo que podía ver mi inestabilidad y, sin hacer comentarios al respecto, me apoyó a su manera. Nunca se lo he dicho, pero ahora estoy segura, a él también lo amo, sin embargo, él siempre mereció mucho más que ser el otro amor de una mujer.*

*Tres grandes amores, mucho más que la inmensa mayoría, y fui feliz. Cuidalo, aunque tengas que alejarte no lo dejes atrás. Quizás nunca lo diga, siempre le ha costado mucho expresar sus emociones, pero Edmund, tu único padre, te necesita pues no le queda nada más. Te ha querido siempre, incluso más que a mí misma.*

*Ahora que me voy no dejo de preocuparme por vosotros. Me digo que seguiré a vuestro lado, velando por vuestro bienestar, no consigo creérmelo. Tengo miedo, miro la pistola sobre la mesa y no dejo de pensar en la bala que atravesará mi cabeza. Estoy aterrada de que me veas en esas condiciones, de lo que la gente pueda pensar. Soy cobarde cariño, pues en parte prefiero morir ya por no seguir soportando esta penitencia. Hace una hora he empezado a toser sangre, duele mucho.*

*En mi cobardía solo hay una cosa que me consuela. Tú. Recuerdo nuestra canción, su letra, tu voz. Momentos cotidianos, conversaciones u olores, pero en todos ellos estas tú. Mi niña, lo que más he amado nunca.*

*Y permitió que su luz*

*Iluminara su camino*

*Pues si sigues la cruz*

*Lo encontrarás sin remedio*

*Y porque era princesa*

*Y no encontró su lugar*

*Muchos quisieron a la niña matar*

*Era hermosa, también de corazón*

*Y cuando todos creyeron vencer*

*Encontró su rincón*

*Un lugar de oro y gente de corazón*

*Un lugar en el que no la juzgarían sin razón.*

*Tengo miedo cariño, miedo de que sufras. Temo que no te atrevas a luchar y te doy un consejo que no te habría dado en vida.*

*Si algo te hace feliz, si durante un segundo te hace plenamente dichosa, lucha, mantenlo a tu lado, olvida la parte oscura pues solo en la luz podrás ser feliz.*

*Mi niña, el gran orgullo de mi vida. Cuida de tu padre, protege tu felicidad, no permitas que esta sociedad corrupta e hipócrita acabe con esa fuerza de la que tan orgullosa he estado siempre.*

*Te quiere,*

*Mamá.*



## Capítulo 17



Aquella noche entré del brazo de mi padre y acompañada por el conde de Pont-de-Vaux. Hubo muchos murmullos, varias grandes damas se acercaron a curiosar, yo me acerqué directa al marqués de Camden.

—Buenas noches, no creí que volvería a verla tan pronto —susurró el marqués mirándome de arriba abajo. Me veía hermosa, pero no era en mi generoso escote, ni en la minúscula cintura que me hacía el vestido, en donde se habían detenido sus ojos.

—¿Le gusta el colgante? Fue un regalo de mi madre. Siempre me ha parecido una creación extraña, no es muy valioso, pero ella siempre dijo que su precio era incalculable —comenté con desinterés.

—Es único, eso sin duda. ¿Me lo dejaría ver más de cerca? —El interés se reflejaba en cada deforme rasgo de su rostro. Podía ver los engranajes de su cerebro girando, la codicia salivando en el interior de su boca.

—Quizás más tarde. Ahora solo quiero divertirme, aún no he decidido quién será el afortunado. Reconozco que creí que recibiría muchas más ofertas —dije con fingido pesar. Miré la sala rostro por rostro, muchos de aquellos jóvenes no tenían pensado contraer matrimonio, todavía no, pero sí buscaban a alguna mujer recientemente casada con la que disfrutar a escondidas. Los que rozaban o habían superado la treintena estaban más a favor de los lazos de un enlace, aunque buscaban a las mujeres apocadas, esas que no levantaban los ojos de sus zapatos y decían a sí que todo. En mi mente se posó la idea de que estaban comprando un perro, alguien que los seguiría a todos lados con una sonrisa y cumpliría sus deseos en la alcoba. La gran mayoría de las veces ni siquiera eso era suficiente, pues buscarían caras amantes con las que cumplimentar las dosis de amor que recibían en casa.

—¿Puedo poner mi nombre el primero en su cartilla de baile? —asentí y le tendí la mano.

Cuando los violines comenzaron un nuevo tema me guió con más soltura que la vez anterior, parecía que había practicado o tal vez estaba más tranquilo. Yo traté de disfrutar unos segundos hasta que perdí el pie.

—Lo lamento —susurré. Poco después volví a dar otro penoso traspie apoyándome en el marqués—. Oh, lo lamento. No sé qué me ocurre —comenté llevándome la mano a la frente. De reojo podía ver a mi padre y a Leonard pendientes, pero mantenían sus posiciones—. Creo que me he mareado.

—¿Quiere tomar el aire?

—Quizás debería retirarme, pero no quiero molestar a mi padre. —Gemí apenada. Lo miré con

ojitos de cervatillo asustado y él sacó al caballero que todos dicen llevar en su interior.

—Yo podría acompañarla en mi carruaje.

—No, por favor. No me gustaría molestar. —Aunque tuve que reprimir mi sonrisa al ver que volvía a insistir. Me cogí de su brazo volviendo a “tropezar” apoyándome en él mucho más de lo necesario.

Al caminar hacia la puerta me fijé que la mandíbula de Leonard estaba apretada y me miraba con los ojos entornados, sonreí bajando el rostro y me detuve unos instantes, haciendo que necesitaba coger aliento.

—¿Quiere que llame a alguien? —inquirió el marqués de Camden.

—No hace falta. —Me estiré y lo seguí al exterior. Aproveché que no había nadie a la vista para empujarlo hacia una zona mucho más oscura—. Lo lamento, no comprendo qué me ocurre.

—Tranquila. —Su tono era de satisfacción, incluso demasiado ronco para tratarse solo de eso. El muy cerdo estaba teniendo pensamientos pecaminosos, antes le cortaba las manos que permitir que me pusiera los dedos encima.

Lo vi llegar y un aire helado atravesó la tela de mi vestido. Me quedé sin voz, incapaz para gritar. No creí llegar a tenerlo tan cerca, el pánico y la sensación de que todo saldría mal me atenazó.

—Sobrina, estás preciosa —soltó Tomie, mi tío, aquel hombre de pelo rojo y ojos carentes de vida—. Tenía otros planes, pero gracias a mi buen amigo no tendremos que perder el tiempo. ¿Me acompañas? —Yo seguí con los labios entreabiertos en silencio—. Creí que serías algo más inteligente. —Levantó su mano y la presencia de la pistola hizo saltar el corazón que habitaba en mi pecho. ¿Y si se disparaba?

Me alegré de elegirlo, Godwin tenía que ser el mejor. No sentí su presencia hasta que aquella pistola saltó lejos de las garras de mi tío y dos sombras más se unieron a la fiesta. Leonard golpeó la cabeza del marqués con saña, incluso después de que este cayera inconsciente. Apoyé mi mano en su hombro para tratar de hacerlo despertar de aquel trance furioso, me miró y se detuvo.

—¿Estás bien? —Había ansiedad, miedo, preocupación en su voz. Me miré el cuerpo aterida, lo miré sintiéndolo extraño, estaba despertando de una pesadilla. Al ver aquellos dos bultos ya no parecían tan terribles.

Los arrastraron hasta el carruaje y me acerqué al monstruo de mis pesadillas. Iba a hacerlo sufrir, mucho.

## Capítulo 18



Era pequeña, esquivada, rápida. Hacía menos de veinticuatro horas que había aprendido las nociones básicas para montar a caballo y ya se había atrevido a cabalgar durante horas. Sus ojos brillaban emocionados y sonreía bajo la luz de la luna.

—Shh. No hagas ruido. —La voz de Sarah quedó en un suave murmullo. Besó el cuello de aquel semental, al que había bautizado como Plateado, cuando sintió que las hojas se movían a su espalda. Sería su primer delito, o lo más cerca que estaría nunca de cometer uno. No estaba mal lo que hacía, al menos eso se repetía. Una rama crujió y Sarah cambió de rumbo. Se adentró en el bosque y volvió a galopar sin elegir los caminos, sin preocuparse por la ligera llovizna que empezaba a ganar intensidad.

—¿Una niña sola en medio de la oscuridad? —preguntó aquella mujer. Al fin se había atrevido a dar la cara, Sarah se hizo la sorprendida con gran habilidad. Habría sido una gran actriz, pero era mejor sobreviviendo.

—Perdone, me he perdido. ¿Podría indicarme cómo llegar hasta la posada más cercana?

—Pequeña, jamás llegarás a ningún lado. —Aquella mujer mostró sus cartas con placer. No iba a ocultar sus intenciones, saboreaba el momento y la cara de terror de Sarah, un terror que no hizo más que alimentar su ingenio y las piezas que formaban su cerebro, era el mejor aliciente—. ¿Me harás perseguirte?

—Milady, —La mujer estaba sorprendida de que Sarah se hubiera percatado, a pesar de ir envuelta en una raída capa negra, de que no era una muerta de hambre más. Azuzó el caballo para tratar de ponerse a la par de la niña—. no he hecho nada malo... —gimoteó Sarah bajando los ojos, pero haciendo que el caballo retrocediera ligeramente. Su montura estaba nerviosa, pero Sarah calculaba cada movimiento y se tensó.

—Si mi jefe supiera que te he dejado escapar lo pagaría en mis carnes. No es nada personal. —Su voz delataba su mentira, el placer estaba plasmado en cada nota, en cada sílaba y su sonrisa se ensanchó. Sarah pensó en la cara de un lobo, abriendo sus fauces y cerrando los dientes sobre su cuello, arrebatándole la vida. Jadeó tratando de alejar aquellos pensamientos. Nunca antes le había aterrorizado tanto morir, quizás porque ahora tenía un lugar al que volver, a una persona a la que le importaba que regresase. No iba a fallarle, a ella no.

—¿Qué quieren de mí? No soy nadie...

—Lady Kate te aprecia, yo misma lo he visto —agregó la mujer con asco—. Si tengo que destriparte delante de ella para que nos cuente todo lo que necesitamos saber... —Chasqueó la lengua—. Me encantaría que se hiciera de rogar, tal vez me permita rebanarte una oreja. Su madre

era de armas tomar, Tomie dice que una vez logró atraparla, pero la dejó escapar y ahora los demás pagamos por sus errores. Aunque ahora tenemos otra oportunidad y no vamos a fallar. En unas horas os tendremos a las dos y ella hablará, he visto cómo te mira. —Saberse vencedora provocó que su lengua se soltase, contó más de lo que debería, aunque poca importancia tenía cuando todo estaba saliendo como habían planeado.

—¿Lady Kate está bien? —preguntó Sarah sin voz.

—Durante unas horas al menos. Creo que Tomie no tiene pensado dejarla con vida. —Se tapó sus finos labios en señal de silencio—. Ninguna de las dos podemos decirle nada, tendré que amordazarte, pero soy de las buenas. Tengo un buen corazón y te prometo que cuando lady Kate nos lo cuente todo yo me encargaré de que vuestro final sea el más rápido y compasivo posible. —Sarah notaba el nerviosismo de su caballo, temía que se encabritara. La montura de aquella mujer trataba, una y otra vez, de ponerse a la par.

—¿Dónde?

—Puedes estar tranquila. Te llevaré con ella. —Y ahí tuvo que elegir. Sarah tuvo que sopesar las opciones y se vio incapaz de tomar un camino u otro. ¿Había tenido éxito el plan de su señora, y amiga, o por el contrario ahora estaba en manos de su tío? Cualquiera de las dos opciones tenía posibilidades de ser real, no podía hacerlo. Podía notar el diminuto cuchillo en su mano derecha. Lo suficientemente pequeño para parecer un juguete, sin embargo, su hoja era la más afilada del mundo. Solo necesitaba rozar la piel del cuello de aquella mujer para que no volviera a darle problemas, aunque si moría tampoco podría contarle nada.

—¿Si la acompaño sin dar problemas me promete que la dejarán marchar? Lady Kate debe vivir. —Aquella mujer de finos labios abrió la boca sorprendida. Se repuso con rapidez para, tras estirarse en su montura y mover la capa a un lado, asentir más relajada.

—Por supuesto. Yo siempre cumplo mi palabra. —Sarah nunca estuvo más segura de que alguien mentía que en aquel momento. Cualquiera lo habría visto. Dejó que la manga del vestido cubriera su mano, en la que envolvía el cuchillo, y se las ofreció para que las atase. No se bajó del caballo y aquella mujer cogió las riendas para empezar a guiarla. Sería un viaje mucho más lento, el filo se había clavado ligeramente en la muñeca de la niña y, aunque la herida era superficial, sabía que estaba sangrando.

Sarah se fijó en cada desvío y sobre todo le dio conversación.

—Ahora que lo pienso. ¿A dónde te dirigías? —Sarah se tensó ante la pregunta.

—Quería dar un paseo y se me hizo tarde.

—Ella jamás te deja sola. No, no lo hace. Mientes —concluyó la dama feliz consigo misma.

—Me escapé. Jamás había montado a caballo y deseaba tanto...

—No lo intentes, Tomie es el mejor obteniendo información. Tenías que verle, disfruta con cada trabajo. —Los ojos azules de aquella mujer se abrieron con fuerza, a punto estuvieron de salirse de sus cuencas, y miraron al fondo del camino—. Es un hombre decidido y muy peligroso. Sí, muy peligroso.

—¿Y no tiene miedo de que se vuelva en su contra?

—El jamás haría eso, me necesita —negó la mujer.

—¿Incluso cuando obtenga la información? Tanto tiempo buscando... creo que una vez lo consiga no te necesitará para nada. ¿Quién eres tú para él? —Sarah no vio llegar la bofetada, a punto estuvo de hacerla saltar de su montura.

—Él me ama. Se casará conmigo y seremos ricos.

—Yo también conocí a un hombre que dijo que me daría todo aquello que yo necesitara. Me prometió la luna y me decía que era lo único hermoso en su vida.

—Pero si eres una niña. —Sarah comprendió que por muy mala que fuera aquella mujer era bastante inocente. Suspiró cansada.

—Lo soy. Creía que por eso mismo podría engañarme, que no vería las señales, siempre son sutiles, pero todas las mujeres lo notan. ¿Hay señales en Tomie? —Hablaba con cierto toque maternal, muy precoz teniendo en cuenta la edad de Sarah. Se quedó callada al ver que su “secuestradora” estaba pensando en algo y supo que iba por buen camino. Tiempo, quedarían unas tres horas para volver a Londres y lo que tardasen en llegar a su guarida. Ciertamente Tomie no había elegido a la mujer más inteligente de la zona, tal vez porque de esta manera era mucho más sencilla de manejar.

—¡Cállate!

—Lo siento, señora. Estoy muy nerviosa y no puedo dejar de hablar —susurró Sarah dejando claro que ella tenía el poder. Sarah se limpió la sangre del labio en un movimiento rápido y volvió a agarrarse con fuerza a las crines y a la silla.

—No me obligues a cortarte la lengua —contestó mucho más suavemente—. Conmigo él es diferente. Tú no podrías comprenderlo, nunca has sido nadie. No sabes lo que es nacer con todos los privilegios y perderlo todo, él me ha protegido, ha cuidado de mí.

—¿Sin pedir nada a cambio? —Su “secuestradora” apuró el paso. Sarah sintió como el cuchillo volvía a cortar su carne, se aferró a la silla hasta que casi perdió la sensibilidad de la mano izquierda. Jadeó sintiendo el dolor atravesando su muñeca y ascendiendo con rapidez.

—¡Todos lo hacemos!

Y Sarah se abstuvo de contestar. Miró a su alrededor y suspiró. Rezó por lady Kate, pidió por ella, ofreciendo su propia vida a cambio. Unos días, eso había necesitado para quererla, es sorprendente lo poco que puede necesitar una persona que ha sido golpeada por la vida desde su nacimiento para amar sin reservas. Sarah temía, un temor que la ahogaba, sin embargo, era el rostro de aquella mujer tierna, sencilla, sincera y desinteresada el que veía al cerrar los ojos.

## Capítulo 19



Creía que todo saldría bien. Ver a aquel hombre, a mi tío, a la persona que más había llegado a odiar, atado a una silla quitó un gran peso de mi espalda. Durante unos minutos lo miré sin ver a nadie más, sin sentir la mano de Leonard en mi hombro o la presencia de mi padre a pocos metros. Miré a aquellos ojos, ahora abiertos y tan parecidos a los míos, y temblé.

—Buenas noches, querido tío. Me alegra que podamos conversar al fin, lamento las circunstancias, pero ha de comprender mi precaución —dije con determinación. No quería mostrar debilidad, la parte que temblaba, esa que lloraba y al mismo tiempo deseaba lanzarse sobre él, clavar las uñas en su piel para castigarlo, estaba escondida. Yo era lady Kate, una mujer que había sido entrenada durante toda su vida para no sentir, para no demostrar emociones. Yo era la dama perfecta—. Creo que usted, al igual que yo, odia los subterfugios. Hablemos con sinceridad, si le parece bien. —Aunque no podía contestar, su boca había sido amordazada. Había sido una auténtica delicia ver trabajar a Godwin, un hombre frío y profesional donde los hubiera. Entonces, si todo había salido a las mil maravillas, ¿por qué aquella extraña sensación no se desvanecía? Concentré mi vista en Tomie.

—Deberíamos empezar. Temo que puedan echar de menos al marqués de Camden en breves —susurró Leonard contra mi oreja. Di un pequeño salto al sentirlo tan cerca, lo miré y sonreí. Era atractivo, cariñoso, atento, perfecto. No podía mencionar nada de él que no me encantase, ni siquiera esas pequeñas cosas que podrían parecer defectos a los ojos de los demás me molestaban. Y a pesar de todo no podía ser mío, estábamos separados desde antes de encontrarnos, por mucho que cada fibra de mi cuerpo suplicase por sus caricias, incluso aunque tenerlo a mi lado me insuflara las fuerzas que no creía necesitar, incluso si alejarme significase penar de por vida. Yo nunca he sido realmente fuerte, en ocasiones simplemente me mantengo en pie dejando que el tiempo siga su curso, permitiendo que mi alrededor mute, anhelando que se den las circunstancias idóneas.

Me entregó una daga hermosa, su empuñadura formaba una flor con pequeñas piedras rojas y verdes, su hoja se curvaba y brillaba con intensidad. Me la tendió sabiendo que la necesitaría, que debería usarlas y, por más que en mi mente lo había planeado mil veces, me sentí temblar. Yo quería ser la persona que castigase a Tomie, que sus gritos de dolor me pertenecieran y calmasen en todo lo posible mi sufrimiento, sin embargo, al mirarlo a los ojos no vi a un gran monstruo sino a alguien consumido por el odio y la avaricia. Pena, era la última emoción que debería transmitirme, tomé aire y caminé hasta colocarme a escasos centímetros, alcé mi mano...

Quería que me mirase, lo esperaba. Ese miedo que todos deberíamos sentir, esa súplica

silenciosa que no tocaría mi pecho, que resbalaría por mi piel al recordar la muerte de mi madre, pero los ojos de mi tío estaban clavados en Godwin. Sentí pavor al ver la determinación que transmitía como, a pesar de estar amordazado y a punto de morir, respiraba con normalidad, estaba tan tranquilo...

—¡Corred! —grité de pronto. ¿Había dado yo la orden a mis labios? La certeza de que la muerte nos esperaba, de saber que habíamos sido traicionados llegó al mismo tiempo que Godwin se colocaba a mi espalda y apretaba un cuchillo contra mi garganta. Miré a mi padre, miré a Leonard, ellos nos observaban a nosotros.

—Suéltala o te mataré —siseó el marqués de Pont-de-Vaux. Sus ojos verdes brillaban amenazadores, de nuevo vino a mi mente un felino, sin embargo, un felino acorralado.

—¡Deja a mi hija! —exigió el conde, sin comprender qué había pasado.

—Lo lamento. Han pagado mejor y soy un hombre de negocios —respondió Godwin con frialdad. Sonrió contra mi oreja, pude sentir su aliento contra mi piel y experimenté más asco que en toda mi vida. Miré a Leonard y después a mi padre, no podría perdonarme jamás que los hirieran por mi culpa.

—¡Iros ahora mismo! —grité sin pensar en el filo que acababa de cortar superficialmente mi piel. No sentía dolor, solo la sangre corriendo con furia por mis venas, acelerando cada vez más el ritmo hasta enloquecerme. Solo los veía a ellos, solo pensaba en ellos.

—Hija... —Y supe su respuesta. No tuve tiempo de pensar.

—Kate, no puedo hacerlo —añadió Leonard.

—¿Por qué? Me haréis más daño si os quedáis. No muráis por mí, por favor... —supliqué. La risa de Godwin fue molesta, quizás porque sabía que mis palabras no los harían desistir. Moriríamos todos aquella noche, olvidados por el mundo, por algo que había ocurrido hacía demasiado tiempo y riquezas que nadie sabía si existían realmente.

—Kate, te prometo que no te harán daño. No permitiré que nadie te toque. —Sus ojos seguían fijos en el cuchillo, yo lo miré a él. Sentí los labios resecaos, supe que quizás era el último momento en el que podía decírsele, no podía morir llevándome aquel secreto conmigo.

—Te amo, Leonard. Te amo. —Pensé en mi madre, ella lo comprendería. Él era un chiquillo enamorado en aquel entonces, pero ahora era un hombre y de los buenos. Habría sido feliz a su lado, podía percibirlo tan claramente que me sentí estúpida—. Quizás en otra vida —concluí sabiendo que sería una larga noche, pues yo no iba a contarles nada. No les daría aquello que tanto ansiaban y todo terminaría conmigo. Ellos estaban condenados, no era tan estúpida para creer que mis palabras podrían cambiar el futuro de los dos hombres que quería—. Padre, perdóneme.

—Hija. Lo siento, debí protegerte mejor.

—Usted lo hizo bien. Estoy orgullosa de que me haya elegido como hija suya, quizás la sangre no nos una, pero siempre será mi padre. —Y así sentí que todos mis asuntos en la tierra estaban finalizados. Sonreí radiante y miré a Tomie, que comenzaba a revolverse.

Con la mano izquierda Godwin cortó las ligaduras de Tomie. Mi tío se desperezó deleitándose en nuestros rostros, después caminó hasta mi padre y le propinó un puñetazo con fuerza, lanzándolo contra la pared.

—Me alegro volver a verte. Creo que te debo más de uno —soltó Tomie acariciándose el nudillo e inclinándose sobre el cuerpo de mi padre—. Voy a disfrutar haciéndola sufrir. Te prometo que vas a ser testigo de todo.

El rostro del duque Hamilton estaba lleno de sangre, su cara perdió el color con rapidez. Yo sentí su dolor como propio y quise acudir a él. Sin previo aviso golpeé con la cabeza hacia atrás,

con fuerza, sentí el chasquido. Godwin me soltó y salté sobre Tomie.

Agarré sus hombros y lo empujé. Leonard se movió con rapidez. Cuando yo trataba de alcanzar el rostro de Tomie, Leonard ya me lo había arrebatado y lo golpeaba con fuerza.

Godwin se repuso, sin preocuparse por la sangre que caía con fuerza de su nariz y manchaba su pechera. Mientras Leonard mantenía a Tomie a raya, Godwin se acercó como una serpiente, yo estaba demasiado preocupada atendiendo a mi padre, que al fin conseguía ponerse en pie.

Vi a Godwin moverse por el rabillo del ojo, quise girar, él era más rápido. Sonrió, su brazo apretó con fuerza mi garganta, quise respirar.

—¡Quieto o le parto el cuello ahora mismo! —exigió Godwin, su voz resonó en las paredes. Yo me quedaba sin fuerzas, todo ocurría demasiado rápido y yo no tenía fuerzas para seguir luchando. Todo llegaba hasta mí envuelto en una neblina confusa, demasiado difuminado y vívido a la vez.

Leonard me miró y bajó los brazos derrotado, suplicando con la mirada trató de acercarse. Caminó tratando de alcanzarme, estiró las manos, lo sentí llamarme, yo también quería acudir a sus brazos, dejar que me envolviera y descansar. No lo conseguí, lo intenté, lo juro, pero todo se volvió negro.

—¡Kate! —me llamaba entonces, ¿por qué mis piernas no respondían? Me dolía la garganta... No tenía aire...



## Capítulo 20



Salieron de Londres y atravesaron un precioso bosque. Incluso en medio de la oscuridad Sarah disfrutó de aquel sendero serpenteante, del sonido del pequeño riachuelo que atravesaron. Las estrellas comenzaban a apagarse, la luz del sol aparecía, tímida al principio, en el horizonte, alejando las sombras de su mente y llenando el pecho de Sarah con esperanza. Si el mundo era capaz de crear algo tan hermoso, de ganar día tras día, ella también lo haría.

—Me duele mucho —se quejó Sarah gimiendo con fuerza. Estaba agotada, sentía los músculos agarrotados y el sueño estaba a punto de vencerla. Era el momento de actuar, no había un después. La sangre que llevaba perdiendo durante horas había mermado sus fuerzas, iba a jugárselo todo—. ¿Tardaremos en llegar? —inquirió tímidamente.

—Diez minutos a lo sumo. ¿Ves esa colina? Ya no queda mucho —respondió su secuestradora ilusionada. Había estado molesta la mayor parte del viaje, no le gustaba cabalgar. El final estaba cerca, ya podía saborearlo. Tan ilusionada estaba que no miró a la niña que frenaba su avance y, en el último segundo, se dejaba caer.

Y el suelo la golpeó con dureza, sus huesos se resintieron, seguía apretando en su mano aquel diminuto cuchillo, la cuerda había quedado tirada kilómetros atrás. Sarah no dijo nada, cerró los ojos y trató de recuperar el aliento, trató de que sus ojos permanecieran cerrados, no miró cuando aquella mujer agarró su pelo y levantó su cabeza, para dejarla caer poco después. Otro golpe más, imperceptible en aquella amalgama de dolores que crearían un cuadro de oscuras tonalidades en su piel, aunque no todavía. Tardaría unos días más y no sabía si tenía tanto tiempo.

La mujer movió con el pie el cuerpo de aquella pequeña, deseando que siguiera con vida. De nada le servía el “inmenso” esfuerzo que había hecho al secuestrarla si llevaba consigo un cadáver. Se sentó a su lado y, con una delicadeza inusitada en ella, le quitó los mechones de pelo ensangrentados del rostro y trató de encontrar el pulso en Sarah. Incluso contuvo el aliento, estaba concentrada en ese vaivén, aunque fuera ligero. En su retorcida mente se abría paso a dentelladas un pensamiento, ¿qué ocurriría cuando Tomie descubriera el estado de la pequeña?

—Me matará —susurró con miedo. Aquella sensación se extendió, haciendo que sus manos agarraran el cuerpo de la pequeña y lo colocase sobre sus piernas. Golpeó sus mejillas con suavidad, no ocurría nada.

Sarah había hecho muchas cosas en su vida, actos sucios que prefería olvidar, todo por sobrevivir. Se mantenía en pie sin comprender por qué, una pregunta que acudía a su mente cada vez que luchaba con esa idea perezosa, que veía la muerte como el descanso final, un lugar en el que nadie podría alcanzarla o dañarla. Ahora se veía incapaz de levantar la mano y rebanar el

cuello de aquella loca que gemía y la acunaba. Podía sentir los brazos escuálidos de aquella mujer envolviéndola, su voz entrecortada y con un tinte enfermizo le recordaba las historias que otros muchachos contaban de brujas.

Seguramente había hecho cosas horribles, no lo hacía por ella sino por lady Kate, pero daba igual el argumento que la mente de Sarah usase. Ella misma era una seguidora fiel, ella misma anteponía a otro para sobrevivir, ¿quién convertía sus actos en actos más nobles?

—Tomie no me lo perdonará. No, no lo hará. Me... —Aquella pobre mujer, se había perdido en sus pensamientos. Su mano derecha había quedado crispada sobre su pecho y respiraba aceleradamente—. Cortará y me dejará para que me devoren sus perros. Lo hará. Me dijo que si volvía a fallar lo haría. —Sollozó y Sarah lo supo. Daba igual lo que Tomie le hiciera, lo podía ver en el tono de su voz. Aquel hombre había creado un miedo en ella, tal pánico, que jamás le negaría nada. Ella amaba a un hombre que posiblemente la torturaba, se había convencido de que a su lado sería feliz, que, si él conseguía todo aquello que había anhelado, si ella le facilitaba las cosas, todo mejoraría. Una idea que le permitía dormir, sonreír, fingir ante los demás ser una persona fuerte y sanguinaria.

Le hago un favor, se dijo Sarah. Se movió rápido y clavó aquel pequeño cuchillo, diminuto, podría parecer de juguete, pero se lo clavó en el cuello tres veces antes de saltar lejos. Al abrir los ojos, al mirarla, sintió pena y vergüenza.

Sarah sentía las manos húmedas, sabía que era sangre, evitó reparar en ella, las frotó con fuerza en su vestido, ahora hecho un desastre, y se levantó. La mano le latía, tenía una pequeña herida. Rasgó el vestido sin pensar en lo hermoso que había sido, le habría gustado conservarlo siempre, lo rasgó y se vendó apretando con fuerza.

Lo vio todo. El momento exacto en el que, como un soplo de aire, su último aliento desaparecía y aquella mujer moría. Estaba convencida de que la había visto sonreír, en aquel último suspiro la mujer que ahora estaba a su lado se había transformado, sus ojos se habían iluminado y una gran sonrisa la dotó de dulzura.

—Te han convertido en un animal. Se aprovechan de nuestras necesidades y nos destrozan, poco a poco, casi sin que nos demos cuenta de en qué nos están convirtiendo. —Palabras sabias dichas por una niña que no sabía lo que eran las matemáticas ni sabía escribir su nombre. Había aprendido entre golpes, robos, palizas y otro tipo de insinuaciones—. Yo tuve más suerte. —Aunque en el fondo ella creía que era una fortaleza innata, una energía mágica que la guiaba, que a pesar de lo malo que pudiera ser el camino siempre la hacía tomar el rumbo menos doloroso lo que la distinguía del resto—. Lo siento. No te deseaba mal alguno, pero Kate no se merece sufrir. Ella no tiene por qué ver cómo es la vida.

Podría ser la niña, la inútil, la que permanecía invisible para todos, pero su señora la había visto, aquella mujer de ojos negros y sonrisa afable no sufriría si ella podía evitarlo.

Agradeció internamente que su caballo no se hubiera alejado un par de pasos. Iba encorvada, tambaleante, necesitó tres intentos para subirse y apoyó el peso de su cuerpo en aquel inmenso animal, tras pedirle que continuara su camino.

—Tengo sueño. —Y se le abrió la boca—. Quizás si la salvo, tal vez me ayude a descansar para siempre. —Sonrió al darse cuenta de que Kate, su Kate, aquella mujer que daba abrazos calientes, jamás haría tal cosa—. No puedo dejarla sola, ¿tú lo entiendes, plateado? —Besó al inmenso caballo, agradecida con cada pedazo de luz, quizás no todo tenía que ser tan malo como parecía. Quizás, si se concentraba, podría hacer que aquello jamás había ocurrido—. Perdóname, Dios.

Lo que la pequeña no sabía era que aquel cuerpo que se enfriaría en pocas horas era el de lady

Carolinne. Esa mujer que, muchos que la hubieran conocido diez años antes, la habrían descrito como perspicaz, inteligente, segura de sí misma e independiente.

Todo comenzó despacio, se veían de vez en cuando y en la cama Tomie demostró ser uno de los mejores. Lady Carolinne apreciaba sus visitas, llegando incluso a desearlas, hasta que se convirtió en lo mejor del día. Si alguien le hubiera preguntado cuándo había recibido el primer insulto o el primer golpe por parte de Tomie no habría podido dar una respuesta, ¿por qué había decidido una persona tan fuerte dejarlo correr y justificarlo? ¿Por qué nunca le puso el freno?

Poco a poco, a lo largo de los años, lady Carolinne fue cambiando hasta que ya no se reconocía a sí misma. Dejó de importar lo que ella quería, pensaba, deseaba. Él le prometió lo que ella deseaba, dinero, estatus, amor. Ella se aferró a que al final lo conseguiría hasta que se encontró con que solo podía contar con aquel hombre que la golpeaba e insultaba. ¿Era ella cruel o solo el reflejo de lo que durante diez años tuvo que soportar?

## Capítulo 21



Ahora había tres tronos. Nosotros, atados, mirábamos en silencio a Tomie y Godwin. El marqués de Camden se había largado, compromisos, alegó él. Cobardía, pensé yo, aunque a ninguno de ellos les molestó la retirada.

Si estaba convencida de algo era de que si lograba sobrevivir no sería piadosa. Me arrepentía de mi forma de ser, viendo en mi empatía una debilidad que debía ser subsanada. Nada podía hacer ahora, el dolor de cabeza se había vuelto insoportable.

Otro puñetazo y otro más. Leonard los recibía en silencio, apretaba los dientes y escupía la sangre. Yo lloraba por dentro, gimiendo instantes antes de que el puño de Tomie se estrellara contra su hermoso rostro.

—Déjalo ya... Por favor —supliqué viendo el ojo derecho de Leonard hincharse. Su nariz estaba rota y la sangre me impedía ver mucho más. Varias veces el conde de Pont-de-Vaux había estado a punto de ahogarse con aquel fluido carmesí, eso no había detenido a mi tío.

—¿Vas a hablar?

—No me has hecho ninguna pregunta.

—Cierto, pero antes quería divertirme. Querida sobrinita, tan hermosa como lo fue mi hermana. —Se acercó y me cogió un mechón de pelo para llevárselo a la nariz—. Te sorprenderías al descubrir el tipo de mujeres que he tenido que follarme para encontrarte, pero son las que consiguen información que no puede comprarse. Pocas tan bonitas como tú. —Su boca se acercó y besó mi frente, sentí su toque húmedo y me revolví asqueada. Él sonrió y se cuadró ante mí—. Voy a disfrutarlo mucho. Pagarás todas las que me hizo la zorra de tu madre. —Agarró de nuevo mi pelo, pero esta vez fue para tirar con fuerza de él y obligarme a echar la cabeza atrás. Su boca volvió sobre mí, esta vez tomó mis labios, la arcada no se hizo de rogar y él se alejó satisfecho. Su lengua había sido la sensación más desagradable que había experimentado nunca. Me recordó a una babosa resbaladiza, fría, sin vida. Escupí a sus pies y giré el rostro en un intento de alejarme.

—Estás enfermo.

—Te sorprenderías de lo mucho que os parecéis —contestó Tomie sin más.

—Déjala. —Al menos eso creo que trató de decir Leonard. Las lágrimas se acumularon en mis ojos, queriendo acudir a su lado y sabiéndolo imposible. Mi padre tiró de nuevo de las cuerdas, que ya se habían clavado con fuerza en su piel, hiriéndolo, haciéndolo sangrar.

—Dejadlo, solo intenta conseguir lo que como hombre ninguna mujer le ofrecería. —Y mi insulto debió dar en algún lugar sensible, me golpeó con fuerza y sentí de nuevo la sangre en mi

boca.

—Tienes una lengua muy larga —replicó Tomie. Su ceja derecha se elevó unos segundos y agarró mi mandíbula, apretándola con fuerza—. Quizás podría cortártela o arrancarte los dientes para evitar que puedas morder... —Contuve el aliento ante lo que aquella amenaza implicaba, ante el asco que provocaba en mi cuerpo—. ¿Dónde tienes la otra piedra? —inquirió alzando mi medallón y dejándolo girar ante mis ojos. Nunca me había planteado su procedencia, tampoco me lo había quitado desde que mi madre me lo regaló. Lo miré extrañándolo, sintiéndome desnuda al no llevarlo colgado de mi cuello.

—No lo sé. Solo tengo ese y es más un recuerdo de mi madre. No vale nada.

—Zorra estúpida, vale montones de oro y te arrancaré la información antes o después. Tu madre ya me engañó una vez.

—No sé de qué me hablas.

—Cierto, no la conoces, no como lo hago yo. Era una engreída, se creía mejor que yo. Con lo sencillo que habría sido que me los diera... pero ella decía que te pertenecían por derecho, que merecías tener un seguro por si la vida no era como esperabas. ¿Acaso no eres una mujer? ¿Qué clase de vida se supone que mereces? Tu única tarea era abrirte de piernas para el hombre que tu padre eligiera y no hace falta mucho para eso, ¿verdad? —Sus manos apretaron mis pechos con fuerza—. Voy a divertirme mucho contigo.

—Eres...

—¿Qué? —En su mano apareció un cuchillo y lo pasó por mi escote para descender hasta llegar a mi vientre. Se rio con ganas de mi cara de anhelo, no iba a darme el consuelo de morir. Jugaba conmigo y para él era lo más gratificante del mundo, un gato que guía a su iluso ratoncito hasta su guarida, debí matarle.

—Yo te diré lo que tanto quieres saber si la sueltas... —Mi padre alzó el rostro orgulloso. Lo dijo tan convencido que llegué a creerme que tenía esa información, al menos por un momento, pues enseguida recordé las cartas. Yo sí sabía dónde estaba aquella pieza, lo había sabido siempre, aunque no fuera consciente. Allí estaba el gran tesoro.

—¿Tú? Tú eres un ingenuo estúpido que la amaba tanto para no ver la verdad. Cintia se rio de ti mientras disfrutaba de los favores de todo aquel que lo desease.

—¡Mientes!

—¿Acaso sabías que cuando Kate era una niña logré llegar hasta Cintia? Mi hermana me quería y confió en mí, me invitó a su propio hogar, preocupada por mi salud y dispuesta a darme dinero para ayudarme. Era estúpida. —Y se rio con ganas, se mofó de la bondad que ella había mostrado sin un ápice de remordimientos, dudaba que supiera lo que era tal cosa—. ¡Teníais que haber visto su cara! No pude evitar golpearla un par de veces, acabó con una fea herida en la frente, pero era orgullosa y luchó como una fiera. Ni siquiera pude hacerle dos preguntas seguidas antes de que me apuntase con un arma. Logré escapar por los pelos. —gruñó, molesto.

—La caída del caballo. —Las piezas habían encajado en la mente de mi padre y supe que Tomie decía la verdad—. Dijo que se había encabritado y que se había golpeado con una piedra al caer.

—Y tú la creíste. Era la mejor de las actrices, siempre tuvo a nuestros padres embelesados, creyendo que tenían a la hija perfecta cuando no era más que una puta que se encamaba con cualquiera, ¿verdad Kate? ¿No tienes curiosidad por saber de tu padre? El de verdad, quiero decir. —añadió Tomie. Sus ojos verdes estaban fijos en los míos, podía ver una oscuridad peligrosa, el límite de la realidad y la fantasía se había desdibujado peligrosamente para él.

—Solo quería protegernos, nos amaba e hizo lo que fue necesario para que estuviéramos a

salvo —susurré mirando a mi padre—. Solo trata de hacernos daño, no se lo permitas. Ella no era así, no olvides la verdad. —Edmund asintió lentamente, sin llegar a creerme del todo. Había soportado mucho, su amor no correspondido había sido estirado demasiado y estaba a punto de romperse.

—¿Os amaba? —Tomie se tocó la cabeza, con el índice dio tres golpecitos en su frente y volvió al ataque. Tenía una lengua llena de ponzoña y usaba sus palabras como certeros puñales—. Solo lo amó a él, a tu verdadero padre. Tú eras su recuerdo y el aquí presente duque Hamilton una cartera llena de dinero que podía darle la vida a la que estaba acostumbrada. No os equivoquéis, ella le permitió que asesinase a tus abuelos, que acabase con toda la familia que siempre había conocido. Aquel hombre logró nublarle los sentidos y yo lo perdí todo por su culpa—. Una mentira grotesca, pero solo él conocía la verdad. Todo había estado perdido mucho antes y solo la muerte de su padre podía solventarlo. Deudas que se amontonaban y solo su herencia podía cubrir las, él era el que más había deseado ese triste final y el que lo había propiciado.

—Eso no es cierto —negué sin argumentos.

—Raúl los mató a todos, les rajó el cuello y ella lo vio sin mover ni un solo músculo. ¿Cómo podrías amar a alguien así cuando nuestros padres siempre le dieron todo lo que les había pedido? Amor... Si crees que yo soy horrible es porque no la recuerdas como era, os tenía engañados a todos. —Su voz destilaba un odio profundo, una obsesión enfermiza que no había hecho más que crecer a lo largo de los años. Lejos de dejar atrás el fantasma de Cintia, lo había ido alimentando.

—No te creo. —Y es que sería demasiado sencillo hacerlo—. Ella no está con nosotros para poder defenderse y es gracias a ti. ¿De verdad pensabas que la palabra de un asesino tendría peso?

—No me importa. —Se encogió de hombros—. Godwin, golpéala un poquito que creo que sigue siendo bastante reacia a cooperar. Caballeros, —Dio dos sonoras palmadas. Leonard apretó los dientes con fuerza, cuando la mano de Godwin se levantó Leonard luchó, rugió como un león tratando de acercarse a mí. Nuestros ojos se conectaron—. espero que disfruten del espectáculo. —Y miré aquellos ojos con los que tantas veces había soñado, recordé su boca tal y como había sido, aquellos besos que conseguían encender mi piel y el deseo que prendía entre ambos con unas caricias. Recordé lo bueno que había compartido con Leonard, aquellas emociones tan intensas me reconfortaron mientras el golpe en mi mejilla me había cerrado los ojos, para abrirlos a continuación algo confusa. Dos, tres, cuatro... Tomie lo detuvo satisfecho. Mi cabeza me era ajena, lo miraba todo como si me encontrase muy lejos de allí.

—Aguanta. Eres la mujer más fuerte que conozco, no podrán contigo. —La voz de Leonard era ronca, casi animal. Un gruñido fiero que asustaba más que reconfortar. En tan poco tiempo había llegado a conocerlo lo suficiente para saber que mentía. Le agradecí el engaño con un asentimiento leve, me dolía todo el cuerpo demasiado para hacer movimientos innecesarios.

—¿Estáis bien? —Y un ataque de tos me pilló desprevenida. No podía controlarlo, mi cuerpo se estremeció involuntariamente y las lágrimas se amontonaron en mis ojos.

## Capítulo 22



Si lo pensaba se arrepentiría. Si cavilaba lo suficiente en su plan vería que hacía aguas por todos lados, a duras penas había sido capaz de acabar con aquella mujer para deshacerse ella sola de dos hombres adultos y fuertes. Sin embargo, el tiempo se agotaba con rapidez, había oteado por la ventana, escondida entre las sombras, y Kate había sido golpeada brutalmente.

Sarah había podido oír retazos de la conversación y lo reconoció, mentirse a sí misma no tenía sentido, aquel hombre pelirrojo le provocaba miedo. Se sentó a un lado de la casa, escondida, agazapada esperando el momento. En la última hora el cansancio pugnaba por llevársela, cerrar los ojos un minuto podría lanzarla de lleno a los brazos de Morfeo durante horas o incluso hacia las puertas de la muerte. Se tocó la mano y suspiró, ella nunca había sido la damisela que lloraba por las esquinas y no era el momento para decaer.

—¡Dímelo! —Aquella exigencia de nuevo y con cada negativa sus castigos aumentaban, los golpes eran más fuertes y Kate cerraba los ojos durante más tiempo. Sarah temió que a aquel hombre se le fuera la mano y se odió sin ver otra solución.

—¡Déjala! —Era el señor. La voz del conde de Pont-de-Vaux llegó hasta la niña. La frustración, el miedo, la preocupación. Tenía que salvarlos, eran personas nobles.

Godwin salió rumbo a los árboles. Sarah escuchó la puerta y se ocultó lo mejor que pudo. Lo observó conteniendo el aliento, levantándose y caminando despacio, mirando por dónde pisaba y deteniéndose cada vez que sus pisadas hacían ruido, por leve que fuera.

El hombre había sacado su pene al exterior, flácido, mucho más pequeño de lo que aparentaba dado su estatura. Pensamiento que provocó una sonrisa en el rostro de Sarah, había visto muchas cosas en el puerto para poder comparar. Pobrecito.

Godwin se paró al lado de un árbol y supo que con él no podía dudar o sería ella la que acabaría sangrando, suplicando. Apretó el cuchillito y esperó a que comenzase a orinar. Aquel líquido desprendía un vaho que le revolvió las tripas, aprovechó para saltar. No llegaba a su cuello, pero cortó allí donde pudo. Con rapidez, tripa, brazos, piernas, pinchó y pinchó mientras él gruñía y el chorro se descontrolaba.

Godwin no sabía de dónde venía el ataque. Era pequeña, se escurría entre sus brazos y los cortes empezaban a hacerle mella. Al final sus piernas cedieron y ella accedió a su cuello, ahora estaba condenado. Lo supo, al ver sus ojos la recordó, era la niña de Kate, la niña de las flores, la vagabunda que no había merecido la pena investigar. La miró furioso, sintiendo rabia al pensar que había terminado muriendo a manos de una huérfana harapienta.

—Lo lamento —dijo ella con evidente pesar y culpa.

—Mi muerte te perseguirá toda la eternidad. No descansaré feliz mientras vivas. —Quiso amenazarla con la poca vida que todavía conservaba aquel inmenso cuerpo.

—Ella confiaba en ti —recriminó Sarah con disgusto y pena. Al final no era tan extraño, el dinero era lo único que le importaba a aquellos hombres. No tenían honor ni palabra, algo fundamental en aquellos tiempos.

—Acabarás muerta y yo estaré ahí, esperándote. —Pero él llegaría antes y si debía enfrentarme a fantasmas del pasado estaría preparada.

Lo arrastró unos metros, escondiéndolo tras un arbusto, pocos segundos después de que Godwin, con los ojos abiertos, se rindiera a lo inevitable. Volvió a la ventana con una sensación extraña, los rostros de sus dos víctimas se mezclaban, sus palabras, sus muertes. Si cerraba los párpados podía revivirlo, no era el momento.

—Aguanta unas horas. No puedo ayudarte todavía —susurró Sarah contra el cristal de la ventana, al otro lado seguía aquel interrogatorio sin fin, nadie parecía querer claudicar. Sarah desistió de su plan mucho antes de intentarlo. No le quedaban fuerzas, su mano derecha temblaba demasiado y se dejó caer sobre el suelo, arrastrando con ella la preocupación que sentía.

—Yo vi a tu madre cuando Raúl rajó a nuestros padres. ¿Sabes lo que más le dolió? —preguntó Tomie. Abrió los brazos, imitando a los mozos del circo, preparado para dar el golpe final, ese gran golpe de efecto que duplicaría el daño. No solo los hería físicamente, quería que Kate sufriera lo máximo posible—. Lo que más le dolió fue ver a Raúl. Se quedó allí parada, mirándolo, sin ser capaz de reaccionar. Una estatua viviente mientras las dos personas que más la habían querido nunca la necesitaban, no movió ni un dedo. ¿Esa es la madre y la mujer que tanto queríais? Jamás lograré entenderos, al final os hice un favor al adelantar su muerte. —Tan simple en un cerebro tan retorcido.

—Ella nos amaba —repitió por décima vez Kate, cada vez menos convencida. Lo decía sin fuerzas, con los ojos cerrados y respiración superficial. Su cabeza caía laxa hacia delante y movía los labios con dificultad.

—Y por eso no se habría ido dejándote sin nada —argumentó sabiamente Tomie. Allí era a dónde quería llegar.

—No sé lo que buscas.

—Pero sabes dónde se esconde.

—¡Ella no me dijo nada! —Lady Kate jugó con las palabras, una verdad a medias. Aquel ataque de ira, aquella muestra de energía fue pasajera.

—Visto que los argumentos razonables no funcionan creo que cambiaré de método. ¿A cuál de los dos elijo? ¿Tu padre o el hombre que se mete entre tus piernas? ¿Folla bien? Las de nuestra sangre siempre han preferido una buena polla al amor de un padre. ¿Te ocurre lo mismo? —Se detuvo en medio de los dos hombres que había maniatados. Leonard lo miraba con un odio indescriptible, prometiendo venganza si surgía la oportunidad. El conde de Hamilton, por el contrario, estaba alicaído, lo había dado todo por perdido y prefería rezar a Dios porque se fueran pronto. Se negaba a mirar a su hija, verla en aquel estado lo torturaba mucho más que nada de lo que aquella bestia inhumana tratase de hacerle.

Era un juego de voluntades, un tira y afloja. El problema era que pocas veces, cuando una persona no cedía con rapidez al dolor, lo hacía nunca. Lady Kate se mostraba impasible, se había distanciado de los golpes, llevando su mente a un lugar mucho más agradable, concentrándose en lo bueno. Era lo que le quedaba, recuerdos que ahora atesoraba con auténtico fervor.

—Mi madre jamás te nombró porque no eres nadie. En el fondo jamás debiste haber nacido, un error de la naturaleza, alguien incompleto que no sabe lo que es ser querido. Miras las vidas de



los demás con envidia pues sabes que jamás podrás sentir lo mismo, fingir tal vez, pero es imposible que alguien como tú sea capaz de querer y ser querido. Me das pena. —Lady Kate jadeó al terminar, sintiendo que sus pulmones agotaban el oxígeno. Quiso llevarse la mano al pecho, involuntariamente, pero recordó que era imposible y sintió las cuerdas reteniéndola.

—Ya veo. —Sonrió y con rapidez clavó el cuchillo en la pierna de Leonard. El aullido no se hizo esperar, jadeó y resopló para tratar de acostumbrarse—. ¿Tienes algo más que añadir? —inquirió burlón al ver la cara de terror de la joven. Kate se sintió culpable, preocupada. ¿Acaso no podía seguir centrándose en ella?

—Déjalo. Él no sabe nada.

—Kate, no te preocupes. Estamos juntos, lo soportaré. Prefiero que se entretenga conmigo. —dijo Leonard con rapidez tratando de tranquilizarla.

Afuera, Sarah asintió decidida. Era el momento, las horas habían transcurrido con rapidez, ni siquiera se había detenido a comer, solo un par de vasos de agua. Ahora que la oscuridad estaba cercana Sarah revisó los muebles, la distancia a la puerta, las posiciones de las sillas y a él. Era imposible que lo consiguiera... aunque había logrado cosas mucho más difíciles.

—No les hagas daño. Te lo diré, te lo contaré todo si los dejas ir.

—Creo que ya hemos pasado por eso. Lo máximo que puedo permitirte es una muerte rápida, pero no será hasta que me cuentes lo que necesito. —Se encogió de hombros y pasó el filo, todavía lleno de sangre, por la mejilla de Leonard cortándola superficialmente—. Soy un hombre de negocios.

—No tienes palabra. —Kate no pudo contener la lengua.

—Cierto. —Y ahora apuñaló a su padre. El conde de Hamilton si pudo contener el grito, no quería causarle más dolor a su pequeña. Se concentró en las tablas del suelo, en los tornillos y las vetas de la madera. Contó cada surco, se fijó en las señales de desgaste, cualquier cosa que alejase el terrible dolor de su mente—. Eres duro, lo reconozco. —Y clavó una segunda vez la hoja en la otra pierna del duque. En esa ocasión no pudo evitar gritar y Tomie se giró satisfecho, mirando a lady Kate triunfal—. ¿Algo más que deba saber, princesa?

—No.

—Así me gusta.

## Capítulo 23



Y es que el punto débil de alguien es importante, es algo que nadie debería descubrir, el mío era demasiado evidente. Estaba perdida antes de comenzar, temblé al ver sus intenciones, pero había sido mucho peor de lo que en un principio había considerado. Dos hombres, a los que creí no querer, por los que daría la vida. Una broma macabra del destino.

—Tengo varias cartas de mi madre. Por lo que pone en ellas creo saber cuál es el escondrijo de la otra joya, aunque no puedo estar segura ni precisar más que un lugar —expliqué sin prisa. ¿A qué esperaba? A nada, aunque descubrí que cada segundo que siguiera respirando era una oportunidad. ¿No quería morir? Mientras me golpeaba estaba segura de que ese era el único final posible, pero cuando se detenía la esperanza volvía, las heridas curarían y yo sería más fuerte. Tenía algo claro, aquella situación me estaba dando experiencias enriquecedoras.

—¿Se tomó tiempo en escribirte mientras se encamaba con tu querido? ¿No te asquea compartir las atenciones de un hombre que amaba a tu madre? Si lo piensas es bastante retorcido.

—Ellos jamás tuvieron nada.

—¿De verdad? —preguntó Tomie sin llegar a creérselo.

—Jamás la toqué —replicó Leonard mirándome con intensidad. A la única que debía convencer era a mí, incluso en aquel momento, temía lo que yo pudiera pensar. Sonreí ante lo absurdo, ¿qué más daba ya?

—Me sorprende, teniendo en cuenta cómo hablaba de ti —replicó Tomie. Se mordió el labio inferior mientras apoyaba el filo en la herida de la pierna de Leonard y lo movía haciéndolo gemir—. No mencionó a su honorable marido, aunque tu nombre salió al menos en tres ocasiones. Ella creía que no podía oírla cuando me golpeó la cabeza, pero se equivocaba. Antes de salir dijo algo que me dejó intrigado, supongo que podrás ayudarme. —La punta removía en la piel de Leonard, tuve que apartar los ojos, pero podía sentir cada respiración agitada, cada grito contenido por su parte era un latigazo que desgarraba mi espalda—. Ella me dijo que jamás lograría llegar hasta su hija, que tú la protegías. ¿No es extraño? ¿Cuánto hace que la conoces? Heredaste el título muy joven, siempre sentí curiosidad por saber cómo había muerto tu padre—. Me atraganté. La saliva no bajaba por mi garganta, no era posible que me hubiera engañado de nuevo. —¿Cuándo conociste realmente a Cintia?

—No es lo que parece. Kate... —Pero no podía hacerlo. Me sentí observada, sentí que había jugado con mis sentimientos.

—¿Desde cuándo? —pregunté yo. ¿Qué más sabía de mí?

—Necesitaba mantenerte a salvo, pero me mantuve al margen. Yo... —Bajó la cara derrotado

—. Compréndeme, por favor. Le hice una promesa, eras lo que ella más amaba y temía que te encontrarán.

—Y te convertiste en mi sombra. ¿No lo hiciste por tu gran secreto?

—¡No! Lo hice por ti, por ella. Nunca me aproximé demasiado, a veces ni siquiera era yo. Solo debía estar lo suficientemente cerca para saber cuándo me necesitarías. Ella confiaba en mí, sabía que jamás te haría daño.

—¡Pero lo estás haciendo! ¡Tus actos, tus decisiones, lo que me haces sentir! ¡Has jugado conmigo! ¡Has utilizado lo que sabías de mí para seducirme! —grité al límite. Frente a un inmenso precipicio, cada vez más inestable, deseando que todo terminara.

—Jamás haría eso...

—Ya sabías cómo era. Me conocías... Siempre ha sido por ella —concluí, hablando de mi madre como una rival, la mujer con la que competía por su amor. Me vi incapaz de hacerlo, permitiendo que la ira y los celos se adueñaran de mí—. ¡Siempre será ella!

—Así me gusta sobrinita. Creo que podríamos llevarnos bien. —Sentí su inmunda mano en mi hombro. Me sentí egoísta al pensar solo en mis sentimientos, al verme reflejada en Tomie comprendí que él también sufría. Mi mente daba bandazos de un extremo al otro—. Supongo que ya hemos terminado con él, no me sirve para nada más. —Y Tomie se colocó en dos pasos tras Leonard, alzó la mano y lo vi. Su decisión, el final. Grité sin pensar, llevada por los mil demonios. Luché con mis mordazas sin sentir dolor, sin sentir que cortaban mi piel. Zarandeeé la silla, empujé con los pies y caí de espaldas, pero no podía rendirme, no podía permitirlo.

—¡Leonard! ¡No lo toques! ¡No! —Mi garganta se rasgó, fue el único dolor que pude sentir, mi corazón se ralentizó, tanto que todo ocurrió a cámara lenta. Tomie me miró, esbozó una siniestra sonrisa, disfrutando de aquel instante en el que mi corazón se fragmentaba en pequeños cristales, diminutos cristales que cortaban mi piel, que rasgaban todo que se encontraba tras mis costillas.

—Kate, tranquila. Todo saldrá bien —susurró Leonard con una sonrisa triste. Sus ojos atraparon los míos y no vi nada más. Mi padre también decía algo, yo no podía escucharlo—. Te amo, creas lo que creas solo te he amado a ti. Creí que lo que sentía por ella era amor, pero solo era un crío, no se parecía ni remotamente a lo que siento cuando estamos juntos. Necesito que me creas. —Y el cuchillo se acercó a su cuello. Las lágrimas lamían mis mejillas como lenguas de fuego, que recorrían mi piel con rapidez. Si pudiera tocarlo, consolarlo, aunque mis ojos no se apartaron de los suyos. Lo acaricié a mi manera, lo sostuve como pude.

—Te encontraré. Pronto estaremos juntos. —Se lo prometí desde el fondo de mi corazón.

## Capítulo 24



Ella nunca había sido suficiente. Todos la habían visto como algo insignificante, una persona que podían utilizar y desechar, algunos incluso sintieron asco al rozarla, al ver sus ropas raídas y su piel llena de suciedad. Sarah estaba acostumbrada a esa mirada de desprecio, a sus muecas despectivas. Jamás creyó que se arriesgaría por una de esas damas nacidas en cuna de oro, que pensaría en una de aquellas mujeres como alguien parte de su familia. Una palabra que llegó a despreciar, que le recordaba lo que nunca aspiró a tener.

El grito de lady Kate, aquella angustia y desesperación la hicieron abrir los ojos. Sus labios estaban pálidos, su piel se había vuelto del color de la nieve cuando se desliza suavemente desde las nubes, cuando aún no ha tocado la tierra y se ha contaminado con su suciedad. Ella estaba cansada, pero al oír la voz de lady Kate abrió los ojos y su corazón bombeó con fuerza. Puso en marcha sus piernas, sus brazos, recuperó el control de sus ideas. Actuó sin detenerse a meditarlo.

Entró en silencio, se escurrió tras Tomie, cuya atención estaba concentrada en el conde de Pont-de-Vaux. No miró a aquel hombre a los ojos, el duque Hamilton parecía intrigado, esperanzado, a ella le quedaba mucho por hacer.

Soltó sus cuerdas y el duque se removió al instante, pero sus heridas lo habían vuelto lento. Sus años eran otro factor que jugaba en su contra, Sarah sintió que llegaría tarde, no podía esperar. Gimió ante el dolor y el cansancio que poco a poco ganaban terreno.

El duque se había lanzado contra Tomie, que se disponía a apuñalar al conde de Pont-de-Vaux. Sarah saltó y gritó con fuerza, haciendo que todos los ojos se concentraran en ella sorprendidos.

—¡Kate perdóname! —Y es que eso fue lo único que acudió a su cabeza. Un perdón ante una afrenta inevitable. La muerte ya era algo que podía sentir, como el beso de una madre, cálida, despojándola de todos los sufrimientos que había tenido que soportar.

Lady Kate alzó los ojos, miró a la niña y quiso evitarlo. Tomie, se giró al ver el cuerpo de la joven saltando sobre él y su hoja se hundió en el pequeño abdomen. Hasta el mango, entró con facilidad, cortando la piel, los músculos, hundiéndose y abriendo una herida por la que la sangre salía con demasiada fuerza.

—¡No! —gritó lady Kate. Sarah había logrado apartar a Tomie del hombre que su señora amaba, del hombre que no le había traído más que dolores de cabeza y preocupaciones, pero el hombre que amaba, al fin y al cabo. A ella podría olvidarla, estaba convencida de eso. Quizás llorase, pero ella siempre había sido prescindible.

Por su parte lady Kate sentía que el mundo se detenía. La vida de su preciosa niña se escapaba con rapidez de su diminuto cuerpo. Sabía por qué lo había hecho, lo vio en sus ojos. El duque

Hamilton había golpeado a Tomie en la cabeza y ahora cortaba sus cuerdas.

No lo pensó, no quería venganza, no le importaba nada más que recoger el cuerpo de Sarah y acunarlo contra su pecho.

—¡Un médico! —exigió al ver como ataban a Tomie en lugar de encargarse de lo importante. Leonard quiso tocarla, hacerla entender que la niña no tenía salvación, pero ella no se lo permitió, no podía hacerlo. Mientras conservase el aliento, mientras su pecho continuase en aquel vaivén, aunque fuera efímero, seguiría habiendo esperanza y se aferraría a ella con uñas y dientes.

—Ella no lo conseguirá. Debemos ocuparnos de Tomie e irnos cuanto antes. Tendrán que mirarte y curar nuestras heridas, pero debemos actuar con la cabeza —susurró Leonard contra su oído. Lady Kate lo miró, cansada, dolorida por sus palabras.

—Cierto, tu siempre actúas con la cabeza. El deber y tu palabra sobre el corazón —escupió lady Kate con asco e impotencia—. Yo no soy como tú. —Y aquel fue un insulto directo, quizás no por las palabras, pero podía leerse con total claridad en el tono y su postura.

—Hija... —El duque Hamilton envolvió los hombros de su princesa sintiéndose triste—. cielo...

—No, padre, no lo digas. Ayúdame, por favor... No puede morir, no puede morir por mí. — Aquella súplica conmovió los ojos del duque, se vio incapaz de negarle nada. A pesar del dolor de sus piernas, sin pensar en el hombre al que quería destrozar con sus propias manos, concentró sus fuerzas en recoger el cuerpo de Sarah. Caminó renqueante, seguido en todo momento por su hija, y sonrió al descubrir un carruaje escondido tras la casa. La dejó dentro y ató a los caballos. Le tendió las riendas a su pequeña y besó su nuca, si alguien podía conseguirlo era ella.

—Llévatela y trae ayuda. Confío en ti.

—Padre, muchas gracias. Yo...

—Lo entiendo, te conozco, siempre lo he hecho. Estoy orgulloso del enorme corazón que guardas en tu pecho.

—Si muere... todo es culpa mía.

—Ella eligió su camino. Suceda lo que suceda deberás honrar su memoria y aceptar su decisión. —Lady Kate no llegó a comprender del todo aquellas palabras, confusa y sintiendo que cada segundo contaba espoleó a los caballos y los llevó al ritmo más rápido que aquel carruaje le permitía.

Antes de girar en la curva echó un vistazo sobre su hombro para ver al hombre que amaba observándola desde la puerta de aquella casa de madera. Sus ojos se encontraron, pero no podía hacerlo, no podía pensar en él en aquel momento, Sarah la necesitaba.

Miró por la ventanita el cuerpo de Sarah, gimieando interiormente por cada vaivén.

—Aguanta, por favor. No me dejes sola.

## Capítulo 25



Tras vendar con girones de sus camisas las heridas de sendas piernas, lord Edmund y lord Leonard se plantaron victoriosos ante Tomie. En el pasado se habían odiado entre ellos, creyendo que el otro había tenido algo que habían ansiado y querido, pero lo cierto era que no le había pertenecido a ninguno.

Vencedores, libres al fin, pero lo más importante era que Kate no volvería a sufrir. A salvo, algo que les importaba a ambos más que cualquier otra cosa.

—Creéis que habéis ganado —soltó Tomie con repugnancia—. Jamás lo haréis. Ella lo sabe todo y no podrá olvidarlo. Jamás la tendrás —dijo mirando a Leonard, para volver sus enfermos ojos verdes hacia el duque Hamilton—, y tú jamás serás su padre.

—¿Estás disfrutando? —El duque golpeó el rostro de aquel miserable haciéndole girar el rostro.

—Eres patético. Te quedaste con las sobras de una mujer que le pertenecía a otro. Jamás fue tuya. —La risa de Tomie resonó contra las paredes. Fría, carente de emociones, y el duque volvió a golpearlo con el amargo sabor de sentir que había parte de verdad en las palabras de aquel hombre, algo que no se había atrevido a aceptar antes, pero se aferró al rostro de su hija, de Kate, ella era lo mejor que había tenido nunca.

—Ella es mi hija, no podrás romper nuestro lazo. —Se limpió el dorso de la mano contra el pantalón y se tambaleó ligeramente.

—¿Sabes lo que me dijo antes de apuntarme con la pistola, antes de saber mis verdaderas intenciones? —El duque perdió el color, Leonard posó la mano en su hombro, tratando de darle apoyo—. Que no podía odiarle. Me preguntó por Raúl, deseando saber qué había sido del hombre que no solo había sido el asesino de nuestros padres, sino el que la había montado. —Y siguió riéndose. El duque Hamilton se alejó unos pasos y se dejó caer sobre una silla derrotado.

—No te creo —comentó Leonard demasiado alto—. Yo la conocía, ella habló conmigo antes de morir, quizás me contó más de lo que te habría gustado. Ella te escuchó hablar aquel día en las caballerizas, sabía que tú ordenaste las muertes de sus padres, jamás te habría confesado nada.

—¡Yo los quería muertos, pero él los mató porque alguien más importante que yo no deseaba complicaciones! ¡Él no era un simple harapiento de esos! —grito furioso Tomie al saberse descubierto.

—¿Ahora debo creerte?

—¿Importa? —respondió Tomie echando la cabeza atrás y sonriendo —¿Vais a matarme?

—Sí.

—Bien, aunque no servirá de nada. Nuestra sangre siempre estuvo maldita, no hay felicidad posible. Teníais que haber visto el rostro de madre, ella lo comprendió. La muy zorra dijo que lo había sabido desde que yo era niño, pero que se negó a admitirlo. —Tomie cerró los ojos perdiéndose en el pasado. Los otros dos hombres escuchaban atentos, sin despegar los labios—. Yo mismo acabé con ella, no dejaba de gritar. Raúl no quería hacerlo, era una mujer, decía... Mientras se desangraba la muy puta no dejaba de decir que yo había nacido sin alma, al igual que le había pasado a un hermano de mi abuelo. Nuestra sangre, —Volvió a mirar al frente, a la ventana del fondo—. está maldita. Ella enloquecerá, sentirá el placer de acabar con una vida y no podrá detenerse. Solo eso le dará auténtico placer.

Y Leonard supo que no obtendrían nada más de él. Podría llamar a las autoridades, era lo correcto, no lo que ocurriría. No le debían nada y temía que pudiera comprar o convencer a las personas adecuadas. ¿Era correcto? Posiblemente no, sin embargo, el miedo de que pudiera llegar de nuevo hasta Kate fue suficiente para hacerlo tomar una decisión.

—No volverás a hacerle daño —sentenció Leonard rebanándole el pescuezo. La piel se abrió y la sangre salió siguiendo el ritmo de su corazón. Cada latido era una salpicadura nueva que impactaba contra su rostro y empapaba su pechera. Leonard no se alejó, quiso asegurarse de que él moría, temiendo que quedara algún reducto de vida en su interior y pudiera recuperarse, miedos infundados, lo sabía, pero necesitaba verlo morir con sus propios ojos. Daba igual que la cordura le repitiera que aquella herida era mortal de necesidad, se quedó mirando aquellos ojos verdes, viéndolo boquear y debatir, la luz se extinguió con más rapidez de lo que creía posible.

—¿La quieres? —preguntó el duque Hamilton tras él.

—¿Importa? Ella jamás me perdonará —respondió Leonard sintiéndose abatido.

—Ella tiene un gran corazón.

—¿Y qué? Le menté desde el principio. —Lo había visto en sus ojos, un amor tan grande como el suyo, pero también la traición.

—Mi esposa fue una mujer increíble, tenía algo especial que atraía a los hombres. —La voz del duque Hamilton era resignada—. Ella tenía una personalidad arrolladora y yo la amé desde el primer instante en el que la vi. Luché por estar a su lado aun sabiendo que jamás conseguiría más que amistad y cariño, pero no podía alejarme porque estar lejos me destrozaba, me enloquecía. Eso es el amor, una conexión inexplicable que nos carcome y nos impide actuar con claridad, sin embargo, una vez lo conocemos vivir sin él no tiene sentido, no seríamos felices. —Le habló como habría hecho con un hijo—. Ella no es su madre, ella es mejor. Es una luz inmensa y sabrá perdonarte.

—¿Por qué me ayuda? —inquirió volviendo a dirigirse al duque como correspondía.

—Quizás porque nunca me hiciste mal alguno realmente. Tal vez porque mi hija estaba destrozada al creer que te perdía. —Se quedó pensativo un rato—. No quiero que ella sufra. Si no la haces feliz te mataré yo mismo.

—Temo que no pueda aceptarme. Yo... Creí que...

—Es el pasado. Es el momento de avanzar y dejar de mirar lo que ya no podemos cambiar. —Y siguieron esperando, sin nada que decirse y demasiado concentrados en sus propias cavilaciones. Eran dos extraños, conectados durante años, que no sabían nada del otro. El duque Hamilton esperaba hacer lo correcto. En su interior danzaba una idea, era a la que se aferraba para defender lo que había dicho, lo que tácitamente había autorizado. “Ella es lista, jamás se habría enamorado de él si este hombre no lo mereciera.”

## Capítulo 26



Sostenerle la mano sin hacer nada, mientras veía al doctor trabajar, fue duro. La operó durante más de una hora y ahora estaba cubierta de vendajes, entre los que Sarah se veía todavía más diminuta. Cuando mis ojos se posaban en su rostro acudían a mi mente las muñecas que había tenido en mi infancia, tan perfectas y hermosas, pero sin vida. A mis ojos acudían las lágrimas, rogando porque todo saliera bien.

Había mandado buscar a mi padre y a Leonard. Ya habían llegado, los había escuchado horas antes. El doctor era un hombre afable, tranquilo, sus manos se movieron diestramente hasta que ya no pudo hacer nada más. Su mirada de pena me explicó con claridad su diagnóstico, no creía que fuera a sobrevivir.

—Milady, sigue respirando, eso es algo bueno. Debería dejar que mirase también sus heridas —me dijo, hacía más de una hora. En aquel momento estaba escaleras abajo ocupándose de mi padre y de Leonard, pero yo no podía moverme. No podía alejarme, ¿y si abría los ojos y yo no estaba allí? No quería que se sintiera sola, no después de que hubiera arriesgado su vida por ayudarme.

Yo no pude contestarle nada en aquel momento, tampoco abrí la boca mientras me daba un botecito lleno de un líquido ambarino y me explicaba cuándo y cómo debía dárselo. Acaricié su pelo, le supliqué que volviera conmigo.

—Lo lamento. Cariño, jamás estarías herida si no te hubiera llevado conmigo. Creí que podría ayudarte, ayudarnos a ambas. Juntas éramos fuertes, necesitaba querer a alguien y sentirme amada —confesé avergonzada. Mis dedos se hundieron en sus mechones dorados, los esparcí por la almohada. Pasé los dedos por sus pómulos, los dibujé con cuidado y memoricé cada rasgo para no olvidarla nunca, llorando por dentro ante la negra posibilidad.

Siempre creyendo que mi dolor, mis preocupaciones, lo que a mí me faltaba era lo importante. Ella realmente no había tenido nada, yo le había dado tan poco y ella lo había arriesgado todo como si yo lo mereciera. Besé su pelo sintiéndome desesperada y no tuve otra opción que esperar. Me tumbé a su lado, abracé su cuerpo sin llegar a moverla, con extremo cuidado me mantuve contra ella dándole mi calor.

Las horas pasaron perezosas, no avanzaban y yo me quedé dormida. Cuando abrí los ojos Sarah seguía inconsciente, aunque al menos seguía conmigo. Leonard me miraba sentado en una silla, a su lado un plato con pan y algo de queso, frugal, pero una comida esperándome. No podía hablar, ninguno nos merecíamos estar allí a costa de su vida, pero me contuve.

—Debes alimentarte —susurró Leonard sin más.



—No tengo hambre.

—Debes hacerlo. No creo que ella quisiera verte desfallecer cuando abriera los ojos.

—Dijiste que moriría —lo acusé.

—Y tú me demostraste de nuevo que estaba equivocado. Creo que, de ahora en adelante, debería darte la razón directamente. —Sonrió, aunque la alegría no llegó a sus ojos, fue un gesto carente de toda vida.

—¿Qué quieres?

—Cuidar de ti.

—Cierto, eso es lo que has hecho siempre. Ella te lo ha pedido. Lamento haber sido una carga durante tantos años. ¿No lo has pensado nunca? —Sus ojos me esquivaron y supe que lo había hecho. ¿Qué más daba? Aunque hacía daño igual.

—Te amo. Lo que dije era cierto.

—Yo no puedo hacer que nada ha ocurrido. Mi madre... —Leonard me cortó levantándose y posando un dedo sobre mis labios, pidiendo silencio.

—No me aceptes, pero no me apartes. —Sus manos acunaron mi rostro con dulzura. No me inmovilizaba, yo podía moverme, no lo hice. Lo vi descender sobre mí, dispuesto a besarme y quise sentirme reconfortada, necesitaba aquellas emociones cálidas que sus caricias despertaban en mí. No quería sentirme desconsolada, permití que siguiera descendiendo y suspiré instantes antes de que finalmente me rozase.

Lo hizo con dulzura, acarició mis labios con su lengua para acabar abordándome. Yo le acompañé y nos enredamos en una dulce danza. Yo seguía tumbada, alcé un poco el rostro y sentí sus dedos acariciando mi pelo.

Y tan pronto como me besó se retiró, me supo a poco. Me quedé con los labios entreabiertos, confusa y con ganas de más. Al sentir a Sarah a mi lado me odié. Leonard empezaba a ser capaz de leer mis pensamientos, tenía que ser eso sino no podía explicarlo.

—No haces nada malo. No quiero que lo pienses, solo permítame acercarme. Deja que gane tu amor, podemos ser felices.

—Tengo miedo —reconocí ocultando la cara en la almohada.

—Y yo, pero debemos luchar juntos. No me dejes. —Y volvió a acercarse, esta vez para depositar un dulce beso sobre mi frente. Antes de salir hizo algo insólito, se acercó a Sarah y apretó su mano con dulzura, para añadir a continuación—. Gracias, si tenemos esta oportunidad es por ti. Vuelve a casa. —Y salió dejándome boquiabierta.

## Capítulo 27



Y los días fueron pasando. Nos acostumbramos a una casa que no era nuestra, temía mover a Sarah y Leonard la alquiló. Nadie dijo nada, contrataron servicio y trajeron nuestras pertenencias. Leonard acudía cada mañana y me daba un suave beso, cuando llegaba la hora de comer separaba mi silla y acariciaba mi cintura al pasar.

Aquella mañana se cumplían dos semanas desde que Sarah dormía. Acaba de acomodar mi pelo y revisé por milésima vez que algo hubiera cambiado. Resignada alcé el mentón y me encaminé al comedor.

Él me esperaba en la entrada y cogió mi mano al pasar. Tiró de mí y sentí sus dedos quemándome, su boca me atrapó y accedí a aquel asalto. Me llevó hasta una esquina y sus manos pasearon por mi espalda, ansiosas por introducirse bajo mi ropa, por tentarme. Jadeé al sentir su boca separándose de la mía, descendió por el arco de mi cuello y quise ceder a él. Concederme el placer de volver a dejarme ir entre sus brazos, aquellas atenciones eran adictivas. No quería sentirme bien, no debía.

—No puedo apartar las manos de ti —reconoció con voz ronca. Y lo vi claro.

—Debo irme unas horas. Estaré bien —añadí al verle abrir la boca para replicar.

—¿A dónde? ¿Por qué?

—Ella debía recoger algo y acabó ensartada en un cuchillo lejos de dónde debería encontrarse. No llevaba nada con ella, necesito revisar el lugar por mí misma.

—Permíteme acompañarte. —Me lo pensé. Aunque con él a mi lado no sería capaz de pensar, de razonar con claridad. Cuando él estaba a pocos metros de mí lo único que deseaba eran sus besos, quitarme la ropa y permitir que jugase con mis pliegues a su antojo.

—Debo hacerlo sola. No llamaré la atención y volveré enseguida. —Caminé hacia el comedor. Besé a mi padre y comí en silencio, poco después estaba saliendo por la puerta. Si había algo cierto era que cuando algo se me metía en la sesera no había nadie capaz de persuadirme.

Aún me sorprendía al ver lo rápido que mi piel había cicatrizado, lo rápido que los moratones desaparecieron, toda señal de lo que había ocurrido se estaba borrando con rapidez, demasiada. No quería olvidarlo nunca, no podía hacerlo.

Avancé con rapidez y cogí un caballo de los establos. Era mi Tormenta de verano, mi fiel compañero y amigo. Cuando me encaramé a su lomo y me agarré con fuerza a las riendas me sentí en casa. Eran aquellos pequeños momentos los que me devolvían con fuerza la sensación de hogar.

Relinchó y me puse a galope. En seguida supe que Leonard me seguía, el gesto me pareció dulce y preocupado, más teniendo en cuenta lo ocurrido semanas atrás. Le permití espiarme,

relajando el paso, y continué.

La tarde llegó y vi la iglesia a lo lejos. Me olvidé de Leonard, a pocos metros detrás de mí, recordé a mi madre llevándome a aquel mismo lugar. Las canciones, la alegría, su manera de mostrarme a los demás y hablar orgullosa de mí.

Descendí de un salto y caminé hacia la iglesia. La puerta estaba cerrada, pero no con llave. No había nadie en el interior a pesar de que aún no era de noche. Caminé directa al dibujo del sol, al dibujo que tantas veces había mirado absorta. Pasé los dedos por su intrincado dibujo, revestido de pan de oro.

Yo me había bautizado en aquel lugar, había acudido cada domingo feliz y me había sentado siempre en el mismo sitio.

Seguí los rayos, los dibujos, miré el suelo y me fijé en una de las piedras. No sin esfuerzo, conseguí moverla y sonreí al ver dos montones de papeles y otra piedra como la mía. Lo recogí todo y salí de aquel lugar, no era el mío.

Levanté la mano saludando en dirección al boque. La cabeza de Leonard apareció tras un árbol y se acercó a mí. Mis manos temblaron al mirar las cartas y sentí que lo necesitaba a mi lado. Quería sostenerme en él, dejarme envolver para que mi miedo a sus palabras desapareciera. No me sentía con fuerzas para más secretos, descubrimientos horribles o traiciones.

—No podía dejarte sola. —Sonreí ante su pobre argumento. Acaricié su rostro asintiendo.

—¿Qué me encontraré? ¿Hay algo más? —prefería saberlo por él.

Me envolvió entre sus brazos negándolo y abrí la misiva. Mis dedos temblaban, sentía la boca seca.

*Mi querida Kate,*

*Si has llegado hasta aquí eres libre, libre de decidir y hacer lo que desees. Con esta joya y la que te he dado lo tienes todo, tú lo eres todo. Me alegro tanto, mi pequeña, deseo que puedas llegar hasta aquí, necesito que sepas muchas cosas.*

*Mi madre era una mujer voluble, amante de las fiestas y se dejó seducir por el poder. El inmenso poder que el rey de España tenía, aquella aura inquebrantable y que su voz fuera ley, fue la combinación perfecta para que cayera seducida a sus pies. Parece estúpido, pero yo jamás lo sospeché, aparentemente éramos una familia perfecta. Fue mi hermano quien, años después, me lo confesó y lo creo. Entre todas las mentiras que salían de sus labios, todas ellas destinadas a destrozarme con su rabia enfermiza, fue lo único que supe que era cierto.*

*Poco importan ya esos detalles, nada lo hace. El resultado de una indiscreción o la adoración de mi madre por el poder fui yo. Una niña que desconocía lo que su verdadero padre puso en marcha al legarle uno de los territorios más ricos de Estados Unidos. Nadie debía saberlo hasta su muerte, ni conocer mi identidad, pero él me quería a su manera.*

*Como en todas las familias nada fue como debía. Sus buenas intenciones fueron descubiertas y su propia hija, mi hermana, la actual reina, quiso deshacerse de mí. Nada interferiría en su vida, aunque tuviera que mancharse las manos de sangre, lo que jamás imaginó es que el hombre al que mandó se enamoraría de su presa. Un amor que dio sus frutos, que me restó la capacidad de pensar, de razonar. Fue tan intenso, tan potente, que nada más me importaba. Vivía para estar con él, soñaba con sus besos y sus abrazos. Entre nosotros había algo, pero el mundo fue cruel con ambos. Él quería salvarme, pero para lograrlo me arrancó el corazón del pecho.*

*Hija mía, fruto del amor más intenso, más aterrador y más puro que jamás he sentido. Te quise y podía verle en ti. Seguro que pensarás que estoy loca o te avergüenzas de mí, lo harás mucho más cuando sepas lo que él hizo, pero con el tiempo he llegado a comprenderle, ¿qué*

*sería capaz de hacer yo por protegerte? Me destruyó al tiempo que nos salvaba a ambas, la reina no se detendría hasta encontrarme, no lo haría a menos que pensase que había muerto.*

*Aquel día hacía calor, no demasiado, y a pesar de eso cuando lo vi apuñalando a mi padre el frío se agarró a mi alma. No podía moverme, actuar, sentir. Lo miré como a un desconocido, no podía reaccionar. Quería a mis padres, habían sido buenos conmigo, y yo los amaba con toda el alma. Sus muertes pesan sobre mi conciencia como una dura losa pues sabía que ellos perecían por salvarme. Raúl me mandó lejos y tardé años en entender lo que pretendía.*

*La noticia corrió como la pólvora, mi hermano dijo estar lejos ese día y no volvió hasta jornadas después. Los cadáveres habían sido descuartizados, brazos, piernas, sangre... Nadie encontró mi cuerpo, aunque todos pensaron que alguno de aquellos trozos me pertenecía. Fuimos declarados todos muertos, Tomie heredó el título y las tierras. Todos ganábamos, mi hermano tenía numerosas deudas y no había mejor final para él, además, nadie iba a buscar a una muerta. Solo Tomie sabía la verdad.*

*¿Qué había sido entonces de Raúl? En mi pecho sabía que me buscaría, trataría de enfrentarse a mí o al menos conocerte. Haría lo que fuera por encontrarnos, me lo repetía día y noche convencida de que lo golpearía y lo haría pagar, aunque a ratos me imaginaba perdonándolo. No me juzgues, te lo suplico.*

*¿Recuerdas aquellos días que me encontraste llorando desconsoladamente en mi jardín? Tenía un golpe en la frente y estabas convencida de que era por eso. Me abrazaste con fuerza y me preguntaste quién me había dañado, prometiendo venganza con tu pequeño puño alzado al cielo. Fue cuando me enteré, cuando mi mundo volvió a fragmentarse. Suena horrible pensando en lo bueno que ha sido el duque Hamilton con nosotras, pero siempre había guardado la esperanza.*

*Tomie pronto lapidó todo lo que tenía y quiso más. Vio en mí su oportunidad y comenzó a rastrearne. Años pensarás, el cabrón tardó dos semanas. Ese fue el tiempo que tardó en poner todo el dinero que tenía sobre la mesa de juego. Raúl se enteró a tiempo, esto también me lo contó mi hermano. No sé si todos los detalles son ciertos y porque te amo más que a mí misma no voy a contártelos, pero Raúl se enfrentó a Tomie y perdió. Me asusta pensar en mi hermano, temo tanto que logre llegar hasta ti... Mi niña.*

*En mi última carta verás todos los pasos que has de seguir para alcanzar tu herencia, más dinero del que podrás gastar. Es lo único que puedo darte, algo que nunca llegó a ser mío.*

*Mi niña hermosa, el tiempo se ha detenido para mí. Permanezco delante de la ventana mirando el mundo correr, todos siguen adelante y pronto solo tú pensarás en mí. Solo pensar en el daño que voy a causarte, ojalá pudiera ser de otra manera...*

*Siempre quise viajar, ver mundo. Buscar ese lugar mágico del que tantas veces hablamos, lleno de sueños y magia, donde la luna no se reflejara en el agua, sino que bailara con ella. ¿Lo recuerdas? Parecen tonterías, yo me aferro a esos momentos.*

*¿Crees que podré seguir viéndote? No quiero alejarme, me gustaría poder cuidar de ti desde allí a donde vaya. Lo único que me acompaña, además de un dolor atroz y el odio por los que me hicieron esto, es la idea de que algún día volveremos a estar juntas.*

*Leonard me ha prometido que investigará al que me envenenó y yo lo creo. Es solo un muchacho, pero veo la determinación en sus ojos que muchos pierden a lo largo de sus vidas. Es decidido y fuerte, alguien digno de admiración.*

*Te quiero,*

*Te querré siempre,*

*Mamá.*

Estaba llorando, no traté de ocultarlo. Leonard me besó con suavidad, saboreé mis propias lágrimas en su lengua, mi tristeza en su abrazo. Me consoló y me alejó del camino. Sus caricias se volvieron más demandantes, sus besos más salvajes. Me aferré a sus hombros, me rendí ante él, no quería luchar contra mis sentimientos, contra el hambre que provocaba en mí.

Estábamos ocultos tras unos arbustos y su boca descendió por el arco de mi cuello. Lo hizo despacio, saboreando cada milímetro, mordisqueando con la presión justa para hacerme gemir con fuerza.

—No podemos —reconocí al límite de mis fuerzas.

—Nos casaremos. Nos pertenecemos. —Y era una certeza para ambos, ocurriera lo que ocurriese estábamos destinados. ¿Qué podía decir al respecto? ¿Cómo podía estar mal cuando era lo que más deseaba?

Sus manos levantaron mis faldas y rasgó mis calzones. Aquello me excitaba, estaba mal, pero eso no me impedía sentir que mi cuerpo ardía y lo necesitaba en mi interior. Cuando volvió a alzar la cabeza mordí sus labios, lo atacé sin control.

—Yo no sé cómo...

—Si sigues así no podré controlarme. No quiero que te duela. —Asentí sin miedo. Sabía lo que era el dolor y podría soportarlo, lo haría si eso significaba que se sumergiría en mi interior, que estaríamos unidos de la manera más primitiva que existía.

No era una experta, pero conocía las nociones básicas. Lo había visto entre animales y había hecho preguntas indiscretas a una de mis institutrices. Ciertamente me quedaba la duda de por dónde entraría, ahora lo veo ridículo, pero en aquel momento yo no tenía ni idea. Cerré los ojos y agradecí el control que demostraba, esa forma segura de moverse sobre mi piel, acariciando, tentando, llevándome a un lugar donde los convencionalismos, lo que era correcto o siempre me habían enseñado, ya no importaba. Solo estábamos nosotros, recorriéndonos, conociéndonos.

Sus dedos alcanzaron mi zona más sensible, mi zona sucia, como solía llamarlo mi institutriz. Durante mucho tiempo me pregunté a qué se refería, aunque aquella mujer siempre odió a los hombres. Cada vez que un varón se acercaba a ella la veía pegar un respingo y alejarse con los ojos abiertos de par en par, a veces incluso corriendo. No quise pensar en eso, no en aquel momento.

Sus dedos inspeccionaron, resbalaron por aquella humedad de la que ahora era prisionera. Lo sentí entrar con el índice en mi interior, sondeando, describiendo pequeños círculos que me estimularon y me llevaron a mover la cadera contra su mano. Conocía aquella sensación, estaba muy cerca del glorioso final.

—No esta vez, amor. —Su aliento contra mi oreja fue lo mejor que podía sentir. Su voz grave me atravesó y no pude volver a abrir los ojos.

—No puedo más.

—Aguanta. —Quise llorar cuando su mano se alejó. Enseguida volvió a mí para levantarme la pierna y abrirme. Yo seguía de pie, tratando de mantener el equilibrio y él se colocó entre mis piernas.

Y lo que sentí ahí, acariciándome, me hizo mirar hacia abajo y abrir la boca.

—No cabe, es muy grande. —Lo vi sonreír orgulloso, me haría más daño del que creía.

—Tranquila, te gustará.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —Hice un mohín.

—Confía en mí. —Y volvió a besarme al tiempo que con su mano se guiaba a mi interior. Comenzó despacio, pero algo lo detuvo. Se separó unos centímetros y me acarició el mentón con suavidad—. Eres mi mujer, desde ahora y siempre. Nos casaremos, pero es hoy cuando realmente

unimos nuestras vidas. Dímelo por favor, no puedo perderte. Si eso ocurriera... —Se le cortó la voz. La angustia que sentí me hizo saltar a su boca, su lengua volvió demandante y él me atravesó sin avisar. Quise gritar, pero el absorbía todos mis sonidos. No se movió, sus músculos temblaban y supe que necesitaba hacerlo. Poco a poco el dolor disminuyó y yo misma le di un ligero empujón.

—Soy tuya —reconocí mientras sus caderas se alejaban despacio y entraban en mi con rapidez. Me arrebató el aliento—. Siempre. —Y volvió a hacerlo. Quise seguir hablando, pero el ritmo se intensificó y no lo conseguí. De mi boca escapaban gemidos, sus manos apretaron mis pechos, mi espada se apoyó contra un árbol y yo solo podía concentrarme en respirar. Era agónico, placentero, increíble.

—Mírame. Por favor... —Y abrí los ojos. Se veía diferente, algo en su cara me decía que estaba disfrutando, que me deseaba de una manera animal y eso me llevó a tirar de su pelo con suavidad y morderle la mandíbula. Me pertenecía, aquel hombre era mío y siempre sería así.

Cada vez más rápido. Oía nuestros cuerpos chocando, sentía el sudor deslizándose por nuestras pieles. Nos saboreábamos sin pensar, tratábamos de entrar sumergirnos bajo la piel del otro y marcarla a fuego, queríamos dejar una muestra de aquella intensidad, aquel inmenso abismo que nos estaba arrastrando para catapultarnos a una cima gloriosa.

—Amor, no puedo más. Déjate ir. —Y su mano comenzó a acariciarme entre las piernas mientras seguía moviéndose, no pude soportarlo. Dos segundos, creo que fue sentir sus dedos torturándome mientras me penetraba y me contraje succionándole a mi interior, exigiéndolo todo de él.

—¡Joder! —Y comenzó a latir dentro de mí. Una, dos, tres veces. Me agarró inmovilizándome, clavándose lo más profundo que podía.

Esperé unos segundos antes de hablar. Permanecimos abrazados y sentí tristeza cuando se deslizó fuera de mí.

—No se debe hablar de esa manera con una señorita —dije con tono resabidillo.

—Cuando estemos solos hablaremos como queramos. Entre nosotros no hay normas, bueno, solo la de amarnos y respetarnos. —Me besó la punta de la nariz.

—Deberíamos irnos. Sarah puede despertar y no quiero estar lejos. —Mis palabras fueron un jarro de agua fría, sin embargo, él me entendía. Lo haría siempre, estaría a mi lado y apoyaría mis decisiones.

Caminamos cogidos de la mano, algo extraño, aunque tranquilizador. No me dijo nada más, avanzamos hasta los caballos y, tras guardar mis tesoros en las alforjas, emprendimos el viaje. El sol nos calentaba la piel, las nubes se habían alejado e imaginar cómo podría ser nuestro futuro juntos, quizás lejos de todo lo que conocíamos, era el plan perfecto, aunque para que todo fuera perfecto Sarah tenía que recuperarse, debía hacerlo.

## Capítulo 28



La vuelta a aquella humilde casa, un lugar que no casaba con nuestro estatus, con nuestro nivel, pero en el que reposaba alguien cuya desaparición provocaría un dolor agónico para mí, fue demasiado rápida.

Sarah seguía con los ojos cerrados, se recuperaba, si la mirabas ya no veías signos de lo ocurrido, una muñeca perfecta con preciosos tirabuzones rubios, pero faltaba el brillo en su mirada.

—Debemos irnos, corremos riesgo de que alguien descubra lo que ha pasado —dijo por undécima vez mi padre, sentado a mi derecha y con una copa entre los dedos. Sabía que tenía razón, era un miedo, una guillotina que pendía sobre nuestras cabezas.

—El marqués de Camden no hablará. Él mismo correría riesgo de acabar colgado —expliqué sin soltar la mano de Sarah.

—Cuando descubra lo que le ha ocurrido a Tomie vendrá él mismo por ti. Lo sabes. —Mi padre se incorporó ayudado por un bastón, desde aquel día andaba con una ligera cojera y se había habituado a la medicación que el médico le había recetado.

—¿Cómo podría hacerlo? Hemos ocultado los cuerpos y sobornado a las personas adecuadas. —Aunque un mal presentimiento se removía como una culebra en el fondo de mi mente.

—No seas ingenua. Cuidaremos de Sarah, pagaremos a alguien para que la atienda y cuando se recupere... —Pocas personas había más prácticas que el duque Hamilton, no obstante, en lo referente a mí su sangre hervía, había cambiado. Ahora me besaba, me abrazaba, pasaba cada minuto del día a mi lado. El cambio me sorprendía, quizás porque había llegado a creer que yo no le importaba, yo seguía siendo la misma.

—¡No voy a dejarla sola!

—¿Incluso si eso provoca la muerte de todos los demás? —inquirió Leonard desde la puerta de la habitación.

—Vosotros podéis iros, yo seguiré aquí cuando despierte —respondí tozuda.

—Sabes que jamás te dejaríamos sola —susurró Leonard mirándome con intensidad. Desde que nos habíamos unido no perdíamos oportunidad para besarnos o acariciarnos, nos cruzábamos en el pasillo y buscábamos la soledad de un rincón oscuro. Lo amaba, pero eso no significaba que estuviera de acuerdo con él en todo. En ocasiones los pensamientos negativos me asaltaban, momentos en los que permitía que las dudas se abrieran paso y descubrí que, por el momento, era mejor no pensar en mi madre. No había logrado procesarlo todo, aunque había cosas que tenía muy claras.

—¡Y a ella sí! ¿Por qué? ¡¿Por qué?! —No supieron responder o quizás sabían que las respuestas que acudían a sus bocas serían peor que mantener silencio. Desarmados bajaron la cabeza sabiendo que tendrían que sacarme de su lado arrastras. Sarah era una niña, pero también era mucho más. No podía explicar aquel sentimiento hacia ella, ni la preocupación, nada nos unía... aquel pensamiento me hizo agregar—. Padre, tú mejor que nadie deberías entenderlo.

—Lo hago cariño y estoy orgulloso de tu respuesta. Yo... solo intento que todos sigamos con vida. —Huir parecía la mejor solución, lo más lejos posible y Estados Unidos el lugar al que todos acudían en busca de nuevas oportunidades. Era un sueño, el anhelo al que todos se aferraban cuando creían que todo lo demás le había fallado. Rompían sus lazos con el pasado y avanzaban hacia lo incierto.

—Nos iremos. —Asentí acercándome a Sarah y envolviéndola en el edredón—. Nos la llevaremos, no creo que aún corra peligro. Además, quiero que traigáis al marqués de Camden ante mí.

—No es una buena idea —negó Leonard preocupado—. La última vez...

—Posiblemente. Es hora de arriesgar. Vosotros no estaréis aquí. Buscad a dos hombres que me protejan y mandadlo venir. —Leonard iba a decir algo cuando, ante la mirada asombrada de mi padre, me levanté y corrí hacia sus brazos. Leonard me aceptó y besé su boca, no me detuve ahí, enredé nuestras lenguas y bebí de él—. Yo también tengo miedo, pero no lo dejaré estar.

—No puedo permitirlo.

—Y vivir con miedo. ¿Qué le impedirá seguirnos? —Los miré y ellos apartaron los ojos—. No os tenía por cobardes.

—Te amamos mucho más que a nuestros egos. —Sonreí orgullosa por las sabias palabras de mi padre, que llenaban mi pecho de calor.

—Lleváosla y cumplid mis deseos. —Volví a besar los labios del hombre que amaba, era el momento de leer la última carta y dejar que el pasado se evaporase. El marqués de Camden poseía información peligrosa, pero también tenía mucho que perder. Aún no sabía cómo, sin embargo, encontraría la forma de mantenerlo a raya o hacerlo desaparecer—. Si ella ha sido capaz, yo también podré. Protegeré a mi familia —dije con voz enardecida, mirando el rostro de la princesa dormida—. Lucharé.



## Capítulo 29



Dos días tardaron en organizar el traslado y reservar los billetes rumbo a América. Dos días de trámites en los que Leonard se sentó con mi padre para pedir mi mano. Diré que no sé lo que se dijeron entre ellos, aunque oí gritos en una parte de la negociación. Salieron sonrientes, bromeando y como si hubieran sido amigos toda la vida.

Ver como se llevaban el cuerpo de Sarah me destrozó, contuve todas mis emociones, sin atreverme a acercarme por miedo a no ser capaz de dejarla marchar. La trataban con delicadeza, tendría al mejor doctor que el dinero pudiera pagar, mi padre velaría por ella.

—Deberías acompañarlos, yo me encargaré de todo. —sugirió Leonard. Su presencia tan cerca de mi espalda, su pecho rozándome y sus brazos envolviéndome.

—¿Y perderme lo divertido? Quiero poder contarle a nuestros hijos cómo le corté la cabeza al dragón. —Apoyé la cabeza en su pecho—. ¿Tardará mucho?

—Dijo que vendría a tomar la merienda con nosotros. Debemos volver a nuestro hogar provisional. —Y el carruaje se detuvo ante nuestra puerta. Yo iba con mi mejor vestido, mi pelo iba recogido con sencillez y Leonard me había regalado un precioso colgante de diamantes que ahora lucía a juego con unos pequeños y delicados pendientes. Todo había cambiado mucho en pocos meses.

Cuatro horas después el marqués de Camden entraba por la puerta. Su expresión lo decía todo, pero la forma en la que, tras quitarse el gorro, lo movió nervioso entre los dedos a punto estuvo de hacerme reír.

—Buenas tardes. Lamento la tardanza. —Se inclinó sobre mi mano y la besó. Tras retirársela me la limpié contra mi falda sin dignarme a esconder el gesto.

—No esperaré una reunión social, ¿verdad? —Mi gesto era tranquilo, pero dos inmensos hombres, a pocos metros de mí, dejaban clara mi postura.

—Lamento el malentendido. Yo jamás habría...

—¿De verdad? Entonces debí confundirle con otra persona. Por favor... —Señalé la salita del fondo. Habíamos vuelto a la casa de Londres del conde de Point-de-Veux. Ahora también me pertenecía. Era extraño, seguía sin sentirla como propia, quizás cuando llevase un anillo en el dedo y hubiéramos dicho las palabras de rigor ante un sacerdote... aunque en la intimidad ya nos comportábamos como tal.

—No me gustaría tener problemas. Debe comprender que me encuentro en una situación delicada.

—Cierto. Conde, ¿me permite ser sincera? —Él asintió y proseguí con determinación—.

Supongo que usted está enterado de la prematura muerte de mi madre, aunque seguro que conoce muchos más detalles que los que todos debatieron en los salones de té. ¿No es cierto?

—No voy a negárselo.

—Hay algo que siempre me dejó inquieta. Mi madre era una persona bonita, inteligente, pero creo que por primera vez se confundió. Ella estaba convencida de que la persona que estaba detrás de su envenenamiento trataba de conseguir el dinero o la herencia que le había dejado su verdadero padre. No es cierto, ¿verdad? —pregunté. En todo momento había estado pendiente de cada gesto, cada pequeño movimiento en su piel. Sonreí ante la idea que a lo largo de los días había tomado forma. Al principio parecía una tontería, fruto de una mente fantasiosa, pero todo coincidía, quizás demasiado bien.

—¿Cómo podría saberlo? Yo era uno de los que más la apreciaba. Era una mujer fascinante, de esas que no puedes dejar de mirar. Disfruté cada segundo que pasé a su lado y me hubiera gustado...

—Que hubiera reparado en usted, pero no lo hizo. Cuando ella amaba lo hacía desde el fondo de su alma y eternamente. Además, estaba casada y era madre. Dos cosas que respetaba sobre todo lo demás. Una persona compleja donde las haya. —Yo había dejado de lado lo malo, era humana y me había querido, mucho más de lo que tenía la mayoría. Había decidido honrarla, respetarla y hablar de ella con mis futuros vástagos para que fuera recordada—. Usted la amaba. —El marqués de Camden no hizo amago por negarlo.

—Ella jamás haría tal cosa —coincidió conmigo.

—¿Por qué habrían de envenenarla cuando la necesitaban con vida? Era la única que sabía cómo obtener la herencia. —El marqués de Camden se mordió el labio nervioso.

—Lo desconozco.

—Eso no es cierto marqués. —Hice un movimiento con la muñeca y uno de los hombres se colocó tras él. Le tendieron una taza y yo lo miré fijamente. Leonard también estaba con nosotros, pero tras la puerta que daba al despacho—. No me insulte mintiéndome.

—¡Me ofende usted!

—¿Me permite contarle toda la historia antes de insultarnos a ambos? —Leonard eligió ese momento para tenderme un par de papeles. Eran algunos de los que estaban atados a la última carta—. ¿Los reconoce? Una moribunda tiende a pensar en todo mil veces y ella lo hizo. Me dejó por escrito aquello que la martirizaba, preocupada por no haber tomado la decisión correcta. ¿Sabe usted a lo que me refiero?

—Se hace tarde, quizás podríamos hablar en otro momento —contestó, tratando de levantarse. Mi hombre colocó ambas manos en sus hombros y volvió a sentarlo de golpe. El marqués de Camden empezó a sudar, tras coger un pañuelo del bolsillo interior de su chaqueta se lo pasó por la frente, le temblaba la mano.

—No se vaya tan pronto. —Suavicé mi tono y cogí una de las pastitas que habían dejado ante nosotros—. ¿Necesita que se las lea?

—No, no creo...

—No sea tímido. Creo que será de lo más edificante y esclarecedor para ambos. —Y con cuidado tomé aquellos papeles entre las manos. Me asqueaba su contenido y el que los había escrito. Desdoblé la primera, una carta de un enamorado sin escrúpulos, un hombre capaz de hacer cualquier cosa por conseguir lo que deseaba.

*Mi querida lady Cintia,*

*Espero que disculpe mi atrevimiento. He meditado mucho antes de atreverme a ponerme en contacto con usted de esta manera tal inusual, pero me veo en la obligación de ser sincero con*

*ambos.*

*Ha llegado hasta mis oídos que ha buscado protección, que incluso se ha puesto en contacto con uno de los enviados españoles, el conde de Pont-de-Vaux, esperando regresar. ¿Por qué pasaría por su hermosa cabeza tal idea? Si corre peligro no tiene más que decírmelo, si aceptara mis pretensiones, si tan solo acudiera a mí de vez en cuando le prometo que la cuidaré y nadie se acercaría a su persona o a su hija con malas intenciones.*

*No puedo dejar de pensar en usted y no puedo permitir que se aleje. Dígame lo que necesita y yo se lo daré. Solo le suplico unas horas, unos días a cambio.*

*No me haga sufrir,  
Siempre suyo,  
Marqués de Camden.*

—Comprenderá mi sorpresa al descubrir que mi madre se planteaba regresar a su madre patria. —Tomé aire—. A reclamar lo que siempre le perteneció, su gran herencia, y viajar a tierras salvajes, pero donde nadie la conocía, nos conocía —corregí.

—No sé a dónde quiere ir a parar. —El marqués de Camden estaba tan nervioso que su mano apenas conseguía llevar la taza hasta sus labios sin derramar su contenido.

—Me enteré hace muy poco tiempo que mi tío, el hombre que más daño nos ha hecho nunca, había llegado hasta nosotras. Él la necesitaba con vida —maticé antes de que el marqués tratara de cargarlo con la culpa—. Llevaba muchos años escondida, pensando que estaríamos seguras, y entró en pánico. ¿Ve por dónde voy? Pero hay más, ¿verdad?

—Déjelo estar, se lo ruego.

—¿Se aburre? Estoy segura de que encontrará esta segunda carta mucho más entretenida. —Y desplegué la segunda y última misiva por parte de aquel hombre despiadado, tenía ganas de clavar mis garras en él, aunque no era el momento. Cada segundo que pasaba, cada palabra que mis ojos releían era un clavo más en el ataúd de aquel noble petulante con ínfulas de dios.

*Mi amada lady Cintia,*

*He esperado varios meses que apareciera de nuevo en mi puerta, pero carezco de más paciencia. Ha de disculparme por escribirle de nuevo, lo último que desearía es causarle problemas con su marido, pero he encontrado necesario disculparme de nuevo por lo acontecido. Jamás debí tomarme esas libertades, pero ha de justificar a un hombre locamente enamorado. ¿Acaso puede juzgarse un corazón embravecido por una mujer como usted?*

*He soñado muchas veces que lo dejaba y, junto a su hija, formábamos una familia. Le querría como propia y le daría mi apellido, aunque tras sus palabras cada vez lo veo más lejano.*

*Ahora veo que el tiempo se agota, me ha llegado a los oídos que ya ha puesto fecha para su viaje y temo que nunca regrese. Espero dispense la franqueza que voy a demostrarle.*

*En el viaje pueden ocurrir muchas desgracias, pero la peor es que su hija se quede sola. Recuerde que la pequeña aún ha sufrido un accidente hace no menos de un mes, nunca se sabe lo que podría ocurrir durante un viaje largo por aguas peligrosas. Tantos maleantes, tantas posibilidades...*

*Quizás debería dejar el orgullo de lado y acceder a mis demandas. Como le dejé claro hace unos meses puedo ser el mejor de los amigos, aunque como enemigo...*

*Entre nosotros podríamos formar una sólida alianza, sin embargo, si no sigue mis recomendaciones no puedo asegurarle que los incidentes no vuelvan a repetirse.*

*Atentamente,  
El marqués de Camden.*

—No es lo que cree. —El marqués ya no encontraba forma de excusarse.

—¿No me amenazaba? ¿No la amenazaba a ella? Sabe, estoy interesada por saber lo que ocurrió unos meses antes de esta carta. —No era una petición, no cuando un par de musculosos hombres llenos de cicatrices se encontraban prácticamente sobre él.

—Yo no...

—Suponía que no diría nada —dije al tiempo que levantaba la mano acallándolo—. He de añadir que ese té que acaba de tomarse estaba envenenado y si quiere el antídoto habrá de convencerme y la sinceridad es el primer paso. Supongo que el veneno no será un misterio para usted.

—¡No puede hacer eso! ¡Pediré que la apresen y la cuelguen!

—¿Desde su tumba? Puede intentarlo. ¿Y bien? ¿Qué era lo que iba a contarme? —Volví a mi interrogatorio sin sentir ningún remordimiento. Estaba más convencida que nunca de que no erraba, iba por el camino correcto. Lo que ocurriera a continuación dependía solamente de él.

—¡Sólo intente convencerla de que al menos se convirtiera en mi amante ofreciéndole a cambio mi protección!

—¿Y qué protección podría ofrecerle un marqués que no pueda darle un duque? —inquirí dejando bien claro el rango de cada uno. Mi padre siempre estaría por encima y en aquel caso no solo en título sino también en dinero y posiciones que, a excepción del título que solo podía ser heredado por varones, pasarían a mis manos.

—Tengo contactos en las esferas más bajas.

—No me mienta. ¿Quiere que le ayude? Mi accidente en el potro ese mes no fue tal, usted lo propició. Cuando ella lo rechazó me amenazó, nos amenazó, y al ver que eso no surtía efecto decidió pasar al ataque. Hay maneras de razonar que jamás comprenderé, si no era suya no sería de nadie, aunque jamás le perteneció. —Él había empezado a temblar—. El frío se extiende por su piel, ¿puede sentirlo? Si de algo estoy convencida es de que mi madre era una mujer fascinante, no solo por ser capaz de encandilar a todos los hombres que se cruzaban en su camino. Habríamos sido felices si fuera menos hermosa o inteligente, pero lo era. —Y abrí el tercer papel. No era una carta, solo unas líneas—. Quizás el veneno menguó su capacidad, pero tuvo la lucidez de pasarme a mí estos papeles inmundos. —Me encogí de hombros—. En aquel momento no habría servido de mucho, ella no se encontraba en posición, ni con vida suficiente en el cuerpo, de vengarse de un monstruo como usted. —Y comencé a leer.

*Debe tomar una decisión. Si mañana llama al carruaje no habrá marcha atrás. No trate de huir, no podrá hacerlo.*

*Recuerde mi ofrecimiento.*

—Solo trataba de avisarla. —Aquello era una súplica, mucho más aguda de lo normal. El marqués miraba la puerta con ansia, deseando cruzarla, aunque tuviera que morir en medio de la calle tenía mucho más miedo a encontrarse a nuestro lado.

—Y funcionó. Poco tiempo después ella eligió pegarse un tiro en la cabeza antes de que el veneno, que llevaban semanas suministrándole, siguiera matándola lentamente. Ahora le pregunto de nuevo, ¿por qué habrían de matarla por la herencia cuando muerta perdía todo valor? Era la única que conocía los detalles para poder reclamarla. No se trata de eso, ¿verdad? La mató por amor, un amor envenenado y podrido. ¿Va a negármelo? —Uno de los hombres que había a su espalda colocó el filo de una daga bajo su garganta.

—No lo haga, por favor...

—Cielo, deberías tener compasión. ¿No ves cómo sufre el pobre hombre? —preguntó irónico Leonard colocándose a mi lado.

—Yo no soy como él. —Hice una seña a una doncella y acercó otra taza—. Le daré otra taza, cuando se la tome podrá marcharse. Le devolveré lo que una vez dio, aunque no le diré el nombre del veneno. Si tiene la buena suerte de encontrar el antídoto se salvará sino... —Chasquéé la lengua sin terminar la frase—. ¿Le parece bien?

Cuando le tendieron la tacita se la llevó a los labios. Debía estar caliente, pues salía humo de ella, pero se la llevó a la boca y tragó su contenido de una sentada. El hombre que todavía tenía la daga en la mano lo cogió por la pechera de la chaqueta y lo obligó a levantarse. Lo sacó arrastras de allí y lo lanzó fuera de nuestro hogar.

—¿Llegará muy lejos? —inquirió Leonard curioso.

—Morirá en menos de una hora, al menos eso me dijo mi contacto. —Sonreí sin dar más información. Al fin sentía que el pasado había desaparecido. Me sentí a salvo.

## Capítulo 30



El barco estaba a punto de zarpar cuando nuestro carruaje se detuvo. A toda prisa, sin saber si volveríamos, hicimos llevar nuestros baúles y subimos por la pasarela. El mar golpeaba con fuerza y había un ligero vaivén que no me gustó, sonreí sin mostrar mi debilidad y dejé que nos guiaran a los camarotes.

Veinticuatro horas hacía que no veía a Sarah y a mi padre. El tiempo que necesitamos para buscar un administrador y cerciorarnos de que el marqués finalmente había sucumbido al veneno. No negaré que también influyeron las horas en las que tratamos de conocernos mejor, sobre todo dentro del lecho. Creo que hasta mi piel brillaba más. Solo había algo que me faltaba, una sola cosa más.

—¿Y le gustará? —Aquella voz... no era posible. ¿Sarah? Corrí sin pensar, aquella voz era la de una sirena, el sonido más maravilloso, más hermoso, más...

—¡Estás bien! —No podía detenerme. Abrí los ojos y salté sobre ella apretándola contra mi pecho, temiendo que de un momento a otro fuera a despertarme y no se tratase más que de una ensoñación. Sentía su peso, su calor, su pelo haciéndome cosquillas contra la nariz. Tardé varios minutos en aflojar mi agarre y ella comenzó a reír.

¿Cómo era posible que jamás hubiera escuchado un sonido tan hermoso? Me separé unos centímetros para mirar aquellos ojos azules, ahora prácticamente blancos.

—Tenía mucho miedo. No vuelvas a hacer nada parecido —supliqué con las lágrimas a punto de desbordar mis ojos.

—Os salvé. Todo ha salido bien —replicó orgullosa.

—¿Y si no hubiera sido así?! ¡Jamás vuelvas a hacer algo parecido! —grité enfadada, realmente furiosa.

—Lo siento. —La sentí temblar de miedo y me regañé en silencio. Volví a pegarla a mí y permití que mis lágrimas tomaran el control.

—No me hagas eso de nuevo. Pensé que te perdía...

—Señora...

—¿Señora? —Le di un ligero coscorrón—. Soy Kate y tú eres importante para mí. —Me señalé el pecho y después el suyo—. No vuelvas a mostrarme un mundo en el que no estés tú. ¿No lo entiendes?

—¿Le importo?

—Te quiero. No se me da muy bien, pero lo intentaré demostrar más a menudo. —Ella me abrazó con sus diminutos brazos. Lo hizo con fuerza, como lo hacía todo, porque en su interior

había la fuerza de un huracán, capaz de destrozar mi mundo y hacerse imprescindible en él.

—Es un ángel, seño...Kate.

—¿Yo? Deberías mirarte a un espejo. ¿Sabes a dónde nos dirigimos? —pregunté con cara de pilla. Mi padre me miraba absorto, yo me solté el cabello y me senté a su lado más tranquila.

—¿A América? —preguntó como si de repente no lo tuviera tan claro.

—A un lugar donde no nos conocen, donde podemos ser quién deseemos. Allí tendremos un hogar y dinero, seremos una familia extraña, pero es el lugar de los sueños —expuse mi visión de la situación, del futuro. Quizás no fuéramos a encontrar criaturas fantásticas ni ninfas del bosque, pero obtendríamos algo mucho mejor.

—Da miedo no saber cómo será —susurró Sarah.

—Mucho, pero nos tenemos los unos a los otros —repuse yo. Y nos miramos entre nosotros, recordando cómo habíamos llegado hasta ese momento. Situaciones dolorosas que nos habían puesto a prueba, no obstante, fueron esos momentos los que crearon lazos entre nosotros irrompibles.

—Te amo —dijo Leonard orgulloso acercándose, cogiéndome de la mano y tirando de ella para pegarme a su pecho. El beso que me dio me robó el aliento.

## Capítulo 31



Estaba atardeciendo cuando todos decidieron salir a tomar el aire, yo me senté a un lado y volví a recoger la última de las cartas. Miré el sol, sentí el viento y ese vaivén al que tanto tardaría en acostumbrarme. Era un sueño, una aventura como las que de pequeña soñaba con tener, era lo que mi madre debió haber disfrutado.

Acaricié el sobre con nostalgia, sintiendo que a cada metro que aquel barco se alejaba el dolor se quedaba atrás y solo permanecía en mi pecho la luz, los recuerdos hermosos.

—Lo conseguí. Lo conseguimos —dije mientras abría de nuevo la carta.

*Mi niña,*

*Quizás sea la última carta que tengas entre tus manos, pero ha sido la primera que he escrito. Espero que perdones su extensión, sin embargo, hay demasiadas cosas que me gustaría que supieras.*

*El día que me marché de casa, que sentí que mi corazón se paraba al ver cómo el hombre que amaba arrebatava la vida de mi padre pensando que lo hacía por órdenes de mi hermano, quise morir. Aquella noche, envuelta en una capa, después de ser embarcada a la fuerza por uno de los hombres de tu verdadero padre, quise lanzarme al mar. Sentía que aquellas aguas oscuras, profundas, aterradoras, acabarían con mi sufrimiento. Me imaginaba miles de manos surgiendo de su interior para arrastrarme al fondo, castigándome por mi debilidad al no haber sido capaz de hacer nada. Lo intenté, pero mi cuerpo no respondió.*

*Allí fuera, bajo las estrellas, lloré mientras el cielo descargaba su pena sobre nosotros en forma de tormenta. Allí me encontró la mujer más extraña que conocí nunca. Una mujer llena de magia y sabiduría, una mujer que me dijo las palabras a las que me aferro ahora para tomar la decisión más complicada de toda mi vida porque en ellas también estaba lo que más deseo, tu felicidad.*

*Debió ver algo en mis ojos, no hacía falta ser muy observadora, y se sentó a mi lado. Me miró unos instantes, que a mí me resultaron eternos y me dijo.*

*—Si quieres morir tendrás que cargar en tu conciencia con la vida de tu hija. —Acto seguido colocó la mano sobre mi vientre. Me costó creerla, pero algo en mi pecho sabía que decía la verdad. Todo cambió, me convencí en pocos segundos de que debía luchar, no por mí. Haría todo lo que fuera necesario por ti, esa sería mi penitencia. Fui una estúpida, pues tú eres mi gran regalo y salvación. Antes de levantarse aquella mujer añadió—. Morirás antes de tiempo, la envidia y la obsesión serán los culpables. Toma la decisión correcta llegado el momento, solo así tu hija podrá alcanzar la felicidad, no deberás sentir miedo ni dudar.*



*Sé que no me creerás, no obstante, estoy convencida de que se refería a este instante. Sabía que yo me echaría atrás y me dio un motivo para no hacerlo. Te amo cariño, no sé cómo ni cuándo, pero confío en sus palabras. Encontrarás la felicidad.*

*Aquella noche fue una noche de revelaciones. Acariciando mi vientre noté algo en uno de los bolsillos y descubrí una carta de tu verdadero padre que también he atado en este paquete. En ella te cuenta cómo reclamar lo que es nuestro por derecho y también podrás entenderlo un poco mejor, espero que puedas perdonarle. No era perfecto, no creo que tomase la mejor decisión, aunque lo hizo por amor.*

*No soy mala, cariño. He hecho cosas horribles, pero no soy mala. En mi defensa diré que siempre tomé las decisiones tratando de hacer lo correcto y, sobre todo, pensando en ti. Eres lo más hermoso, mi motivo de vivir, lo único de lo que siempre estuve segura. Muchos dirían que eres fruto del pecado, son unos estúpidos estirados incapaces de sentir de verdad.*

*Eres mi corazón y mi alma. Eres aquello por lo que seguí con vida, mi motivo para mejorar y perdonar, perdonarme a mí misma.*

*Te amo,*

*Mamá.*

*Besé aquellas palabras y abrí la de mi padre, me costaba pensar en Raúl de esa manera, pero me había dado la vida.*

*Amada Cintia,*

*Me odiarás y quizás es lo mejor. Ni siquiera conoces mi verdadero nombre y lamento no poder decírtelo. Ya has corrido demasiado peligro por culpa de otros, mereces ser feliz. Pensarás que soy un monstruo y no te equivocas. He hecho cosas horribles a lo largo de mi vida y en unas horas haré lo peor.*

*Hace unos meses un hombre acudió ante la reina. Decía ser el hermano de la hija ilegítima del antiguo rey. Exigió algo que ni la reina sabía que existía, había sido un secreto hasta entonces. Ahí empezó la caza y la reina no quería dejar testigos, ni confirmaría jamás haber dado la orden. Fue la única forma que encontré, no se lo merecían, pero fue lo único que se me ocurrió.*

*Te amo mi vida. Eres la mujer más fuerte, valiente, divertida y sincera que conocí. Soy feliz por saber que tendrás un futuro y que quizás, si todo sale bien y logras perdonarme, tengamos un mañana juntos.*

*Soy un asesino que se ha enamorado de su víctima, pero debes saberlo todo. El rey te legó unas tierras e América, ricas, con minas de oro y grandes campos de cultivo. Lo preparó todo para que le fueran entregadas a su hija, pero temía que cualquiera las reclamase y puso los siguientes requisitos. He tardado mucho en averiguarlos, espero que te sirvan de ayuda llegado el momento.*

*¿Recuerdas las dos piedras que te legó tu madre? Ese es uno y el otro es que no has de acudir a su abogado sino viajar directamente a tus tierras y buscar a la familia que habita en ellas. Habla con la madre y enséñaselas, dile que el sol se ha unido, todos sus rayos forman ahora el camino que una hija ha de seguir. Dile eso y todo será tuyo, amor mío. Se supone que tu madre debería habértelo contado, aunque creo que jamás lo habría hecho, pues prefería que siguieras pensando que tu padre era el hombre que te crio.*

*Me despido con el corazón en las manos, perdóname.*

*Tuyo eternamente,*

*Raúl.*

## Capítulo 32



### 2 años después

El sol se esconde por la colina mientras las paredes de mi inmensa casa escuchan mis gritos. Siento que mi cuerpo va a quebrarse en dos, mi hijo trata de salir al exterior sin consideración alguna. La mujer que me atiende dice que es normal, ya no me quedan fuerzas.

—No seas débil —susurra Sarah con la mirada cargada de decepción. Ha crecido mucho, parece toda una mujercita. Siempre está a mi lado, pendiente del más mínimo deseo, pero su sueño es convertirse en artista. Le encanta pintar lienzos y creo que ya puedo ver mi rostro en la mayoría de las paredes de este lugar.

—¡Duele! —grito, furiosa. Si se acerca un poco yo misma le daré unas buenas nalgadas.

—Cielo, tranquila. —Leonard me tiende la mano y yo me aparto mientras vuelvo a empujar.

—Ya está casi fuera —dice la mujer, que pacientemente ha soportado mis llantos, negociaciones y amenazas. Otra persona habría salido corriendo, pero ella no, ella está acostumbrada a los nacimientos, a las mujeres doloridas y asustadas que temen no lograr superarlo.

—No puedo más... no puedo... —reconozco sintiendo las lágrimas calientes.

—Sí, lo haremos juntos. —Sarah a un lado y Leonard al otro agarran mis manos. Mi padre estará emborrachándose escaleras abajo, dice ser débil para este tipo de situaciones. Mi intención era apartarles, sin embargo, el dolor regresa y aprieto sus manos con fuerza al tiempo que empujo. No me detengo, algo se escurre entre mis piernas y empujo sin aire, sin respirar.

Y lo escucho. El sonido más hermoso del mundo. Un llanto atronador, desgarrador, le han arrebatado de un lugar cálido, amoroso, para lanzarlo al mundo.

—Es un niño. —Suelta la mujer a bocajarro. Leonard me besa feliz y la mujer lo deja sobre mí para que pueda verlo. ¿Suena horrible decir que apenas tengo fuerzas para sostener mi cabeza en su sitio? Aunque contra el hambre de mi hijo no puedo hacer nada y se hace dueño de una de mis tetas con decisión.

—Es un hombrecillo de ideas claras —susurra Leonard orgulloso.

—Al igual que el padre. —Mi sonrisa no puede ser más grande. Desprendo amor por cada poro de mi piel, eso y cansancio, sudor y tal vez algo de olor.

—¿Sabías que te ves realmente hermosa? —pregunta Leonard todo meloso. Se acerca a mí, va a inclinarse a besarme cuando giro el rostro.

—Oh, no —niego varias veces—. No, no, no, no. No vas a volver a ponerme un dedo encima

jamás.

—¡No puedes castigarme de esa manera! Eres mi mayor tentación. ¿Le harías eso a tu esposo?  
—pregunta con voz lastimera.

—¡Sí! —pero me mira de una manera... —Durante unos meses. —Claudico. Sigue poniéndome ojitos... —Hasta que me recupere. —Sigo perdiendo terreno.

—¿Tanto? Si ya apenas puedo controlarme...

—Como me toques te la corto, te aviso...

—Tendré que conformarme con tu boca, sabes hacer unas cosas con esos hermosos labios... —  
Miro a Sarah que pone los ojos en blanco.

—No deberías decir esas cosas en público. —Lo amonesto.

—¿Por ella? Si tiene suerte y conoce al amor de su vida podrá...

—¡Leonard!

—Vale, vale. Me callo.

Y ahora somos uno más en una inmensa mansión. Somos ricos, felices, disfrutamos de cada día y hemos logrado superar aquellos dolorosos recuerdos. De vez en cuando conversamos sobre mi madre, siempre desde el cariño y esos momentos que yo, desde luego, atesoro. ¿Cómo podría odiarla cuando todo lo que hizo lo hizo por amor? Un amor que ahora, con mi niño en brazos, puedo entender mejor que nadie.

Cuando nos quedamos solos lo observo y pregunto. No soporto más ese secreto danzando entre nosotros. Lo miro y me preparo, temo lo peor. ¿Podría destrozar nuestra familia?

—¿Cuál es el gran secreto? —Se me quiebra la voz—. No digas nada si no seré capaz de perdonar.

—Soy un bastardo. Jamás debí heredar el título, pero mi padre me hizo pasar como hijo de su mujer. ¿Importa? —preguntó algo nervioso.

—En absoluto.

—¿Puedes creerte que en aquel momento lo que más temía era que se descubriera y me quedara sin nada? —Empezó a reírse a carcajadas—. Si hubiera podido ver el futuro... —Y me besó como tantas veces había hecho. Comprendí que lo que un día puede parecer el fin del mundo tiende a suavizarse con el paso del tiempo. Resistir, eso es lo importante—. Te amaré siempre, pelirroja.

# Muchas gracias

Muchas gracias por leer mi libro y por dedicarme vuestro tiempo. Muchas gracias por ayudarme a cumplir mi sueño. Muchas gracias simplemente por seguir ahí.

Pediros que puntuéis para ayudarme a mejorar y además posicionarme en la lista de ventas. Vuestras opiniones pueden influir en otros lectores indecisos. Incluso una opinión negativa puede marcar la diferencia y marcar el futuro de un escritor.

Si queréis poneros en contacto conmigo mi twitter es [@A\\_R\\_Cid](#)

Facebook: EscritoraARCid

Instagram: a\_r\_cid

Os espero...